



Un *Trato* incómodo

a solas con mi jefe

Hayley

Dulce Martínez

UN TRATO INCÓMODO

A SOLAS CON MI JEFE 3

Dulce Martínez

Índice

Tabla de contenido

Índice

TEXTOS LEGALES

PREVIO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23 EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

TEXTOS LEGALES

Un trato incómodo. A solas con mi jefe 3.

Dulce Martínez

ASIN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros medios sin permiso previo y expreso de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual recogida en los artículos 270 y siguientes del Código Penal.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en la presente obra son ficción y cualquier semejanza con personas o hechos reales es pura coincidencia.

Gracias por comprar esta novela. Puedes ponerte en contacto conmigo a través de mi correo electrónico dulcemartinezwri@gmail.com o de mis redes sociales.

PREVIO

Entre molesto y aliviado, Landon Staley levantó las cejas como saludo mudo hacia su último ligue, que acababa de colarse en el reservado donde se estaba desarrollando una de las reuniones más soporífera que había sufrido en años. La mayoría de los delegados ejecutivos de Moledos Holding habían acudido a Nueva York esa semana para la rendición de las cuentas anuales de la que no había podido librarse.

—Estaba cansada de esperar, cielo. ¿Os falta mucho? —se limitó a soltar un gruñido.

Apenas llevaba un mes con aquella mujer y ya estaba deseando librarse de ella y sus constantes llamadas de atención, pero en aquel momento su aparición le pareció casi providencial para poder escaparse. No se sentía capaz de soportar un minuto más de conversaciones insulsas acerca de las previsiones financieras. Echó un vistazo rápido a la pantalla de televisión que tenía enfrente a la vez que se acomodaba la americana azul cobalto y asentía por inercia a lo que decía el hombre que tenía a su derecha antes de parpadear dos veces y volver todo su cuerpo hacia el televisor de nuevo.

Interrumpiendo la programación habitual, un periodista con aspecto serio comentaba la noticia. No podía escucharlo, pero tampoco lo necesitaba. En el faldón inferior, en letras negras sobre un fondo azul, se informaba del traslado a la ciudad de Nueva York de una mujer que habían localizado hacía algún tiempo en el Estado de Durango, México, y a la que finalmente se había podido identificar.

A la derecha de la pantalla, se veía a un agente acompañando a una mujer joven, con el cabello castaño oscuro despeinado, cayendo enredado sobre su rostro pálido y sin expresión, que apretaba contra sí una cazadora enorme que algún policía le había prestado.

Notó una mano sobre la suya y, al bajar la vista, fue consciente de que había roto la copa de vino que tenía entre los dedos. Arrastró la silla, poniéndose en pie con premura ante la expresión desconcertada del resto de los presentes.

—¿Eso significa que nos vamos ya? —le imitó levantándose, con un gesto coqueto con los hombros.

—Tú puedes hacer lo que quieras. Yo tengo que ir a la comisaría más cercana.

CAPÍTULO 1

Apretando los labios con fuerza, observó el desastre que se extendía ante ella. Había numerosos paquetes de folios amontonados contra la pared del despacho de su jefe, varias piezas electrónicas y herramientas tiradas sin orden por el suelo y un constante ruido que salía del cuarto de las impresoras, que le obligó a asomarse nuevamente por enésima vez, ante la mirada imperturbable del técnico y del electricista que todavía está allí, conversando con el otro, pese a que ya ha terminado su tarea.

—Que sí, mujer, que en cuanto termine te aviso para que imprimas eso tan importante. Claro, claro —la despachó con un gesto de una mano sin apenas reparar en ella para volverse y continuar con su perorata.

Regresó a su escritorio, comprobó la hora y se dijo para sí misma que debía aprovechar el tiempo si no quería volver a quedarse sin plan. Tampoco podía distraerse y permitir que los técnicos se fuesen dejándolo todo desordenado o sería demasiado tarde. Abrió el bolso, sacó la prenda que había elegido para la cena de esa noche y se dirigió al baño con el vestido medio arrugado en un puño sin dejar de mascullar para sus adentros. Se quitó la aburrida camisa blanca, dejó caer la falda de tubo gris contra el suelo y comprobó ante el espejo que su vestido negro favorito todavía le sentaba como un guante. Cuando el teléfono sonó, lo cogió para sostenerlo con la barbilla mientras se encasquetaba el vestido.

—Hayley, dime que, de camino, te has quedado atrapada en un atasco.

—Casi —el bufido de Molly al otro lado le dio más información de la necesaria.

—¿Vas a venir? ¿O vas a hacer lo de siempre?

Abrió la boca para defenderse, pero dudó, y se limitó a soltar sobre el lavabo el pintalabios de un coral intenso y sacudir la melena, volviéndola a amarrar en un moño despeinado mientras elegía una respuesta correcta. El grupo de compañeras de la facultad había vuelto a quedar para cenar esa noche y Molly, la única con la que aún mantenía el contacto, había vuelto a insistir para que fuera.

—Te prometo que en cuanto me libre de... —chistó imperceptiblemente cuando escuchó un ruido lejano de pasos y voces —¡Luego hablamos!

Maldijo para sus adentros, agachándose a toda prisa para recoger las prendas desperdigadas por el piso, que ponía tan a menudo que casi parecían un uniforme de trabajo, echó un último vistazo a su aspecto y salió corriendo hacia su puesto. Si se le escapaban los técnicos, llegaría muy tarde a la cena y tenía claro que no iban a esperarla. Ya que les había dado demasiados plantones en los últimos dos años como para que se creyesen que esa vez iba a ser diferente.

Llegó frente a su cubículo a tiempo de ver cómo los dos técnicos conversaban a la vez que la puerta del ascensor se cerraba, dando por terminada su faena, pese a que las herramientas y los materiales de oficina que habían sacado del cuartito seguían por el medio del pasillo. Apoyó las prendas habituales, hechas un gurrúño, en un hueco libre de su escritorio, intentando evaluar mentalmente cuánto tiempo tardaría en recoger aquello. Levantó el teléfono, pensando en pedir ayuda cuando escuchó que las puertas del ascensor se volvían a abrir. Durante una fracción

de segundo creyó que la suerte le había sonreído y el técnico había regresado, pero salió del error antes de colgar auricular.

—Pero... ¿qué hace todo esto así? ¿Es que no hay nadie?

Apretó los labios durante un instante, intentando mantener la mente fría antes de enfrentarse a lo que se le venía encima, echó mano del montón de carpetillas que había separado a la derecha y decidió hacer frente a la situación lo antes posible.

—Estoy terminando con los informes de mañana. Ha habido un problema con la configuración de las impresoras, pero ya está arreglado y...

—¿Y crees que eso es excusa para... esto? —de espaldas a ella, su jefe señalaba desastre que se extendía por el pasillo con un tono más seco de lo habitual.

—Estaba intentado localizar a los técnicos, que acaban de bajar hace un momento. Os habéis cruzado.

Antes de empezar a explicarse, sabía que no lo iba a dar por bueno. Landon Staley era un jefe dominante, controlador y en los dos años que lo había tenido como superior, no podía decir que tuviera la paciencia como una de sus virtudes, pero no perdía nada por intentarlo. Intentó posar las carpetillas en un lateral de su escritorio para poder echar mano a su chaqueta antes de que él se diera la vuelta, pero fue tarde.

—¿Qué haces vestida así? Sabes de sobra que hay un código de vestimenta estricto en el trabajo. Especialmente en esta planta.

Volvió la cabeza poniendo los ojos en blanco a la vez que agarraba la chaqueta de corte clásico, mostrando la espalda mayormente descubierta y escuchando un gruñido de su superior como respuesta. Se vistió rápidamente antes de volver a enfrentarlo cuando se dio cuenta de que no estaban solos. Una mujer alta, de cabellos oscuros y un vestido demasiado escandaloso como para formar parte de la plantilla la veía con una sonrisa burlona apoyada en el quicio de la puerta de la oficina de Landon.

—Son las seis y media y mi jornada termina a las cinco. Estrictamente hablando no estoy en el trabajo —se pasó rápido las manos por la chaqueta y parte baja del vestido, intentando verse lo más presentable posible.

—No me fastidies, Davis. Mientras estés en el edificio, estás en el trabajo. Adminístrate mejor y podrás salir a tiempo. Sabes que aborrezco las excusas.

Apretó los puños un par de veces mientras respiraba hondo, intentando recordar todos los motivos por los que debía controlar ese desasosiego que volvía a prenderse en su interior, igual que cada una de las veces que aquel hombre de hombros anchos, tez bronceada y una ligera barba se ponía de ese modo con ella.

Era un buen trabajo en una de las inversoras más potentes del país y con un sueldo acorde a sus responsabilidades, aunque el déspota que tenía delante jamás le reconocía ningún tipo de mérito en los acuerdos y operaciones de gran envergadura que le había ayudado a cerrar con éxito en los últimos dos años.

Le dio la espalda, apurándose a enviar un mensaje rápido a su amiga para decirle que se retrasaba un poco más, pero que no faltaría. Escuchó un taconeo tras ella y, al mirar de reojo vio cómo aquella mujer la observaba con la ceja enarcada, reposada sobre el costado de su jefe, divertida por el espectáculo que le estaban ofreciendo.

—Si no tuviese que hacer el trabajo de tres personas, lo haría —soltó por lo bajo, con retintín.

Le había molestado soberanamente las quejas sobre su vestimenta cuando no había tenido

otra opción, ya que todavía le quedaba preparar todas las carpetillas para la reunión a primera hora de la mañana. Tenía claro que no llegaría a tiempo para el vermouth y quizá tampoco para el inicio de la cena. Pero ver cómo estaba allí con una mujer cuyo vestido rozaba la inmoralidad para cuestiones completamente ajenas a la empresa y le recriminaba su vestimenta la había sacado de sus casillas.

—¿Qué es lo que has dicho, Davis? —se giró resuelta para repetírselo y soltarle alguna fresca de paso cuando la risa estruendosa de la otra mujer resonó por la sala.

—Vamos, Landon. Pensaba que me habías traído aquí para divertirnos en tu oficina, no para verte discutir por vestidos de hace tres temporadas.

Landon alternó la vista entre las dos mujeres un par de veces. A Hayley le pareció que la repasaba de arriba abajo con escasa sutileza antes de asentir y apretar la cadera de la más alta contra sí. Cuando se giró para encaminarse con aquella mujer hacia su despacho, soltó el aire de a pocos y se dirigió a la sala de las impresoras para recoger la documentación que necesitaba. Todavía estaba a medio camino cuando la voz de su jefe la sorprendió.

—Recoge todo esto antes de irte y mañana ya hablaremos tú y yo. De los expedientes y de pasearte por las oficinas con un vestido tan corto e inapropiado.

—¿Corto? ¿El mío? ¡El suyo es mucho peor y estás encantado!

—Melinda no trabaja para mí —siseó con furia, acercándose ligeramente, con los brazos en las caderas.

—No, si eso está más que claro. Esa a trabajar no viene —le dio la espalda y entró en el cuartito murmurando mientras recogía el resto de copias — Y él tampoco, vamos. Mucho exigir que en las oficinas hay que comportarse y tal, cuando está claro lo que vienen a hacer.

El gruñido que escuchó en la puerta cuando estaba a punto de salir le dejó bien a las claras que no lo había pronunciado en un tono tan bajo como creía, pero decidió salir igualmente con la montaña de papeles que llevaba en las manos actuando como si nada y esquivó a Landon de camino a su escritorio.

—No creo que tenga que recordarte que soy tu jefe y que tus obligaciones aquí son muy claras.

No le contestó, ni se movió más que para agrupar los documentos que acababa de recoger con aquellos otros que había extendido anteriormente sobre la mesa de su compañera, sin que la voz de su jefe dejase de increparla tras ella, con el tono más alto de cada vez. Su teléfono móvil volvía a sonar y no necesitaba verlo para saber que era Molly, sospechando su habitual plantón, así que extendió la mano, descolgó y se limitó a responder en voz muy baja.

—Todavía estoy en la oficina, pero salgo enseguida —colocó el teléfono entre la oreja y el hombro para poder avanzar más rápido con los papeles —Hasta me he puesto el vestido. Te tengo que dejar.

En cuanto posó el teléfono sobre el escritorio, la mano fuerte y morena de Landon se enclavó sobre los expedientes que estaba manipulando, obligándole a parar y levantar la cabeza.

—Así que todo este numerito es por una cita. Pues ya puedes ir llamando a quien sea y explicándole que lo dejáis para otro día, porque no creo que acabes con esto para antes de cenar.

La mirada lacerante de su jefe, bajo las cejas fruncidas, chocaba con la expresión sarcástica de la mujer que estaba unos metros más atrás, contra la puerta del despacho privado de Landon y que no ocultaba lo que le divertía la situación. Intentó respirar hondo y repetirse todos los motivos ya sobradamente conocidos por los que mantener la boca cerrada.

Debía la mitad del préstamo universitario y todavía estaba pagando el crédito en que le

había metido su ex antes de dejarla tirada hacía poco más de dos años. Trabajaba en una de las mejores empresas del sector, lo cual le había facilitado conseguir varias entrevistas para puestos de responsabilidad en donde no tendría que aguantar a Landon Staley nunca más. Sin embargo, su sonrisa de suficiencia al ver que callaba, despertó algo en ella que llevaba demasiado tiempo conteniendo.

—Tienes razón. En todo —soltó de golpe los papeles que tenía en la mano y se dirigió al mueble en que había dejado el bolso —Terminar esto me llevaría una hora más y mis obligaciones aquí son muy claras, así que adiós.

—¿Qué te crees que haces?

—Irme. En mi contrato pone que soy tu ayudante y que salgo a las cinco. Y van a ser las siete. Si quieres que esté listo para mañana, dile a la que entiende de moda que te ayude.

—Como salgas ahora...

—De eso también te quería hablar —se soltó la melena oscura, la echó tras los hombros y se dirigió hacia el ascensor con determinación —Pensaba esperar hasta la semana que viene, pero no aguanto más. Dimi to —apretó el botón del ascensor con furia varias veces seguidas y en cuanto se abrieron las puertas entró con rapidez viendo cómo el hombre se acercaba con la cara congestionada —Te doy una semana para que los de Recursos Humanos encuentren a otra que te aguante. Buenas noches.

Las puertas se cerraron justo a tiempo y no pudo evitar que una sonrisa de satisfacción se le viniera a la cara que chocaba con la expresión amarga del contrario. Había querido soltarle cuatro frescas desde que había empezado a trabajar para él, pero nunca se había atrevido y ese momento, aunque improvisado, había resultado perfecto.

CAPÍTULO 2

Cuando salió del edificio lo hizo con la barbilla muy alta y una tensión casi desconocida bullendo en su interior que le había dejado una sensación difícil de explicar, pero que había resultado liberadora y placentera a la vez, y que le había acompañado hasta que Candance había abierto la boca.

No había sentido más que placer las tres veces que había colgado el teléfono directamente durante el recorrido en el taxi hasta un restaurante pijo francés de esos que tenían macetas colgando por la parte alta de la fachada y amplias cristaleras iluminadas, y que gozaba de gran popularidad en el Alto Manhattan en los últimos meses. Su confianza en sí misma tampoco había mermado lo más mínimo mientras cenaba la ensalada *burrata* que Molly le había pedido antes de que cerrase la cocina y por la que había tenido que pagar casi treinta dólares.

Tampoco le importó que las otras dos chicas no la hubiesen esperado y se hubiesen ido a un local de copas cercano que estaba de moda, puesto que así había podido aprovechar para pasar un rato más con la que había sido su mejor amiga durante la época universitaria y a la que apenas había podido ver en los últimos tiempos.

Sin embargo, tras las bromas iniciales de las otras dos respecto a la sorpresa por verla después de tantas veces que había fallado a las cenas y un par de llamadas más desde la oficina que seguro estaba realizando su jefe y que no atendió, comenzó a sentir más dudas que certezas.

Y por eso había pasado ya tres veces por delante del Gregorys Coffee, en vez de dirigirse directamente al edificio del Moledos Holding, a pesar de haber llegado casi cuarenta y cinco minutos antes de su horario de entrada. Había cogido la costumbre de llegar antes de tiempo a la oficina cuando trabajaba para el Señor Campbell y, desde entonces, no había dejado de hacerlo. Estaba a punto de dar otra vuelta a la manzana cuando una pareja que salía con sus consumiciones para llevar le sostuvo la puerta con una sonrisa y, cuando se dio cuenta, ya estaba delante de la barra pidiendo un café bien cargado y un trozo de bizcocho de plátano.

Su cuerpo le decía que necesitaría un chute grande de energía para afrontar aquel día. Y quizá con un extra de azúcar podría acallar las voces de sus amigas en la cabeza, que resonaban de manera muy nítida.

—¡Oye! ¿Qué pasa que no contestas al teléfono? —preguntó Prue con su habitual verborrea, y al ver que negaba mientras se llevaba la pajita del refresco a la boca añadió —Te he visto colgar dos veces ya, y con la de plantones que nos has dado nos debes un cotilleo de los buenos. ¿Es un amante pesado? ¡Ojalá! ¿Al fin has superado lo de Warren?

Enarcó una ceja, sorprendida ante las dos últimas preguntas y sin saber bien qué decir, ya que la relación se había enfriado bastante con Candance y Prue tras terminar la carrera.

—No tengo nada que superar. No pensaría en mi ex si no fuese por los recibos del banco.

—Ya —las miradas que se dirigieron las tres entre ellas le tensaron la espalda y se dio cuenta de que las tres le sostenían la mirada esperando a que añadiese algo más, así que tragó saliva y lo soltó de golpe.

—Antes de venir le he dicho a mi jefe que tiene cinco días para encontrar a otra, porque yo me largo.

—¡Eso es genial, Hayley! —Molly le agarró la mano y se la apretó unos segundos con una expresión orgullosa en el rostro —Me alegro mucho por ti.

—¡Y yo! Ya era hora de que te librases de ese capullo tiránico.

—¿En dónde te han contratado?

La sencilla pregunta de la otra había resultado ser un jarro de agua fría en medio de la alegría contagiosa que rebosaban las otras dos y se limitó a negar ligeramente con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—¿Has dimitido antes de conseguir otro trabajo? ¿En serio?

—Pues, ... he hecho varias entrevistas y de un par me han dicho que me llamarían a principios de semana... Tengo muchas posibilidades.

—En serio, Candance, que a veces ser tu amiga es tan divertido como un dolor de muelas. —intervino Prue con gesto molesto, echándose el cabello negro por detrás de la espalda —Hemos salido a divertirnos, no a hundirnos en la misera.

—Y, además, hemos comentado mil veces que lo mejor para Hayley sería que se librase de ese trabajo, porque la tenía demasiado absorbida. —la interpelada frunció el ceño y se ajustó el cuello de la chaqueta de paño.

—Eso ya lo sé. Lo que me pregunto ahora es cómo va a hacer para pagar los préstamos. —pasó la vista de manera certera por cada una de ellas, provocando un silencio tenso —Pensaba que por eso aguantaba tanto tiempo en Moledos, porque necesitaba el dinero.

—Bueno, ya tengo pagada una parte importante del préstamo estudiantil. Y no tengo muchos gastos.

—¡Claro! Habrá ahorrado. —con una seña coqueta le pidió al camarero que les trajese otra ronda —¡Cómo va a gastar dinero si lleva dos años sin apenas salir de casa!

—Hayley es lista —añadió la rubia, sin soltarle la mano—. Sabe lo que hace.

—¿Sí? Pues la última vez que supo lo que se hacía, su ex le endilgó un préstamo que todavía está pagando.

Tras eso, toda la efervescencia que había sentido hasta ese momento se fue apagando y no había sido incapaz de dejar de darle vueltas a esa frasecita en su cabeza el resto del tiempo que estuvo con ellas, en el taxi de regreso a casa y en gran parte de la noche que pasó dando vueltas sobre la cama. Candance era estirada, dura y, en ocasiones, demasiado directa, pero también era sincera, meticulosa y cerebral. Y por eso una parte de su cerebro no había dejado de susurrarle que, una vez más, la pelirroja tenía razón.

Había entrado a trabajar en Moledos poco antes de dejarlo con su ex y había aguantado todo ese tiempo porque, justo antes del cambio de jefe vino también un ligero incremento en la nómina sin el que no hubiese podido hacer frente a los pagos. Era ese dinero el que había hecho que se quedase esos dos años bajo las órdenes de Staley pese a que la volvía loca. Y, aunque ya había hecho frente a más de la mitad de la deuda, todavía le quedaban más de doscientos mil dólares por pagar entre una deuda y otra.

Se metió un trozo de bizcocho con rabia en la boca, sin paladearlo, maldiciendo a su pronto por haberla metido en aquella situación y a Candance por hacerle darse cuenta de lo evidente. Removió el café con la mirada perdida, resuelta a no dar marcha atrás en aquella decisión. La tarde anterior había sido capaz de hacer aquello que tantas veces había recreado en su cabeza, y no pensaba desdecirse. Y menos con alguien tan engreído y altanero como su jefe, así que se esforzaría por conseguir más oportunidades y brillar en las futuras entrevistas, hasta conseguir un nuevo puesto.

Se llevó la taza a la boca y tragó la bebida con una sonrisa en los labios que se le cuajó al verse iluminar la pantalla del teléfono. Todavía le quedaba media hora para entrar a trabajar y ese hombre estaba resuelto a no dejarla en paz. Sin más miramientos, desplazó con velocidad el índice por la pantalla a la vez que daba otro trago al café.

—¿Cuántas veces crees que me vas a poder colgar antes de meterte en un buen lío, Davis?

Se dio un golpe en el pecho, intentando tragar el líquido, que se le había ido por el mal sitio debido al susto y, en cuanto respiró tranquila, tomó varias servilletas buscando limpiar el estropicio mientras le dedicaba una mirada cargada de hastío.

—Quizá no fui clara ayer. —levantó la mano señalando la hora—Faltan veinte minutos para entrar. Deberías hablar con Recursos Humanos para que encuentren pronto a otra persona.

CAPÍTULO 3

Con una risa sardónica como respuesta, Landon Staley se dejó caer en el asiento de enfrente al que ocupaba su subordinada, con su vista penetrante clavada en Hayley, mientras ella parecía ignorarle, ocupada con su taza de café. Su actitud le resultaba molesta y había conseguido cabrearle más que ninguna otra persona que estuviese a su servicio, pero esa mujer había traído algo más consigo.

—Parece que tu cita de ayer no salió bien —con un gesto rápido de la mano, rompió una esquina del bizcocho y se la llevó a la boca, ante la expresión enfurruñada de la otra —¿O hay otro motivo para que estés de morros?

—¿Qué haces aquí? Tú nunca vienes a este sitio. Y deja de robarme el desayuno.

— Te he visto dando vueltas en redondo a la manzana. Como si no te acordases del camino a la oficina.

—¿Y me has seguido hasta aquí? —se limitó a asentir a la vez que le pedía un café al camarero —Pues dile que te lo ponga para llevar, que no quedan mesas libres.

Abrió la boca para contestarle del mismo modo, pero recapacitó y la volvió a cerrar. El día anterior le hubiese respondido de cualquier manera y la hubiese puesto de patitas en la calle, si no hubiese sido tan rápida huyendo. Pero eso había sido en aquel momento. Desde que había aceptado el cargo de ejecutivo de inversiones, había heredado todo lo que antes había llevado Campell en la empresa, tanto el despacho y las cuentas como a su ayudante.

Y en esos dos años largos, Hayley Davis no había pasado de ser una mujer menuda, apocada, eficiente y servil. Lo más agresivo que había hecho en todo ese tiempo había sido manifestar su descontento a algunas de las operaciones bursátiles a través de emails con mayúsculas o negritas y, en contadas ocasiones un par de muecas. Esa nueva faceta de su ayudante había despertado su curiosidad y sus ganas de reprenderla por igual, y de una manera que hacía tiempo que no sentía.

—No deberías mostrarte tan ufana, Davis. Sigues trabajando para mí.

—Cinco días.

—Lo veremos.

Le costó reprimir la mueca de satisfacción que se le asomó al rostro cuando la vio levantar la cabeza de la taza con una expresión entre horrorizada y sorprendida y comprendió que tenía toda su atención, así que se limitó a repiquetear los dedos contra la superficie de la bandeja, causando un ruido molesto.

—¿A qué te refieres?

—Quiero que me ayudes con el expediente de la Bayou RiverBelt.

Hayleyladeó la cabeza, sin parar de negar, con el entrecejo fruncido. Se metió la última porción del bizcocho en la boca para luego cruzarse de brazos y sostenerle la mirada y responder de manera tajante.

—No.

—No te lo preguntaba, Davis. Más bien era una orden.

—Esa operación es compleja y llevará tiempo analizarla como es debido. Mucho más del

que te he...

—¿Es que acaso has firmado con otra empresa? Estoy seguro de que no porque, de lo contrario, lo sabría —le quitó la taza de delante y se bebió el resto de golpe—. Imagino que quieres volver a trabajar en este estado. —esperó varios segundos, hasta que su ayudante terminó asintiendo, cada vez con el rostro más congestionado —Pues te será difícil si una de las grandes entidades financieras del país advierte en contra tuya.

—No puedes obligarme a trabajar para ti para siempre.

—No lo pretendo, Hayley. —pronunció su nombre de pila despacio, paladeándolo deliberadamente, disfrutando con molestarla.

—¿Entonces?

—Digamos que tú te quedas hasta que hayamos cerrado la operación de la Bayou RiverBelt y yo no te pondré problemas cuando te vayas.

—A cambio quiero que me ayudes a conseguir un puesto de responsabilidad.

—Está bien. Les diré a los de Recursos Humanos que me informen de las vacantes para juniors que se prevean para este año.

—No quiero esperar tanto. Y podrías darme largas. Quiero un puesto fuera de la empresa —cerró el puño sobre la mesa, pero ella se le adelantó y se explicó—. No pretendo que me lo consigas tú. Ya he hecho varias entrevistas. Con que me recomiendes para el puesto cuando llamen preguntando por mí, me llega.

El modo en que se dirigió a él, con ese aplomo que había llevado escondido hasta el momento, le impulsó a seguir adelante con el estúpido plan que había pergeñado la noche anterior, en vez de irse a la cama con su última amante. Repasó con detenimiento la expresión obstinada de su rostro, los cabellos castaños despeinados que caían sobre su frente y el mohín de sus labios, y no pudo evitar rascarse la barba de la barbilla unos instantes antes de asentir.

Se puso de pie y la invitó a hacer lo propio, extendiendo la mano derecha ante ella, que se levantó y continuó ignorándolo mientras se vestía el abrigo oscuro. Con una mueca burlona, colocó la palma a la altura de su pecho, ocupando todo el espacio con su gran envergadura.

—Deberías estrecharla, Davis. Es la costumbre cuando se cierra un trato.

De mala gana, aquella joven de cuerpo enjuto y larguirucho, se paró ante él y con los ojos color miel clavados en los suyos, le apretó la mano sin más miramientos. La fuerza de su mirada con el contacto de su piel le provocaron un escalofrío en la parte baja de la espalda que intentó disimular. Con paso rápido se dirigió a la salida y sosteniendo la puerta, le hizo una seña con la cabeza.

—No tenemos todo el día. Pude retrasar la reunión hasta las once. Deberías darte más prisa. No te queda mucho tiempo para preparar los expedientes que dejaste tirados ayer por la oficina.

CAPÍTULO 4

Tras llegar al edificio sin intercambiar ni una sola palabra más con su jefe, salió del ascensor y se quedó clavada ante su sitio al comprobar que lo que le había indicado tras estrecharse la mano era cierto. Una pila informe de carpetillas vacías y paquetes de folios se arremolinaban en torno a su escritorio y la secretaria de la planta esperó a que el jefe entrase en su oficina para levantar una ceja de manera significativa mientras apuntaba al desorden con la barbilla.

—Parece que la tarde de ayer fue movidita, ¿no? —se limitó a subir y bajar los hombros, sin más explicación, a la vez que apartaba parte del material de papelería para poder usar el ordenador— Hayley, guapa, ¿sabes que conmigo puedes hablar?

—Claro, pero voy mal de tiempo. —puso una sonrisa de cortesía antes de bajar la cabeza y concentrarse en la tarea que tenía por delante.

Aquella mujer, Dana Roth, era de su misma edad, pero hasta ahí llegaban las coincidencias, ya que no necesitó verla más de un par de semanas en su puesto para corroborar que estaba más interesada en los asuntos extralaborales que en cumplir sus funciones. No le quitaba el ojo de encima a ninguno de los hombres que trabajaban o se pasaban con frecuencia por su planta, ligaba descaradamente con los que estaban solteros o se rumoreaba que estaban a punto de serlo y le encantaba ser una fuente proveedora de chismes para sus demás compañeros. Así que, por lo que la respectaba, no pensaba decirle nada de lo que había sucedido en esas oficinas el día anterior.

Tras comprobar una vez más los documentos, los imprimió y, a punto de levantarse de su silla, tuvo que atender una llamada de otra compañera. Se estaba despidiendo cuando Dana, mucho más servicial que de normal, le dejaba sobre la mesa los documentos que acababa de imprimir.

—¿Esto no era para la reunión con los directores? —se limitó a asentir mientras le agradecía con un gesto —¿La que siempre se hace a primera hora?

—Se ha retrasado —respondió en un tono seco, buscando terminar la conversación, pero la otra no parecía darse por enterada.

—¿En serio? Pues en los últimos dos años, eso no ha pasado ni una vez. Ya es casualidad que coincida con el día en que tienes esto lleno de cajas. —se sentó con descaro sobre una parte libre de su escritorio, dándole pataditas con la punta de sus tacones a una caja de folios —¿No?

—Cosas que pasan. Hubo un problema con la instalación eléctrica que casi se cargan las impresoras. Y preferiría que no te sentases ahí.

Le sostuvo la mirada con una clara indiferencia por lo que acababa de pedirle, así que se puso a agrupar los informes y guardarlos en sus respectivas carpetillas ignorando a la morena, que la veía desde arriba. Ya había terminado cuando la vio que se ponía de pie con coquetería y se bajaba la falda con una mano.

—¿Has acabado, Davis? —asintió y recogió las carpetas antes de volverse para pasárselas, pero su jefe no se había acercado, sino que seguía por el pasillo —¡Venga! Sabes que odio la impuntualidad.

Reprimió poner los ojos en blanco, apretó con fuerza las carpetillas y echó mano de su

Chromebook antes de poner cara de circunstancias y apurar el paso tras él, hasta llegar a su altura.

—No soy tu secretaria ni la de los recados. —él la miró alzando una ceja y se detuvo bajando el rostro hacia ella hasta quedar demasiado cerca.

—¿Se puede saber qué te pasa? Tengo clarísimo que no eres Dana. Ella sonríe todo el rato.

—No tengo que perder el tiempo llevando y trayendo expedientes. Tengo mucho trabajo nuevo y pretendo acabarlo cuanto antes.

—Anda, trae —extendió su manaza y le quitó la mitad de las carpetillas antes de echar a andar de nuevo—. No me parecías tan remilgada como para no poder con cuatro carpetas.

—Claro que puedo con todas —incapaz de controlarse del todo, fingió un tropiezo y le dio con las que agarraba en el brazo con saña —Pero me parece absurdo tener que venir hasta aquí para nada.

—Sé que este tipo de reuniones puede hacerse aburrida, Hayley, pero si vas a ser junior tendrás que acostumbrarte —levantó las cejas un par de veces, como riéndose de ella, que no supo qué contestar. En los dos años que llevaba con él solo lo había asistido en dos reuniones internas, al principio de todo. Entró en la sala distraída hasta que notó su mano en la baja espalda y se enderezó sorprendida al sentir de nuevo otra vez ese escalofrío por segunda vez en el día — A la derecha, Davis, junto al ventanal.

Nada más comenzar, uno de los directores de la sección indicó que algunas de áreas no estaban dando tan buenos resultados como era de esperar y que deberían prestar especial atención a las operaciones y beneficios que conseguían en los siguientes meses, de cara a ofrecer un buen resultado en el último trimestre del año, y de las cuentas generales, a los socios e inversores. No era algo nuevo, en general los altos cargos siempre apretaban para que consiguiesen mejores resultados, pero el tono empleado hizo que varias espaldas se enderezasen visiblemente.

Tras ese primer momento, los ejecutivos fueron presentando los números que habían conseguido desde la anterior ocasión. La reunión fue larga, aburrida y no prestó atención a la mitad de lo que sucedía. En parte, no podía dejar de pensar en la reacción tan visceral que había tenido su cuerpo al contacto con aquel hombre que la ponía de los nervios desde que lo había conocido y que cada vez iba a peor.

Por otro lado, el expediente que le había asignado había aumentado desde la última vez que lo había examinado y el mes de plazo máximo que se había dado a sí misma para gestionarlo le empezaba a parecer escaso. La Bayou RiverBelt era una empresa antigua del sur de Luisiana, que se había creado poco después de la guerra de la secesión y que había logrado pervivir hasta la actualidad con grandes cambios, aunque sin salir del núcleo familiar. Se habían rumoreado diversas crisis financieras o tecnológicas, y hasta un par de quiebras en los últimos veinte años, pero, al parecer, nada había podido con ella. Y, según las informaciones de su superior, en este momento buscaban financiación para ampliar una de sus áreas de trabajo.

En el momento en que su jefe comenzó a hablar, cerró el expediente y puso atención a los importes y operaciones que describía. Se los sabía de memoria porque había intervenido en mayor o menor medida en la mayoría de las operaciones, aunque no hubiese ningún tipo de reconocimiento. Unas sillas más allá, del otro lado de la gran mesa, otro ejecutivo apretaba los labios al escucharlo hablar, casi sin parpadear. Se trataba de Barry Zimmers, el siguiente en presentar las cuentas y uno de los que se había tensado tras las palabras del director. Sabía que se

había equivocado cerrando una operación hacía unos meses que había supuesto pérdidas económicas importantes para algunos de sus clientes, por lo que la presión estaba de su parte. Debía resarcirse y demostrar que no había sido más que un bache y, por la expresión que mostraba, tuvo claro que no iba a poder superar sus números. Una mezcla de orgullo y piedad le pellizcó por dentro, ya que volvían a tener los mejores resultados de la planta.

Suspendió el ordenador y atendió a la exposición de aquel hombre, que se notaba que se estaba esforzando por demostrar su valía ante el resto de los presentes. Las cifras eran buenas, aunque no excelentes, casi dos puntos por debajo de las suyas. En un momento dado, durante las conclusiones, escuchó claramente un sonido burlón que venía de su derecha. Sin mucho tacto, Landon murmuraba por lo bajo junto con Petrelli con un brillo divertido en los ojos. Sin poderse controlar, le dio un manotazo en el muslo, provocando que se volviese con sorpresa y ella se limitó a llevarse el dedo a los labios de con discreción.

Tras ese incidente no volvió a ver hacia su jefe y, al acabar, se dedicó a recopilar los informes mientras esperaba para poder salir. Cerró el portátil y lo colocó sobre los expedientes y se puso en pie cuando lo hicieron otros de los ayudantes, con ganas de regresar a su escritorio.

—Para la próxima, Davis, las manos quietecitas.

—No haría falta si tuvieses modales —ni se volvió para responderle, intentando apurar el paso.

—Pensaba que querías un cambio de puesto, no de jefe. ¿O es que te has encariñado con él? —chasqueó la lengua con chulería —Zimmers no llega a la cena de Navidad.

Se escucharon unas risas de fondo y vio cómo se tensaba una espalda un poco más adelante y fue consciente de que los había oído. Cansada de su tono arrogante y de ese comportamiento más propio de malote de instituto, se volvió de vez para verlo riendo con varios compañeros.

—Te comportas como un primate en celo marcando su territorio.

—Quizá se te haya olvidado, Hayley —avanzó dos pasos hasta que apenas quedó un palmo entre los dos —, pero sigo siendo tu superior.

—Por un mes. Y si no estás contento, ya sabes... Yo estaría encantada de largarme.

Se dio media vuelta y se alejó lo más rápido que pudo de allí, dejando a su jefe y a uno de sus inseparables dentro de la empresa con la boca abierta por el modo en que le había respondido, pero le dio igual. Se había cansado y no pensaba tragar ni una más. Entró echa una furia en el despacho de Landon y dejó caer las carpetas de la reunión sobre su escritorio impoluto para volver a salir. Al verlo de frente con el ceño fruncido y un brillo acerado en la mirada, ya no se sentía tan segura y se dirigió al baño buscando esquivarlo.

Se metió en uno de los cubículos, se sentó, subió los pies sobre la taza y sacó el teléfono del bolsillo. Jugueteó con él un par de veces, dudando qué hacer. Le hubiera gustado llamar a alguien para hablar, aunque fuese unos minutos, pero no estaba segura de que alguien la fuese a escuchar. De manera casi milagrosa, recibió un mensaje de Molly y se apuró a telefonarla.

—¿Molly?

—¡Qué rápida! ¿Eso significa que te vienes a comer?

—Eh... —echó un vistazo rápido al chat para ver su invitación —En realidad te llamaba por otra cosa. ¿Cómo de malo es que haya equiparado a mi jefe con un chimpancé?

—Pues... Bueno no es, claro. Pero tampoco es como si importase mucho. Total, el miércoles lo dejas —titubeó y la otra lo escuchó al otro lado —. Porque lo dejas, ¿no?

—Sí, pero... —se quedó callada un instante y a continuación bajó el tono hasta poco más

que un susurro —Me ha hecho un pequeño chantaje...

—¿Y te vas a quedar? Mira, nos vemos en el Trinity Place en una hora. Y no llegues tarde.

Nada más entrar en el restaurante, alzó una ceja sorprendida echando un vistazo a su alrededor. Una puerta que parecía de la cámara acorazada de un banco dividía la recepción del salón del restaurante, y no pudo dejar de preguntarse cómo hacía Molly para encontrar lugares así. Se dirigió al camarero de la entrada, que le señaló unas rejas parecidas a las de una celda, tras las que se alojaba el bar.

A la derecha de la larga barra forrada de madera oscura, se encontraba su compañera, revisando algo en un pequeño ordenador con expresión preocupada y una apariencia muy profesional. Se dirigió con rapidez a su mesa y se sentó en el sofá acolchado.

—¿Y las otras? No puedo tardar mucho en volver.

—Prue no puede venir. Creo que ha ligado con uno de la oficina. Y Candance me dijo que empezásemos sin ella, pero que intentaba pasarse.

Un camarero se acercó solícito y les dejó la carta sobre la mesa. Apenas le echó un vistazo y soltó un bufido.

—Ostras, Molly, casi treinta dólares una hamburguesa.

—Relájate, que son clientes míos y me los espantas. —levantó la cabeza de la carta para ver que le guiñaba un ojo mientras aguantaba la risa —Aun así, cielo, tienes casi treinta años y trabajas en una de las mejores financieras del país. Deberías poder comer en un sitio como este cuando te diera la gana.

—Sabes de sobra que no. Me queda la mitad de la deuda por pagar y... si estoy a punto de quedarme sin trabajo, no debería malgastar el dinero —sacudió la cabeza provocando que su cabello oscuro le cayese sobre las mejillas—. Creo que me he equivocado mucho estos dos días y el capullo de mi jefe me las va a hacer pagar.

—A ver, Hayley, será mejor que te expliques —esperaron a que el camarero trajese las consumiciones y le sorprendió ver cómo su amiga ponía presurosa la mano sobre la copa para evitar que le sirviesen vino. Ladeó la cabeza, pero Molly negó sutilmente y, tras echar un vistazo rápido a su iPhone y le informó que Candance estaba a punto de llegar.

En cuanto la pelirroja se unió a la mesa, con un traje sastre de color rojo de alta costura, no pudo evitar sentirse intimidada. Sus dos compañeras de la universidad habían estudiado la misma carrera que ella y, a pesar de que había conseguido un buen puesto de trabajo, estaba claro que no se movían en los mundos. Se acomodó con nerviosismo la americana gris oscura que había comprado en las últimas rebajas y dio un traguito a su copa, teniendo claro que algo había hecho mal.

—Vaya... no contaba con que llegases tan pronto, Davis. Está claro que ese ultimátum a tu jefe ha debido de valer para algo. Y yo que creía que te ibas a quedar en la ruina... —Hayley se atragantó y las otras dos se la quedaron mirando dubitativas —Vale, que igual no me he equivocado tanto, ¿no?

En cuanto se recompuso, pasó a explicarles lo que había sucedido esa mañana, pudiendo observar la reacción tan contrapuesta de sus dos compañeras. Molly parecía entre divertida y alucinada, mientras que la más alta no había dejado de farfullar entre dientes.

—¡Ese tío es un engreído! —explotó la rubia en cuanto acabó —Conociéndote, mucho has tardado en decirle nada. La Hayley de la facultad se lo hubiese comido con patatas.

—Ya, pero ahora no me lo puedo permitir.

—Bueno, yo no veo que la cosa sea tan grave —se volvió hacia Molly y, ajustándose el moño francés la interpeló—. ¿Has podido ver esos balances que te envié? Lo necesito para el jueves que viene...

—¿Tú me has escuchado bien? Le he llamado mono.

—Le llamaste primate y, por definición, lo es —buscó mediar Molly tras decirle que sí con la cabeza a la más alta—. Prue a su jefe le llamó cabrón y le acabó ascendiendo.

Se quedó con la hamburguesa detenida en el aire, parpadeando sin parar, incapaz de creer lo que estaba escuchando. Hasta donde sabía, Prue llevaba años trabajando dentro de otra de las grandes empresas de inversión y había ascendido recientemente a un puesto de gran responsabilidad como el que ella pretendía.

—Como yo lo veo, si te ha apretado tanto para que te quedes será por algo. Eres buena, pero nadie es insustituible, y ni siquiera os aguantáis, así que debe haber algo más. ¿Tienes algún contacto con los de la otra empresa? —negó con vehemencia y se apuró a tragar el mordisco antes de responder.

—¡Qué va! No es la primera vez que el expediente ronda nuestra zona. Pero esa vez estuve fina y me lo saqué de encima antes de que llegase a manos de Landon. No sé por qué, pero no me gusta ese expediente.

—Pues peor me lo pones. Si no es porque tienes algo que él necesite, igual es que quiere algo de ti.

—¿De mí? —se metió el último pedazo en la boca, saboreándolo durante unos instantes mientras pensaba en ello con más detenimiento para acabar negando otra vez —No tengo nada. ¿Qué va a querer?

—Pues o busca devolvértela por haberte enfrentado a él o... —Molly miró de reojo a Candance, haciéndole una seña con la cabeza mientras a las dos se les escapaba una risita que no alcanzó a comprender.

—Si de verdad quieres dejar la empresa, céntrate en encontrar un nuevo empleo y mantén un perfil bajo hasta que se le pase el mosqueo. Pero sin dejarte avasallar, claro. Eres su ayudante, pero haces el trabajo de una junior. Hazte respetar.

—¿Y si no soy capaz y vuelvo a perder los papeles?

—Bueno, ... siempre puedes hacer lo que Prue —añadió Candance entre las risas de las dos—. Puede que no sea muy ortodoxo, pero consiguió el ascenso en una semana.

—¿Qué? ¿Insultarle?

—Tirártelo.

CAPÍTULO 5

—¿A ti te ha explicado algo o sigue de misterioso?

Jamey Allen enarcó las dos cejas mientras miraba alternativamente a Staley a Petrelli, que se comportaban de manera radicalmente opuesta, ya que la actitud ufana del que había preguntado chocaba con las maneras de Landon. Se sentó junto a ellos, dejó la toalla sobre la mochila, negando quedamente.

—¡Anda que te ha faltado el tiempo para largar! —Jimmy hizo un gesto indiferente y dio un trago a su bebida isotónica —Más nos valdría apuntarnos a un gimnasio que venir a tu edificio y tener que aguantarte.

—Tú mismo, pero hay mucha demanda de pistas de squash. Y me he esperado a tratar nada de carácter personal hasta que se ha ido mi vecino, así que tampoco entiendo tanta queja.

Landon colocó la mano sobre la frente y la deslizó hasta la mitad superior de la cabeza, provocando que todo el pelo quedase pegado por el sudor. Hacía meses que disfrutaban de una o dos partidas de squash semanal en las instalaciones de la urbanización de Petrelli, en un barrio acomodado de Manhattan. El único problema radicaba en que eran tres amigos y necesitaban a otro más para poder jugar, y ese papel solía recaer en un vecino de su edad que a él no le caía excesivamente bien y que Jimmy insistía en invitar solo por fastidiar.

—¿Me lo vais a contar o qué?

—Lo que te digo es que deberías pasarte más a menudo por la séptima planta, porque no te estás enterando de nada. De hecho, tengo claro que yo también me estoy perdiendo algo y eso que tengo el despacho a menos de veinte metros del suyo...

—Es una pena que se te dé tan bien ser inversor, Jimmy. Los programas del corazón se están perdiendo un gran tertuliano contigo. Eres único para inventar y exagerar cualquier cosa que veas —inclinándose sobre la mesa hasta aproximarse al más rubio, bajó el tono como si le indicase algo confidencial —La última vez que estuve con tu amigo fue en la reunión de objetivos de ejecutivos financieros de esta mañana. Mis cifras fueron mejores que las tuyas, otra vez. Y Zimmers todavía no ha recuperado todo lo que perdió en verano. Eso es lo más importante que ha pasado.

—¿En serio? ¿Y que tú y tu ayudante ejecutiva hicieseis manitas bajo la mesa no lo es?

—Pero... ¡qué dices, animal! —el carraspeo de Allen fue absolutamente elocuente, dejándole sin palabras al ver que creía posible lo que acababa de soltar su amigo.

—Hombre, yo creo que lo que ha dicho está muy claro. Y, no es porque sea el sobrino del mayor accionista, pero pensaba que lo de no confraternizar con subordinados era la única recomendación de la empresa que cumplías a rajatabla.

—Y lo sigo cumpliendo —respondió entre dientes, fulminando con la mirada al moreno de ojos burlones —. Entre Davis y yo no ha pasado nada.

—¿De verdad? Pues el Landon Staley que conozco desde que ingresamos juntos en la facultad de económicas jamás le hubiese permitido a nadie que le llamase mono salido a gritos delante de cuantos lo pudiesen escuchar. Excepto... —levantó las cejas un par de veces como señal elocuente — Claro, que hubiese sexo del bueno. Muy bueno, no sé si me entiendes.

Allen, que estaba bebiendo en ese momento, tuvo que contenerse para no expulsar el Gatorade sobre sus amigos. Incapaz de contenerse por más tiempo, Landon le dio un manotazo al primero antes de acomodarse sobre la butaca.

—Joder, va a ser verdad eso de que tengo que pasarme más por vuestra planta. En la mía, más allá del jamacuco que le dio a Aceves el mes pasado, es todo bastante más aburrido.

Volviéndose, con una sonrisa que intentaba ocultar, esperó unos segundos para que Landon contestase al más alto de los tres, aunque se resistía a hacerlo. La expresión de Jamey no se había alterado lo más mínimo, tan seria como habitualmente, pero con un brillo curioso en la mirada que delataba que estaba interesado en saber más, al igual que Petrelli, y era demasiado tarde para largase de allí sin hacerlo. Landon puso los ojos en blanco, puesto que no le apetecía lo más mínimo responder a un interrogatorio de aquellos dos en el que acabar desvelándose, porque se podía hacer a la idea de lo que le diría cada uno de ellos.

—A ver, arrancas o qué.

—No hicimos manitas y no me llamó mono. Eso lo primero de todo.

—Irrelevante. Sabes que sonó así.

Pasó la vista de uno a otro, preguntándose a sí mismo cuánto quería contarles. Desde luego, no pensaba hablar de la operación que tenían entre manos puesto que, con lo hábil que era Jimmy negociando, si valía la pena cerrar el acuerdo no dudaría en adelantársele. Y, por otra parte, Jamey podía molestarse, ya que a veces se comportaba como si fuese dueño de la empresa, aunque no fuese así.

—Después de una pequeña diferencia entre Davis y yo, me trasladó que quiere dejar la empresa. Un calentón, claro. Y hemos llegado a un acuerdo —agarró la camiseta blanca y la estiró, separándosela del pecho, sintiendo que necesitaba una ducha—. Tengo una operación grande entre manos, una que me podría ayudar a quedar en los primeros puestos en los resultados de este año, y se quedará conmigo hasta que la hayamos cerrado.

—Con sinceridad, amigo, eso abre más preguntas todavía. Por ejemplo, ¿qué gana ella con eso? Si habéis cerrado un acuerdo... suele haber una contraparte, Staley. Mejor subimos a mi piso y nos lo cuentas con una cervecita bien fresquita. Que me da que aquí hay mucho que rascar.

Las muecas de los otros dos al levantarse no le pasaron desapercibidas y supo que esa invitación se le podía acabar atragantando si seguía desviando el tema. Sus amigos eran igual de buenos negociadores que él, y Allen en ocasiones parecía tener un detector de mentiras. Soltó el aire de una vez, decidido a atajar el problema de raíz y saciar su sed de cotilleos.

—Joder, qué pesadez. Está bien —se incorporó, abrió la mochila y se puso una sudadera, antes de ponerse en pie y seguirlos hasta el ascensor—. Ayer volví a la oficina tarde, con una posible «socia», y estaba todo el pasillo hasta mi oficina lleno de cajas y trastos. Me cabreé y solté cuatro gritos. Con razón. Resulta que a mi ayudante no le sentaron bien. Ni los gritos, ni mi amiga ni un par de tonterías que nos dijimos. Y, aunque ha aceptado seguir en el puesto durante unos días más, parece que no le gustó que nos choteásemos de Zimmers esta mañana, yo qué sé —con un aspaviento, dejó caer la mochila al suelo del ascensor sobre sus deportivas, a la vez que daba un deje de despreocupación—. Igual es que le gusta el inútil ese.

—Entonces, lo que nos quieres contar es que se ha enfrentado a ti dos veces en dos días seguidos delante de más gente y vive para contarlo —le dio un codazo al rubio y soltó una carcajada—. ¿Y pretendes hacernos creer que tragas con todo eso y no te la has tirado? Venga, hombre.

Landon tensó la mandíbula, y se volvió con brusquedad hacia la puerta de acero. Los tres se quedaron en silencio hasta que llegaron a la planta de Jimmy, que les guio hasta su vivienda. Staley se dejó caer en el sillón de malos modos y tras pasarse un par de veces la mano por el pelo, refunfuñó mientras Petrelli dejaba un tubo de cerveza frente a él.

—Sabes de sobra que no me tiro a las de mi planta. No quiero líos. Esa chica no me gusta y, por lo que pareció ayer, yo a ella menos. Así que deja de decir tonterías, que eres capaz de soltarlo en la oficina y aún me vas a meter en un jaleo.

—Cálmate, que sabes de sobra que te está provocando. Sin embargo, ... —tras un trago, Jamey se llevó una aceituna a la boca y tras unos segundos añadió —tienes que entender que nos resulte raro. Se enfrenta a ti y le pides que se quede en la empresa. Esa chica no es nadie. No tiene contactos ni influencias. Y en todo el tiempo que llevas en la empresa no la has nombrado en más de dos ocasiones —se giró y clavó sus fríos ojos azules en él, analizándolo—. Así que algo tiene que haber.

Molesto por el interrogatorio que había intentado esquivar desde un principio, se rascó el antebrazo con fuerza, resistiendo el impulso de ponerse en pie y caminar sin rumbo por el enorme salón escaso de decoración y soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—No quiero nada con ella. Me molestó que se pusiera así delante de un ligue y una parte de mí quería mortificarla. Así que le he amenazado con dar malas referencias de ella a otras empresas para que no la contraten si no me ayuda con esa inversión. ¿Contentos?

Jamey Allen boqueó un par de veces, claramente sorprendido por lo que acababa de escuchar. Jimmy, por el contrario, más próximo a su carácter explosivo, se palmeó el muslo entre carcajadas.

—Ya sabía yo que escondías algo. En fin... —apuró el vaso hasta terminarlo y abrió otro botellín—Lo que pasa es que se te ha ocurrido una venganza de mierda. Yo me la ligaría hasta que estuviese loquita por mí, deseando quedarse en Moledos. Y, entonces, la largaría.

Landon inclinó la cabeza y reposó el índice en el mentón, dudando de si hacer caso o no a sus palabras. Él era el explosivo, Jimmy el vengativo y Jamey el sensato. Tras unos segundos, se giró hacia el más alto de los tres y le hizo un gesto claro con el mentón de que respondiese a la pregunta muda que había en el aire.

—Espero no tener que decirte todos los motivos por los que me parece una idea pésima —Jimmy elevó los hombros, ignorándolo.

—Me apuesto mi nuevo Corvette que, si te empleases un poco, la tendrías comiendo en la palma de tu mano en menos de tres semanas. Y, si te da apuro, puedo hacerlo yo. No es mi subordinada.

—Mejor dejemos el tema tranquilito —replicó Landon, molesto por lo dispuesto que parecía su amigo.

—Concuerdo contigo. Con las ayudantes atractivas hay que tener cuidado. Un amigo de mi hermano se puso a hacer este tipo de tonterías y acabó con dos críos.

CAPÍTULO 6

—¿Cómo que Davis no está en la oficina?

—Bueno, jefe... —la voz de su secretaria sonaba más dubitativa de lo habitual, como si le costase continuar.

—Suéltalo de una vez, ¿quieres? En estos dos años no ha llegado tarde ni una vez y tenía que haber entrado hace media hora.

—En realidad... no sé si va a venir. Pero yo puedo ayudarte con lo que sea, jefe.

—Mándame la dirección de Davis *ipso facto*.

Colgó sin darle la opción a despedirse y trató de respirar hondo mientras guardaba el teléfono en el bolsillo interior de la americana. Gordon DuPont le observaba descaradamente desde el otro lado de la mesa mientras apuraba su café con leche.

—¿Algún problema, chico? —compuso una sonrisa y negó con un movimiento seco de cabeza —Pues espero no habérselo causado a nadie de tu equipo, en fin.

Se despidió de él en los mejores términos posibles y salió de la cafetería del Hilton para parar un taxi mientras esperaba el mensaje de Dana. Gordon era uno de los mejores inversores que tenía, anterior a su ingreso en la compañía, que provenía de una familia de empresarios del sur del país. Desde el principio, su relación había sido muy fructífera para ambas partes, lo que le había llevado a desarrollarse profesionalmente al permitirle relacionarse con grandes empresarios que antes de DuPont quedaban completamente fuera de su radar.

Y, aunque en esos años de profesión, había conseguido inversores de mayor calado, Landon no había olvidado que era quien le había abierto las puertas y siempre le había tenido una especial consideración. Por eso, al menos una vez al mes quedaba con Gordon a desayunar en alguna cafetería lujosa y con sabor a antaño mientras repasaban el estado de la cartera de acciones de aquel hombre que se resistía a ser tratado como un anciano. Eso les había llevado a forjar una relación estrecha y basada en una confianza difícil de desarrollar en un mundo tan competitivo y escurridizo en el que se movía, donde los clientes no valoraban nada más que los dividendos.

Apenas llegó a la recepción del hotel, su teléfono pitó y comprobó que le había pasado la ubicación de la vivienda de su ayudante ejecutiva. Al ver la dirección, frunció el ceño, porque debía regresar a las oficinas y el desplazarse hasta Brooklyn le iba a requerir más tiempo del que había pensado. Le indicó la dirección al taxista, que se volteó para dirigirle una mirada de arriba abajo antes de asentir y arrancar dejarlo sumido en sus pensamientos.

La reunión con DuPont había ido bien. O al menos lo había hecho en los primeros veinte minutos, hasta que su enjuto cliente había abierto la caja de los truenos realizando una pregunta sencilla y que había soltado sin darle mucha importancia.

—¿Crees que debo invertir en la Bayou RiverBelt? —levantó la vista con sorpresa y vio un destello en los ojos oscuros del contrario—Estoy seguro que sabes que buscan inversores. Conozco a Thaddeus Fontaine desde que éramos unos críos, aunque nunca hemos sido amigos. Tampoco es que eso importe. Una cosa es la vida privada y otra el dinero —se pasó la servilleta por los labios para después mesarse la barba—. Si te lo pregunto es porque sé que descartaste esa

inversión y sabes que me fío de tu criterio tanto como del mío mismo.

—¿Descartar? No sé qué has escuchado, Gordon, sabes que este es un mundo de rumores. Solo te puedo decir que, entre otros muchos, ese expediente ha llegado a mi mesa y mi equipo y yo lo estamos estudiando.

—Claro, claro. ¡Qué me vas a decir! —echó un vistazo alrededor, como escrutando los rostros de las mesas cercanas— Es mejor no comprometerse con las palabras, nunca se sabe quién puede estar escuchando.

Landon negó con una sonrisa por toda respuesta, pero algo se quedó en el fondo de su mente dando vueltas mientras la conversación se dirigía a otros lugares de mayor interés para el anciano, especialmente los beneficios de las últimas operaciones que habían realizado juntos. En un momento dado, ya con el desayuno prácticamente terminado, y con DuPont dándole un último trago a su zumo de naranja recién exprimido, el mayor volvió a la carga.

—Bueno, hijo, únicamente te pido que, si vas a rechazar el expediente, como hace dos años, me lo hagas saber. El viejo cascarrabias de Thaddeus Fontaine me ha ofrecido invertir personalmente y no quiero darle largas. Sabes que me fío de tu criterio. Y menos mal, porque con lo que me quitas...

Landon posó el tazón sobre el platillo y apartó el periódico con una sonrisa más sincera que las anteriores, mientras llamaba al camarero para que les trajese la cuenta.

—Ya entiendo el error, Gordon. No fui yo quien lo rechazó, sino mi antecesor en el puesto.

—No sé qué decirte, hijo, estoy muy seguro de tratar con Thaddeus el asunto tras verme salir de firmar en esas nuevas oficinas tan pretenciosas que tenéis en el distrito financiero...

Frunció el entrecejo de manera casi instintiva y tuvo que esforzarse para suavizarlo ante la expresión del mayor. La única explicación posible que acudió a su mente fue su ayudante, Hayley Davis. Cuando se incorporó a la empresa, ella ya estaba allí gestionando los expedientes de Campbell, el anterior director ejecutivo. No fue sencillo acoplarse puesto que tuvo que lidiar con su propia cartera de clientes y empresas, la de Campbell, así como otros expedientes que la empresa le asignó.

Y desde el interior del taxi esa misma premisa no paraba de resonar en su cabeza. Hayley Davis se había encargado de los expedientes de Campbell y de los suyos, y únicamente había contado con la ayuda de una becaria durante menos de un mes en la transición entre ambos jefes. Sin embargo, su ayudante no le había indicado en ningún momento que ya hubiese analizado con anterioridad esa empresa. Y ahora que él se lo había encargado de manera expresa, tampoco le parecía que estuviese avanzando con el expediente. Y esa mujer iba a tener que darle alguna explicación a todo ello.

Ante un frenazo brusco, prestó atención a la carretera y le sorprendió la diferencia que había entre su barrio y en el que se encontraba, casi como si se tratase de otra ciudad que no conocía. Entrecerró los párpados y repasó los viejos y deteriorados edificios que dejaban atrás y miró con desconfianza al taxista una vez más. Era imposible que la mujer con la que trabajaba, larguirucha y que apenas pasaría los cincuenta kilos, regresase cada noche a un barrio como aquel con completa normalidad.

Apenas unos minutos después, el taxista se detuvo ante un edificio estrecho de ladrillo cara vista marrón de tres alturas y una reja de unos dos metros de altura oxidada y que a todas luces no ofrecía ningún tipo de resistencia.

—Señor, ya hemos llegado —el hombre se giró en su asiento, apoyando el brazo en el

respaldo del copiloto—. Me tiene que pagar.

—¿Aquí? ¿Usted cree que este es un lugar apropiado para una mujer que no puede ni con dos cajas de folios?

—Bueno... mi madre nos crio en un sitio parecido. Aunque podría con las cajas de folios y con dos como usted si hiciera falta. Menuda era mi madre. Son treinta dólares, señor.

—Espere, que no me fio que vayamos a encontrar un taxi decente por esta zona.

—De acuerdo, señor, pero no pienso parar el taxímetro.

De un golpe con el puño, la puerta de la reja se abrió y cruzó el pequeño espacio vacío mientras se acomodaba el abrigo, comprobando que en el mensaje su secretaria le indicaba que vivía en la segunda planta. Entró a la vez que un hombre de unos cincuenta años que llevaba un perrito bajo el brazo. Un rápido vistazo le valió para darse cuenta que tendría que subir por las escaleras y siguió al hombre que lo miraba por encima del hombro sin ningún tipo de disimulo, hasta que se quedó en el rellano del primer piso.

Timbró varias veces seguidas con una sensación amarga en la boca del estómago. Su ayudante recibía un sueldo acorde a su puesto que, desde luego, estaba muy por encima del lugar en que estaba residiendo. Tras unos segundos, volvió a apretar el timbre a fondo, sintiendo el cabreo crecer por dentro. Estaba a punto de timbrar otra vez cuando la puerta se abrió de par en par. Al otro lado, Hayley lo observaba con una expresión entre furiosa y extrañada, con un par de horquillas en la mano derecha.

—¿Qué haces aquí?

—¿Yo? La pregunta, más bien, es qué haces tú aquí.

Extendió los brazos, abarcando todo el espacio disponible mientras ponía los ojos en blanco y se daba la vuelta hacia el interior de la vivienda.

—Yo vivo aquí.

—Eso parece. Y llegas casi una hora tarde a trabajar. —echó un vistazo rápido al interior desde el umbral de la puerta y le sorprendió lo que contrastaba con el exterior. A simple vista, se trataba de un pequeño apartamento unipersonal con una minúscula cocina a su izquierda, y, por donde había desaparecido su ayudante, un pequeño salón decorado de manera acogedora. La siguió al interior para verla arreglándose el ante el espejo del salón. Vestía una camisa blanca de manga larga y una falda bastante corta, con amplios plisados y un estampado tribal multicolor en donde predominaba el rosa. Las piernas parecían eternas, y los zapatos de tacón de color limón todavía las resaltaban más. Sin quererlo, frunció el ceño mientras recordaba fragmentos poco recomendables de la conversación con sus amigos.

—Por si te interesa, estoy aquí por la Bayou RiverBelt —soltó rompiendo el discurso de sus pensamientos para verla aplicar un delineador sin inmutarse antes de contestar con la boca apretada.

—Ay, ¡qué pesadito! Para eso no hacía falta que vinieras. Está en tu archivo. Y puedes acceder a mis anotaciones desde tu ordenador.

—No me refiero a eso —se volvió durante un segundo, con las cejas fruncidas, y volvió a su espejo—. DuPont me ha dicho que yo rechacé esa misma operación hace dos años. Y es curioso, porque en realidad no lo he hecho —levantó el tono, buscando sonar sarcástico y provocar—. Y quiero saber por qué lo cree. Porque empiezo a creer que tus problemas con esa empresa...

—¡Ah! Eso —le interrumpió con un ademán—. Fue una operación potencial que le llegó a Campbell, directamente desde uno de los socios de la Bayou. Había muchos rumores de una

posible quiebra y de cuentas un tanto opacas, así que mi jefe la descartó *ipso facto*.

—Recuerdo haberte dicho que revisases todos esos expedientes con una nueva mirada.

—Lo hice, y pensé lo mismo mi primer jefe. Una inversión poco clara. Demasiado riesgo para el posible beneficio. La descarté y la dejé en tu pila de pendientes. Si la revisas un poco, todavía debe andar por ahí. Y, por si te interesa, aunque no lo creo, sigo pensando parecido.

—Hayley....

—Prefería cuando te referías a mí por el apellido —se aproximó a un perchero para vestirse un abrigo de color beige antes de tomar el bolso—. Y ahora si te apartas...

Le hizo un gesto rápido con la mano que tanto parecía evadir la preocupación como sacudir algún insecto, mientras se dirigía hacia donde estaba él con prontitud, que se limitó a salir al rellano para ver cómo cerraba rápidamente con tres llaves.

—¿Piensas ir vestida así a trabajar? Ya te he dicho que...

—¿No has hablado con tu secretaria, Landon? Porque se supone que tiene que pasarte los avisos. No voy a la oficina —usó un tono chulesco, muy similar al que le había escuchado a su jefe en infinidad de ocasiones. De reojo vio cómo apretaba los puños a la vez que arrugaba la frente y lo esquivó para enfilar las escaleras a la vez que ocultaba una sonrisa de satisfacción antes de darle la buena noticia—. Tengo otra entrevista. Ya te contaré, jefe.

CAPÍTULO 7

Tener a su jefe refunfuñando tras de sí mientras bajaba a toda prisa las escaleras no era lo que había imaginado la tarde anterior, cuando la habían llamado de la empresa en que trabajaba Prue, así que intentó respirar hondo a la vez que aceleraba el paso, con los tacones resonando en el hueco de la escalera. Como en un automatismo, se pasó la mano por el lateral del abrigo mientras se infundía coraje. Convencida de que tenía que cambiar algo para lograr un resultado diferente, había elegido un atuendo más atrevido del que solía emplear normalmente, aunque ahora le parecía que era demasiado arriesgado.

Apretó los párpados un segundo, apoyó la mano en la barandilla, y se repitió para sí misma que su grupo de antiguas amigas de la facultad solía vestir de un modo más llamativo sin ningún tipo de problema y a ella también le apetecía salirse de la tiranía del gris.

—¡Me quieres explicar a dónde vas en tu horario de trabajo!

—Ya te lo he dicho —se limitó a echar un vistazo rápido por encima de su hombro para ver la tensión en su rostro —Tengo una entrevista de trabajo. Y deja de ponerme nerviosa, que me la vas a gafar.

—¡Tú ya tienes un trabajo, Davis! —ni le contestó, limitándose a arquear las cejas— Aunque parece que se te ha olvidado...

—Claro, pero ya has venido tú hasta la puerta de mi casa para recordármelo —en el zaguán él la adelantó y no le quedó otro remedio que enfrentarlo con la mirada.

—No puedes hacer lo que te dé la gana. Eso no es lo que habíamos acordado.

—¡Claro que no! ¡Y es cosa tuya! —soltó el aire de golpe y volvió a esquivarlo para salir al exterior y volverse de manera impetuosa hacia él en la pequeña terraza —Te di un preaviso de cinco días y me forzaste a aceptar mínimo treinta. Y llevo trabajando más de diez días como una mula sin que hayas hecho nada.

—Hayley...—la chica se cruzó de brazos con la barbilla alzada, como retándolo—, controla esa boca.

—No quiero. Es lo único que he hecho en los últimos dos años y de qué me ha valido. De nada. Me he deslomado por la empresa y tú te has llevado todo el mérito. ¡Y me vas a hacer llegar tarde!

Le dio la espalda y atravesó la reja de entrada para notar cómo su espalda chocaba contra algo duro y se tensó. El aliento de su jefe llegó cálido y vibrante a su oreja izquierda, provocando un estremecimiento en el medio de sus omóplatos, que se reforzó cuando su voz grave y rasposa llegó desde demasiado cerca.

—¿Dónde te crees que vas, Hayley? Esta conversación no ha terminado.

—Al metro, que está por allí —levantó el brazo para señalar el lugar, pero su manaza la agarró por la parte superior del brazo, tirando hacia su derecha.

—Sí, hombre. Lo que me quedaba por ver. Yo en el metro. Para adentro.

Apenas pudo prestar atención a lo que sucedía desde que su mano hizo cepo y una quemazón se instaló en el lugar en reacción a su agarre. La molestia que le producía aquel hombre era tan genuina que hasta su cuerpo se lo manifestaba dejándola casi en shock. Para

cuando quiso darse cuenta, estaba en el interior de un taxi, con el conductor del mismo observándola fijamente desde el retrovisor.

—Llévanos a las oficinas de Moledos Holding en el distrito financiero. Y rapidito, que no puedo perder más tiempo.

—No pienso ir a trabajar —le encaró ella—. Y tampoco voy a pagar el taxi.

—Claro que vas a venir —masculló casi entre dientes, con una mirada feroz clavada en ella—. Teníamos un trato y lo vas a cumplir.

Soltó dos carcajadas muy fingidas por respuesta, provocando que su jefe estrechase todavía más los ojos, y se sintió mejor al saber que le había molestado.

—Ni de broma. Mis amigas tienen razón. No tengo por qué seguir con ese estúpido plan que solo te beneficia a ti y yo tengo que confiar en que cumplas tu parte —sin darse cuenta, fue elevando la voz hasta casi gritar—. ¡Puedo ir a lo mío y tratar de conseguir el mejor puesto posible, porque tú eres capaz de buscarme uno horrible con tal de que me quede en la empresa para luego echarme!

Lo siguiente que sintió fue sus labios chocando contra los suyos y su ligera barba raspándole en la piel, provocando un contacto abrasador que le hizo cerrar los ojos. Sus labios se movían rápido sobre los suyos, tentándola de manera experta, provocándole una marea de sensaciones. Una mano se coló hasta acariciar su nuca, enredándose en su pelo, apretándola cada vez más contra ese pecho duro, encendiéndola por dentro. El sonido de un claxon la sacó de su ensimismamiento.

—¡Qué te crees que estás haciendo, jefe! —le metió un empujón rápido con las dos manos. Su pelo casi negro cayendo despeinado sobre su frente, las pupilas dilatadas y la mirada hambrienta que percibió al otro lado le causó un escalofrío a lo largo de la espalda y apretó las manos sobre sus hombros, incapaz de romper el contacto. El pulgar de Landon todavía seguía haciendo caricias circulares en la base del nacimiento del cabello, alterándole los nervios.

Bajó ambas manos a las solapas de su abrigo y tiró con fuerza de él hasta que chocó con su boca, repitiendo un beso de igual intensidad que el anterior. Las uñas de él le recorrían el cuero cabelludo, arrancándole suspiros mientras que su lengua le acariciaba el cielo del paladar. Le chupó el grueso labio inferior antes de separarse con esfuerzos de su boca y pasó una mano por su rostro, intentando acomodar sus cabellos de manera discreta.

La mano de Landon se paró en su rodilla, y podía sentir una nueva quemazón en la piel, por debajo de la media. Se recolocó la blusa y el abrigo, antes de intentar echar un vistazo a su aspecto en el espejo del retrovisor.

—¡Joder con la erótica del poder!

Las palabras del taxista pretendían ser un susurro, pero resonaron en el habitáculo más que si las hubiese gritado. Se envaró casi instantáneamente y notó que los dedos de su jefe hacían lo mismo, pero sin llegar a apartarse. Soltó el aire que ni sabía que llevaba conteniendo un buen rato. Aquel hombre debía tener razón y era lo que le había hecho perder la cabeza. Echó un vistazo rápido a la mano grande y bronceada y posó dos dedos sobre su dorso.

—Quiero ir a la entrevista —la voz le salió entrecortada y más ligera de lo que le hubiera gustado.

—No. Siga hasta la dirección que le he dado.

—Por mí perfecto. ¿Sabes por qué? Puedo ir andado desde tu empresa si quiero.

La sombra de la duda y la curiosidad se hizo patente en el rostro de Staley, que se aferró con más fuerza a la rodilla de aquella mujer, que durante unos instantes lo había vuelto del revés

y, tras soltar un gruñido, bramó.

—Pues muy bien —metió las manos en los bolsillos y se dejó caer contra el respaldo— Lleve a la señorita a donde quiera ir.

—A las oficinas de Haverhill Brothers, por favor.

Al salir del ascensor le sorprendió que su jefe se bajase tras ella, pero, tras comprobar la hora, aceleró el paso mientras repasaba mentalmente su situación. Le ponía nerviosa pensar que tenía a aquel hombre tras de sí, erizándole los vellos de la espalda. Al llegar a la puerta del edificio pudo ver su aspecto reflejado en las grandes cristaleras, al igual que el ceño fruncido de Landon, y se detuvo un segundo, repasando nuevamente su imagen.

Ya no se sentía tan segura como cuando se había vestido en su casa y se pasó la mano derecha por el plisado de manera mecánica un par de veces. El cabello lucía ligeramente más alborotado que cuando había entrado en el taxi y, en ese momento, mientras se identificaba con el personal de la entrada, maldijo la interrupción de Landon en su vivienda y haber descartado hacerse uno de los prácticos moños que llevaba habitualmente.

Casi una hora después se despedía de dos de los entrevistadores en la misma sala en que la que se habían reunido mientras que el tercero, un hombre de una edad similar a su jefe, se ofrecía a acompañarla hasta la entrada. Aunque al inicio se había sentido un poco nerviosa, finalmente la entrevista había salido bien y prácticamente se había olvidado de su compañero de taxi hasta que lo vio sentado en unos sillones cercanos a la entrada hablando por el móvil con cara enfadada. En cuanto la vio, colgó la llamada y, tras un par de pasos sin moverse en el sitio, le pareció que se iba a acercar a ellos, sin que pudiera evitarlo.

Al llegar al mostrador de recepción, el hombre que la acompañaba se detuvo cerca de una columna y tuvo que concentrarse para seguir el hilo de su conversación, al que apenas había atendido tras salir del ascensor. Estaba a punto de responder a su despedida cuando el otro se inclinó para besarle la mejilla, sorprendiéndola por completo, y una parte de ella sospechó que podía tratarse del mismo jefe salido de Prue.

—Vámonos, que ya hemos perdido mucho tiempo con esta tontería.

Un vistazo rápido de reojo le mostró que Landon no estaba de mejor humor que el que gastaba cuando lo había dejado, con el rostro contraído, los puños apretados y un brillo en la mirada que le decía muy a las claras que tenía instintos homicidas por resolver con uno de los dos que tenía delante.

—¡Anda! Landon Staley...—le brillaba un punto de admiración y reconocimiento en la voz —Si quieres unirse a nuestro equipo también hay un hueco para ti.

La mirada que le dirigió dejó a su entrevistador callado y con la mano extendida en el aire, mientras su jefe la repasaba de arriba abajo con las manos en los bolsillos del pantalón del traje.

—Bueno, espero tener noticias vuestras lo antes posible.

—Claro, claro —bajó lentamente la mano hasta la carpetilla que sujetaba con la contraria y volvió a ignorarla para ver a su jefe—. Ya tiene que ser buena esta mujer para que usted en persona haya venido a apoyarla y recomendarla.

—De eso nada. No se va a ir a ningún lado. Estamos en medio de una operación importante y no me puede dejar colgado.

La sonrisa del otro se agrandó y en ese momento volvió la vista para la entrevistada, que intentaba mantener la pose por encima de las circunstancias. Notó que su entrevistador le dirigía

una mirada de mayor apreciación y una sonrisa que le recordó a la de una hiena.

—Vaya, vaya, caza mayor —susurró entre dientes—. Señorita Davis, está claro que ha sido modesta en su entrevista. Es la primera vez que tenemos a un jefe intentado retener a un candidato. La llamaremos la próxima semana.

Se despidió con una sonrisa fingida y, en cuanto se dio la vuelta, apuró el paso hasta la salida intentando librarse de su jefe sin éxito. Una vez en el exterior, se volvió segura de que no la dejaría marchar sin antes dar la cara.

—Al final voy a tener que darte las gracias. Creo que has mejorado mis opciones para el puesto en uno o dos puntos. Hasta mañana.

—¿Pero ahora a dónde te crees que vas? Tenemos mucho que hacer.

—Sí, ya, pero voy vestida muy poco convenientemente —enfaticó el tono en las últimas palabras—. Y el trayecto de ida y vuelta en metro, me va a llevar mínimo dos horas. Voy a regresar a una hora de salir. Mejor vengo mañana. Total, tengo hechas horas extra de sobra solo en esta semana.

—Eso te lo has creído tú.

Extendió el brazo, la agarró de la mano y la llevó en volandas hasta el edificio del Moledos Holding, que estaba a unos veinte minutos andando a paso acelerado. La mano le hormigueaba y podía sentir cómo la quemazón se extendía por el brazo para arriba. Al llegar ante la fachada del imponente edificio, la mirada extrañada del responsable de seguridad resultó más que elocuente para ella, pero no para su jefe, que siguió tirando de Hayley hasta que estuvieron solos dentro del ascensor.

—Solo para que quede claro. Lo que ha pasado esta mañana en el taxi no cambia nada —la buscó por el rabillo del ojo y ella asintió con vehemencia, incapaz de articular palabra—. Y espero encontrarme un informe con todo lo que tengas de la Bayou RiverBelt mañana a primera hora sobre mi escritorio. ¿Está claro?

—Muy claro —sacudió el brazo un par de veces y luego añadió—, pero preferiría que me soltases la mano antes de que se abran las puertas.

CAPÍTULO 8

Apenas entró en el despacho de su jefe, se quedó clavada en el centro de la estancia, odiando a Landon y a su secretaria por uno igual. Sintió un hormigueo molesto en la zona de los labios, pero resistió el impulso de deslizar sobre ella el reverso de la mano. En cambio, apretó los dedos a ambos lados de la carpetilla, sintiendo cómo cedía la cartulina.

—¿Es que no sabes llamar, Davis?

La voz de Landon sonó como un trueno, pero no la aplacó. Y ver el modo en que le sonreía con burla la rubia que estaba sentada sobre sus piernas, mientras hacía un gesto de limpiarse la comisura de los labios, tampoco ayudó. Y aunque sabía que lo sucedido en el taxi esa mañana no habría sido nada especial para él, tampoco había esperado tener que verlo con otra mujer en esa misma situación tan pronto. Un aguijoneo en su interior fue lo que la impulsó a contestar.

—Sé, pero insististe en que era importante —se esforzó en dirigirse únicamente a él, ignorando deliberadamente a la otra mujer—. Y como siempre nos presionas con que hay que tener un comportamiento adecuado en las oficinas..., aunque debes decirlo solo por el resto, claro. Porque está claro que aquí no hay nadie trabajando.

Con las últimas palabras, no pudo evitar echar un vistazo rápido a la mujer, que ya no sonreía, pero tampoco se levantaba del sitio. Tomó aire, procurando inspirar hondo, evitando prestar atención a una voz molesta que se había instaurado en el fondo de su cabeza. Le vio susurrarle algo al oído y la rubia se levantó, con expresión molesta. No vestía como una ejecutiva de cuentas, con aquel vestido de cóctel azul de diseño que resaltaba sus curvas.

Era una mujer joven, de una edad similar a la suya, pero que estilaba sensualidad y feminidad a raudales y que encuadraba mejor en el prototipo de Landon Staley que ella. Al darse cuenta de lo que acababa de pensar, pegó un respingo, sintiéndose muy molesta consigo misma. Quizá había cometido la insensatez de dejar que aquel capullo la hubiese besado en un taxi, aturdida por los nervios de la entrevista, pero no había sido más que una tontería que había pasado sin más. A ella no le interesaban los hombres seductores y mujeriegos que usaban a las mujeres a su antojo, por muy buenos que estuviesen. Y menos si era su jefe. Estiró la espalda con determinación, esperando su respuesta.

Landon, con los labios apretados, señaló el expediente con la barbilla para que se explicase, pero ella se limitó a negar con la cabeza con la vista clavada en la otra mujer, que apoyada contra el escritorio y con un brazo en jarras, jadeó indignada.

—¿Pero se puede saber qué le pasa a esta? Landon, cielo...

—Estoy esperando, Davis, y sabes que no me gusta perder el tiempo.

Sin poder evitarlo, enarcó las cejas a la vez que tensaba los dedos sobre la carpetilla. La mano grande y morena de su jefe parecía hacer lo mismo con su bolígrafo Mont Blanc. Carraspeó la voz durante unos instantes antes de explicarse y le pareció que su agarre se tensaba más.

—Tengo algunos problemas con la operación que estoy llevando y que necesito comentar.

—¿A qué esperas? —se negó a responder, señalando acusatoriamente con la vista a la mujer que estaba entre los dos, pero Landon se recostó en el sillón, cruzándose de brazos y supo

que tendría que responder.

—A que se vaya.

—¿En serio? Landon, dile algo.

Por un momento, pareció que lo iba a hacer, pero su jefe volvió a cerrar la boca y ella, harta de la situación, dio dos pasos más hasta el escritorio, acercándose demasiado a la otra mujer.

—No tiene nada que decirme. Lo que tengo aquí—blandió la carpetilla delante de su cara— son datos confidenciales. Y en la empresa hay una política muy estricta sobre la materia. Salvo que ahora también dé igual eso. Claro.

Escuchó a lo lejos la risa de Dana Roth y la maldijo para sus adentros, ya que el único motivo por el que había entrado en el despacho tan repentinamente era porque ella la había animado. Y como estaba atascada con el informe de ese expediente, había decidido hacerle caso. Y también porque le había costado enormemente concentrarse desde que había llegado a la oficina y necesitaba corroborar que la situación con su jefe seguía igual, aunque ahora se arrepentía.

—Tu secretaria tiene una chispa... ¡Vaya! Menos mal que esto es grande, porque si no parecería el camarote de los hermanos Marx.

Ignoró la broma de Jimmy Petrelli mientras contemplaba cómo su jefe le pedía a su amiga que los dejase a solas, que se alejó haciendo resonar los afilados tacones contra el pavimento. Al llegar a la puerta y darse cuenta de que el otro trajeado avanzaba hasta casi alcanzar a Hayley Davis sin que nadie se opusiese, protestó con voz aflautada.

—¿Yo me tengo que ir pero él puede entrar? ¿Me estáis tomando el pelo?

—Trabaja en la empresa. Si a mi jefe no le preocupa que otro ejecutivo le pise la operación, ... —levantó los hombros con descaro, aunque en realidad sus intenciones eran tratar a solas con Landon.

—Tú eres una listilla. Eso es lo que eres—y se marchó tras dar un portazo.

—Espero que lo que tienes ahí valga el lío que has montado.

—¿Yo? —parpadeó un par de veces sin dar crédito a sus palabras y elevó el tono—¿Que he montado yo? Si tú no fueses un...

—Tranquilidad, chicos—el tono distendido de Jimmy la interrumpió. Dio un par de pasos hacia la ayudante de su amigo soltando una risa—. Solo se trata de dinero, ¿verdad?

Se detuvo ante ella y posó dos dedos sobre su hombro con una sonrisa seductora que le había visto usar un ciento de veces. Era demasiado similar a la que empleaba su jefe. Giró la carpetilla hasta enrollarla y le golpeó la mano con ella.

—No sé a qué estáis jugando, pero conmigo no. Y como intentéis pasaros un pelo más, salgo de aquí y me voy directa a Recursos Humanos. Estoy segura de que por esto te caería una amonestación, mínimo —se volvió hacia el escritorio, entornando los ojos—. Y tú tendrías que aceptar la oferta que te hicieron esta mañana con el rabo entre las piernas.

—¿Qué trabajo? ¿Te vas de Moledos?

Landon hizo un gesto despreocupado con la mano para después llevársela ante la boca y pasar con detenimiento un dedo por su labio inferior sin sacar la vista de Hayley para gruñir con voz ronca.

—Irrelevante —la punta de su lengua humedeció ligeramente sus labios y Hayley sintió una tensión que la dejó sin aliento—. Surgió uno mucho mejor en el taxi, aunque no creo que sea sobre eso para lo que ha venido Davis. ¿Qué es lo que traes? ¿Ya tienes listo el informe?

—No —vio cómo las cejas de los dos ejecutivos se alzaban casi a la vez, interrogándola de manera muda—. Tampoco creo que pueda tenerlo para mañana. La información que te han dado está incompleta. Faltan informes, tasaciones, hojas de resultados... Además, hay páginas escaneadas que están tan borrosas que resultan ilegibles, pero que me parecen importantes—le vio abrir la boca y se le adelantó con tono más firme—. Y no me digas que las consiga por mi cuenta, porque no hay manera. Me dan largas o me cuelgan. He llamado un montón de veces y ni caso. No creo que debamos seguir adelante con esto.

Landon levantó la mano hacia su amigo, para que no les interrumpiera y de manera seca le ordenó.

—Tienes que conseguirlas, Hayley. Nos jugamos mucho. Los dos. Si no hay informe, no hay recomendación.

La ayudante soltó un sonoro bufido, dio dos pasos hasta que la falda rozó contra la mesa y dejó caer la carpeta, completamente deforme a esas alturas, entre las manos de su jefe con una mueca en el rostro.

—Sin datos no puedo hacerlo. Y sin tiempo, tampoco. Sobre mi mesa cada vez aparecen más expedientes y eso que yo ahora... Bueno, después de lo que hablamos el otro día...—dudó y miró de reojo hacia el más moreno—Es privado.

—Si te refieres a nuestro acuerdo, puedes hablar sin problemas. Ya lo sabe.

Tras la sorpresa inicial, se cruzó de brazos. Le resultaba molesta la idea de que se lo hubiese contado a otra persona, aunque fuese libre de hacerlo. Tragó saliva y lo soltó sin más.

—Pensaba que el acuerdo era claro. Dimití y solo accedí a quedarme para ayudarte con esta operación a cambio de una recomendación. Y entre la falta de información y que cada día se amontonan más asuntos sobre mi mesa, que yo no debería...

A su jefe le salió una risotada que la dejó pasmada, con la frase a medio acabar.

—¿Lo dices en serio, Hayley? El acuerdo es algo entre nosotros, pero no es oficial. Sabes de sobra que necesito una ayudante ejecutiva para que me ayude con mi trabajo. Y los de Recursos Humanos no me van a asignar a dos por mi cara bonita. Mientras estés aquí tendrás que seguir con tu trabajo habitual.

—¡Pero si me han aparecido el doble de expedientes en dos días que antes en una semana! ¡Es imposible que llegue a todo!

—Pues es lo que hay, nena.

Ver la sonrisa de suficiencia que apareció en su rostro provocó una fuerte reacción en ella. La primera, y más fácil de identificar, fue la que la puso en marcha hasta alcanzar la puerta. Una parte más primaria quería tirarle algo a la cabeza. Sin embargo, volvió a sentir un hormigueo recorriéndole la espalda y, sin querer, apoyó el dorso de la mano contra su boca y pensó en el modo en que la corta barba de él le había raspado la piel. Contuvo el aire, limitándose a asentir antes de salir más confusa de lo que había entrado.

Apenas dio dos pasos y vio cómo la secretaria la observaba desde su escritorio con una sonrisa satisfecha, antes de volverse con rapidez hacia la pantalla del ordenador. Pasó justo por detrás suya y siseó lo suficientemente fuerte como para que la escuchara.

—Así que era mejor que entrase ya, porque luego estaría ocupado, ¿no?

—No haber intentado engañarme cuando te pregunté que de donde venías tan rara y tan guapa.

—Esta me la vas a pagar, Dana. A ver a quién le gorroneas ahora los cafés.

—A los del departamento de legal, que los tengo loquitos a puñados.

—Pues... no te cubro más cada vez que llegues tarde.

—No te lo crees ni tú, cielo. —la risa nasal de la otra la acompañó en su camino hasta los archivos y exasperada dejó caer la espalda contra una de las estanterías. Estaba mucho peor que al principio. Ahora no solo se sentía frustrada con su situación laboral, sus deudas y la falta de reconocimiento de su jefe, sino que la excitación que había sentido en el taxi no se le había pasado y estaba segura de que la mayor cotilla de la planta había percibido algo.

CAPÍTULO 9

Un par de horas después, Landon tomó el ascensor desde la planta de los altos ejecutivos y presidencia, dejando a Allen y Petrelli todavía reunidos allí. Desde que su ayudante ejecutiva había salido de su despacho, no la había podido sacar de su mente por uno u otro motivo. Uno de los más importantes, su molesto amigo.

Todavía estaba viendo cómo Hayley se alejaba cuando Jimmy se acercó a él, le palmeó el hombro entre risas y se dejó caer en el sillón que había frente a él con un brillo burlón en los ojos. Se negó a ser el primero en hablar, pero tampoco hizo falta, ya que el otro aprovechó para tomar su iPhone y comenzó a teclear sin apenas sacarle la vista de encima.

—Joder, Staley, iba a invitaros a comer, pero no creo que en ningún restaurante de la zona nos ofrezcan un espectáculo en directo como el que me has regalado aquí, en un momento. Sigues siendo un fenómeno.

Intentando ignorarlo, Landon comprobó que su ayudante había subido el informe a la carpeta informática que le había indicado y, todavía reacio a caer en la trampa de Jimmy, echó mano a la carpetilla arrugada, hojeando deprisa, sin prestar atención ni a una línea.

—Si has venido hasta aquí para chatear, te podías haber quedado en tu despacho.

—En realidad, venía a buscarte para subir a presidencia. Jamey tiene un hueco y nos invita a comer en las alturas para ver si se nos pega algo de respetabilidad... —soltó una carcajada con la vista pegada a la pantalla— Aunque se haga el digno, ahí arriba se debe aburrir bastante y estas movidas tuyas le están dando una vidilla...

—¿Qué le has dicho? A veces parece que se te olvida que sigue siendo nuestro jefe.

—Anda, calla, gruñón

Se puso en pie y, tras sacudir los hombros de la americana gris, se balanceó adelante y atrás con el mismo aspecto de un niño travieso que espera. Landon también se puso de pie y, tras unos segundos de duda, guardó el informe en una cajonera con llave y se aproximó Petrelli.

—¿Me vas a adelantar algo o vas a hacer lo de la otra vez? —pasó por su lado soltando un bufido, dirigiéndose a la puerta —Vale, ya lo pillo. Pero te lo voy a acabar sacando. Y lo sabes.

—Anda, tira.

De camino al ascensor, pasaron ante el escritorio de Hayley, con una pila de expedientes amontonados de manera precaria en la parte izquierda del mismo. Detrás, la joven sostenía el teléfono entre la barbilla y el hombro con cara de aburrimiento mientras revisaba algo en la pantalla del ordenador. Se dispuso a saludarla, pero no los miró en ningún momento y se sintió molesto.

Casi dos horas después, cuando se volvieron a abrir las puertas del ascensor, su ayudante seguía en una posición muy parecida. La vio poner los ojos en blanco y acto seguido colgar el teléfono con frustración, para sumergirse en un expediente bastante grueso que tenía sobre la mesa mientras se metía un pedazo de sándwich en la boca.

Se había recogido el cabello de manera provisional con un bolígrafo en la coronilla, con numerosos mechones escapando, desparramados a ambos lados de la cabeza, mientras no paraba

de moverse. Se dijo para sí mismo que estaría comprobando unos datos, por cómo señalaba en el papel y la pantalla, a la vez que movía los labios. En el momento en que ella elevó la vista hacia él, sintió un calor en la parte baja de su abdomen que no pudo explicar y apresuró el paso hasta llegar a su despacho.

Se sentó en su silla y, mientras esperaba que el ordenador arrancara, se tapó los ojos con una mano buscando calmar la sensación que se había instalado en él desde el arrebato que había tenido a primera hora de la mañana y que todavía no se le había pasado. No sentía nada por ella. En realidad, mientras se dirigía a Brooklyn, estaba muy cabreado y con ganas de soltarle cuatro gritos. Sin embargo, en medio de la discusión la había besado y todavía no sabía por qué.

Se soltó el botón de la chaqueta y se pasó una mano de manera descuidada por el pelo, alborotándolo. Pese al interrogatorio de Jimmy, no había soltado prenda de lo que había sucedido antes de llegar a la oficina, aunque él solo ya había sacado un par de conclusiones bastante aproximadas.

Abrió apresuradamente un par de documentos en las dos pantallas que tenía delante. El informe inicial que le había pasado la consultora que llevaba a Bayou RiverBelt sonaba muy bien y los datos que había podido examinar en un primer momento, lo avalaban. Y sabía que no debía apresurarse en tomar una decisión, ya que si era incorrecta podía perder no solo el dinero de la empresa y de mucha gente importante, sino que podría perder el puesto e incluso la carrera. Había visto a lo largo de sus treinta y dos años a varios compañeros arruinar su reputación por un par de decisiones fatales. En esos círculos, la reputación lo era todo. Nadie le confiaría sus millones a una persona cuyo desempeño hubiese quedado por los suelos. Y no estaba dispuesto a ser uno de esos.

Sin embargo, aquella operación le había llegado por un chivatazo de una persona con acceso a información privilegiada y no había encontrado ningún motivo para no creer que lo que le habían asegurado no era cierto. Lo único que existía en contra era Hayley Davis y su firme oposición a una operación en la que no creía. Pero, como le había recordado Jamey, él siempre les había dicho a sus amigos que confiaba en el criterio de la joven espigada y eso era lo único que le había hecho retrasar la operación. Eso y sus deseos de retener a Haley en la empresa un poco más.

El problema era que había más interesados en la misma, que le habían ofrecido la misma opción de inversión a más empresas y temía que una se le adelantase en un negocio en el que creía. El representante de la empresa de Luisiana se había sentado con él y le había asegurado el estado saneado de las cuentas y activos de la empresa. Y le había convencido de tal manera que, además de la inversión por parte de Moledos Holding, había pensado invertir capital privado suyo también.

Comenzó a examinar el informe parcial de Hayley, que resultaba muy incompleto en general. Desde que había comenzado a trabajar para él, todos sus memorándums habían sido muy minuciosos y esa vez no era diferente, solo que, en vez de serlo respecto a los aspectos habituales, detallaba de manera muy precisa todos los datos que había encontrado incorrectos, sin correlación o los requerimientos sin respuesta que había formulado hasta el momento.

Sopló con fuerza y se estiró en la silla. No le gustaba admitirlo, pero Hayley tenía razón. Faltaba información y era un poco extraño. Aunque era habitual que las empresas se reservasen algunos datos importantes hasta que la operación estaba más avanzada. Especialmente en el caso de empresas como aquella. Empresas antiguas que habían sobrevivido al paso de casi dos siglos, que habían tenido que adaptarse a marchas forzadas y que nunca habían salido de un férreo

núcleo familiar. Las empresas que habían pasado por tanto solían coincidir por estar bien llevadas y ser reticentes a compartir sus detalles con extraños.

Durante un instante sintió el impulso de llamar a Hayley y pedirle que la acompañase en su despacho para examinar los datos que tenían, pero no se lo permitió, porque no estaba seguro de los motivos que lo impulsaban a ello. Todavía no había analizado por completo el informe que la otra había redactado. Y, además, las palabras de sus amigos no salían de su cabeza.

Apenas estuvieron los tres juntos, a Jimmy Petrelli no le costó más de dos minutos aventurarse a exponer al tercero lo que había presenciado en su despacho, pese al manotazo que le soltó como advertencia.

—¿Qué? —preguntó fingiendo expresión de sorpresa— Jamey tiene derecho a saber lo que se está perdiendo al sentarse tan arriba, con los viejales. Te digo que, si hubiese tardado dos minutos más en entrar, hubiese habido pelea. Yo apuesto por la nuestra, desde luego.

—¿Qué nuestra? ¡Deja de decir locuras que solo están en tu mente!

—Davis, nuestra empleada. La otra no sé de dónde la has sacado. Y apuesto mi pase de temporada de los Knicks por todo el mes a que Hayley la hubiese arrastrado.

Estuvo a punto de saltar, pero Allen se le adelantó con una expresión genuina de sorpresa.

—¿Hayley Davis? Siempre la he visto muy comedida y en segundo plano. Me cuesta creer que no estés exagerando.

—Bah, eso sería para amagar. Sabes que a Landon le gustan con carácter y no podía ser una excepción.

—No me gusta. Basta de tonterías —apoyó el codo sobre la mesa con hartazgo para luego dar un largo trago a su copa de vino—. Y si me conocieras un poco sabrías que no hago distinciones de carácter o falta de él.

—Precisamente porque te conozco, amigo —le imitó y terminó su copa para después volver a rellenarla—, puede que te enredes con muchas faldas, pero siempre te gustaron las chicas con carácter que te dejaban las cosas muy claritas. Todavía me acuerdo de lo claro que lo tuve aquel día, en la Discoteca Marquee, con el repaso que te metió...

Jamey Allen carraspeó de manera torpe y absolutamente indiscreta hasta lograr interrumpirlo, aunque hubiera sido innecesario. Los tres sabían perfectamente que su amigo se refería a Rachel West, la única pareja seria que había tenido hasta el momento y que durante un tiempo había considerado innombrable.

—Eres idiota, Jimmy. Tienes que aprender cuándo cerrar la boca.

Aunque el pasado estaba superado, no le gustaba recordarlo y sus dos amigos lo sabían perfectamente. Rachel había sido una herida que había dolido durante demasiado tiempo. Era la causa por la que había dejado de creer en las mujeres en un plano romántico, para tomarlas como un pasatiempo. Era, en definitiva, un error que no pensaba volver a cometer jamás.

Pasados unos minutos comiendo en silencio, Jamey miró a uno y otro de soslayo para asegurarse de que las aguas se habían calmado lo suficiente, antes de sacar un nuevo tema de conversación.

—Los dos sabéis que sois mis amigos, pero no podré libraros sin más si os extralimitáis. Con las chicas, con la empresa...

No necesitó añadir más, los dos asintieron con seriedad y permanecieron unos minutos en silencio mientras la secretaria de Jamey les traía el café. Ya con la taza delante, el rubio se inclinó sobre el escritorio con la ceja alzada.

—Por otra parte, ¿qué pasa con esa operación? Según vuestro trato, Hayley debería estar esforzándose por cerrarla lo antes posible y, según lo que ha contado Jimmy, ya ha puesto varias pegas. Y tú deberías ser el más reacio. Bien para esos planes de los que no quiero saber nada o para estudiar debidamente la propuesta. Y parece que es al revés.

Ya en aquel momento contestó de manera vaga, y no le insistieron más. Era una operación importante que podía proporcionar grandes beneficios a la empresa y a su propia cartera. Y no quería que otro ejecutivo se le adelantase. No quería admitirlo, pero su ego le estaba pesando. Durante el último año, debido a horarios de trabajo interminables y mucho esfuerzo, se había posicionado entre los tres mejores del departamento y estaba listo para dar el salto a la primera posición. Si era capaz de dar un buen pelotazo, sería el camino más corto para mejores cuentas y clientes y, a la larga, un despacho un par de pisos más alto.

Se quedó en su oficina encerrado, revisando el expediente de la Bayou RiverBelt, así como otras propuestas que le habían hecho llegar en los dos últimos días, hasta que sintió que le rugía el estómago y comprobó sorprendido lo tarde que era. Hacía tiempo que no se quedaba hasta tan tarde en las oficinas.

Salió del despacho con el abrigo colgando del brazo y la cabeza llena de dudas que debía solucionar lo antes posible para cerrar varios negocios. Necesitaba que le diera el aire, no era bueno estar tanto tiempo seguido encerrado dándole vueltas a la cabeza. Estaba seguro que en todo el edificio no quedarían más que un puñado de personas, además del personal de seguridad.

Sin embargo, le sorprendió ver a su ayudante ejecutiva enfrascada en sus expedientes, con su recogido completamente desecho y un rictus de cansancio en el rostro que dejaba a las claras que tampoco se había despegado del sitio. Al llegar a su altura, ella se limitó a hacerle un gesto de despedida con la mano, sin sacar la vista de las bases de datos, así que se limitó a avanzar hasta llamar al ascensor.

Media hora después regresaba a la planta con una bolsa de papel marrón entre las manos. En cuanto escuchó sus pasos, Hayley levantó las cejas, extrañada porque hubiese regresado, arrugando la nariz, pero enseguida regresó a su faena mientras que Landon fue derecho hasta su despacho.

Dos minutos después, volvía a salir del mismo y se detenía ante el escritorio de la joven, dejando caer sobre este la bolsa y la carpetilla arrugada para acercarse a una silla de un cubículo cercano.

—Vamos a ver si hacemos algo— la vio levantar una ceja de soslayo y se le escapó una carcajada—. No te emociones, Hayley, que tenemos mucho trabajo por delante.

Se quitó el abrigo y la americana, que colocó sobre el respaldo, abrió la bolsa, sacó dos cajas iguales y le pasó una de ellas a su ayudante, así como un refresco de cola y colocó una bandeja todavía cerrada al alcance de ambos.

—Como no sé lo que te gusta, he pedido la hamburguesa del Delmonicos, que siempre está buena.

Hayley agarró la caja de la hamburguesa con ambas manos, como dudando, alternando la vista entre la caja cerrada y la suya, ya abierta.

—Te habrá costado una pasta. Ese sitio tiene unos precios...

—Quizá no lo sepas, porque nos acabamos de conocer, pero me va bien en el trabajo — elevó los hombros con galantería a la vez que le daba un gran mordisco a su hamburguesa, animándola a hacer lo propio— Y cuando nos la terminemos, postre.

Golpeó un par de veces con el índice la caja cerrada, dio otro gran mordisco y echó mano

del informe de Hayley, pasó varias páginas llenas de anotaciones y garabatos hasta que se detuvo en una en concreto.

—Venga, date prisa comiendo, que es tardísimo y hay que sacar algo en claro de esto.

Levantó la vista con ganas de responderle una bordería para descubrir que la estaba observando con un brillo burlón en la mirada y, en el momento exacto en que ella abrió la boca, Landon le guiñó un ojo y le pasó un envase con un bizcocho de chocolate y helado que la dejó sin palabras.

CAPÍTULO 10

—No te pega nada ser celosa, Davis.

Las palabras que Landon le dedicó la noche anterior resonaron en su cabeza en el momento en que lo vio abandonar su despacho junto con un hombre de edad avanzada con pinta de alto ejecutivo y una mujer muy elegante con aspecto a medio camino entre empresaria y modelo. Evitó verle a los ojos en el momento en que pasó ante su escritorio, repasando unos datos en el ordenador mientras sujetaba el auricular de cualquier manera.

Tras la hamburguesa deluxe, habían trabajado codo con codo, mucho más unidos que en los dos años anteriores y había podido ver otros aspectos de su jefe que, hasta el momento, le habían permanecido vetados. Eso le había aclarado de una vez por qué triunfaba tanto en el sector femenino de la plantilla, ya que hasta ese momento ella únicamente había atribuido sus méritos a su dinero. Y a su atractivo, aunque no estuviera dispuesta a admitirlo en voz alta salvo pena de muerte.

Sin embargo, en esos últimos días había podido comprobar que, además de su fuerte carácter y sus maneras directas y no siempre educadas, había un hombre ingenioso, divertido y chispeante que había sido capaz de arrancarle sonrisas en los momentos menos sospechados. Pero, aunque la situación entre ellos se hubiese relajado, estaba claro que seguía siendo el mismo capullo arrogante al que tanto había aborrecido en un centenar de ocasiones.

Y para muestra, la última frase que le había dedicado la noche anterior, cuando se fue de las oficinas centrales mientras ella se quedaba allí sola, trabajando con la compañía de un sándwich de pavo que había comprado en una máquina expendedora.

«Aunque no ha sido solo cosa suya, Hayley», se rió para sus adentros, vigilando por el rabillo del ojo cómo llamaba al ascensor mientras conversaba entre risas con los otros dos. Colgó el teléfono con rabia tras recibir más largas del contacto que le habían dado dentro de la empresa. «Porque te hizo caso un par veces, ya te pensaste que casi eras amiga del jefe, que iba a cenar contigo todos los días y la verdad te ha dado en la cara. Sigue sin valorarte, y continuas igual que al principio».

Enfadada consigo misma por ese tipo de pensamientos, se levantó con soltura, tomó varios expedientes que no iba a usar y solo ocupaban espacio y se dirigió a toda prisa al archivo. Al salir, se tropezó con Zimmers, que lejos de molestarse, la sorprendió con una ligera sonrisa.

—Disculpa —se pasó las manos por el traje sastre, intentando arreglar el estropicio—. Voy acelerada, como todos.

—¿Qué va! He sido yo, que te estaba buscando.

—Si es por mi jefe, justo se acaba de ir.

Por inercia, señaló hacia la zona del ascensor, donde se encontró con los ojos oscuros y penetrantes de Landon fijos en ella antes de que se cerrasen las puertas del ascensor. Tampoco se le escapó que la mujer que estaba a su lado le agarraba el antebrazo con familiaridad. Apretó los labios un instante antes de volver la vista a su interlocutor.

—Si no está Dana, puedo pasarle yo el recado.

—En realidad —bajó el tono, como para evitar que los escuchasen y su sonrisa se esfumó

mientras continuaba—, con quien quería hablar era contigo. Ya sabes que Staley y yo no estamos muy unidos.

Hayley asintió de regreso a su zona de trabajo. Su jefe era respetado por los demás ejecutivos de cuentas ya que, desde su ingreso en la empresa, había obtenido buenos resultados, superándose continuamente, en un prometedor ascenso a cargos más altos que cualquiera podía ver desde fuera. Sin embargo, más allá de Petrelli, no guardaba una relación realmente cercana con nadie de su planta. En parte, porque se trataba de una profesión muy competitiva en donde los compañeros de trabajo también eran rivales por las mismas cuentas, y en parte por el carácter cáustico de Landon, que no dudaba en hacer comentarios mordaces sobre los malos resultados de los otros cuando le parecía conveniente. Y había visto a Zimmers sufrirlos varias veces.

—¿Qué te parece si te invito a comer y así charlamos con calma?

—Trabajo para Staley y no quiero problemas. No sé si...

—Solo es una comida, no es nada raro —le dirigió una sonrisa que le pareció genuina—. Me gustaría comentar con alguien unas dudas y estoy seguro de que me puedes ayudar.

El hombre la acompañó hasta su escritorio, esperando su respuesta en silencio. Aunque debían tener la misma edad, tenía un carácter muy diferente al de su jefe, mucho más calmado y controlado y le despertaba su simpatía. Durante una fracción de segundo pensó en que a Landon le podría molestar, pero un par de flashes fugaces trajeron diversas imágenes a su mente, recordándole el gesto chulesco de despedida de la tarde anterior, la joven en el regazo de la semana pasada, o cómo la había ignorado en la empresa de manera sistemática hasta el último mes.

Se detuvo y tamborileó dos dedos sobre el escritorio, bajo el atento escrutinio de la secretaria. Sabía que los ejecutivos, en algunas ocasiones, habían intentado acceder a información privilegiada de otros competidores a través de su personal, tirándoles de la lengua, pero ella no era ninguna tonta que se fuese a dejar mangonear. Además, Barry le caía bien, sabía que tenía una situación complicada tras su error de meses atrás y tampoco le vendría mal comer acompañada.

—Muy bien —espetó de golpe—, pero nada de restaurantes lujosos. Mejor nos cogemos un sándwich club en la esquina. Y cada uno se paga lo suyo, que no quiero líos.

Media hora después salían del edificio y, tras una pequeña discusión, Barry Zimmers accedió a que ambos comprasen su bocadillo en un puesto callejero al que Hayley recurría más veces de las que le gustaría admitir, y se dirigieron a una pequeña zona con mesas y bancos que quedaba en una calle perpendicular a la sede de Moledos.

Hayley se colocó el bolso en el regazo, con cuidado, y, tras comprobar que el rubio se limitaba a sacar el bocadillo del envase, lo imitó con hambre. Ya había comido la mitad del sándwich cansada de esperar a que le explicase para qué estaban allí, así que lo abordó frontalmente.

—O te decides ya o no regresaré a tiempo —ladeó la cabeza hasta que le devolvió la mirada—. Suéltalo de una vez. Para algo me habrás traído aquí.

—En realidad, yo quería ir a un restaurante, pero...

—Esto es mejor —sacudió la cabeza con firmeza—, y así nadie se confunde. Suéltalo.

Vio cómo el ejecutivo daba un gran mordisco y lo comía despacio. No sabía si para saborearlo o para ganar tiempo antes de responder. Esa pausa frente a la impulsividad de Landon le hizo mirarlo con más detenimiento. Aunque se dedicasen a lo mismo, esos dos hombres no tenían nada que ver. Zimmers era rubio, con los ojos verdes casi transparentes y apenas unos

centímetros más alto que ella, mientras que Landon le llevaba casi un palmo. Landon era ingenioso, vivaz y no dudaba en mostrarlo, mientras que Barry parecía reflexivo y menos seguro de sí mismo.

Pero no podía olvidar que también era un gran ejecutivo de cuentas dentro de una de las principales empresas del país, lo que significaba que no podía ser un dulce corderito. Entrecerró los párpados, decidida a afinar los sentidos, a la vez que daba un trago a su refresco y elevaba las cejas, conminándolo a hablar.

—Imagino que estás al tanto de mis resultados del anterior trimestre —Hayley se apuró a asentir y a posar la lata en la mesa—. Si es así, sabes que mi puesto está en la cuerda floja.

—Espero que esto no sea un burdo intento para que te ayude a esquilmar cuentas a Staley, porque ni de coña.

Antes de darse cuenta había alzado la voz lo suficiente como para que varios transeúntes los mirasen fijamente, pero le dio igual. Le dio un último bocado y lo envolvió a toda prisa mientras se levantaba, dispuesta a marcharse de allí. Zimmers se estiró para agarrarla por el antebrazo para lograr que la mirase a la vez que negaba con vehemencia con la cabeza.

—No es eso. Escúchame, aunque sea dos minutos.

Sin moverse del sitio, Hayley se limitó a asentir todavía de pie y Zimmers, tras carraspear la soltó y se acomodó en el asiento.

—Como te decía, sé que mi puesto está en peligro, aunque oficialmente no me hayan dicho nada. Pero estas empresas funcionan así. No intento eludir mi responsabilidad, pero no estoy contento con el trabajo de Hans, mi ayudante. Supongo que lo conoces.

Asintió llena de curiosidad y se sentó lentamente, sin perderse ni una de las palabras del trajeado. Conocía de sobra a Hans, sobre todo por su reputación. Era vago, cómodo y aprovechado. Y lo sabía porque había escuchado numerosas quejas sobre él en esos años, tanto de otros ayudantes como de las secretarías.

—La operación en la que fallé, la que me tiene en el punto de mira, fue porque tomé una mala decisión en base a unos datos que él me proporcionó. En un primer momento, pensé que se había tratado de un error, pero me he dado cuenta de que fue porque usó informes antiguos en vez de elaborar unos nuevos con los datos actualizados.

El hombre apretó los labios con fuerza, tensando la mandíbula y percibió cómo se le oscurecía la mirada.

—Lo que me intentas decir es que quieres cambiar de ayudante ejecutivo, ¿verdad? —Zimmers asintió y se metió el último pedazo del sándwich en la boca— No me extraña, es difícil trabajar con alguien en quien no confías.

—Exacto. Y tú eres muy profesional.

Le dio un trago a su refresco, pensativa, mientras que el rubio no le sacaba los ojos de encima, como esperando a que le respondiese. Se encogió de hombros antes de hacerlo.

—Puedo tantear si hay alguien serio interesado. Es una pena que a una de mis amigas le hayan subido hace nada el sueldo. Es un poco deslenguada, pero se le dan muy bien los números. Zimmers alargó la mano por encima de la mesa hasta rozar la suya, para interrumpirla.

—No busco a alguien. Te quiero a ti.

—Trabajo para Staley —apartó la mano como si le quemase—, lo sabes de sobra.

—También sé que estás deseando dejar de hacerlo. Y sé que esto no es el ascenso que buscas, pero si me ayudas a conservar el puesto, te recomendaré ante la directiva para que te nombren junior. Y te deberé un favor.

—Yo no...—se mordió el labio superior, incapaz de negarlo— ¿Dana se ha ido de la lengua en la empresa?

Barry Zimmers negó mientras comprobaba la hora en su reloj Longines y se ponía en pie, mientras le daba con la mano para que hiciese lo mismo.

—Venga, que te invito a un café por las molestias. No pretendo que me respondas de inmediato. Piénsalo unos días.

De regreso a las oficinas, se detuvieron en el Gregorys Coffee y salieron con sendos cafés para llevar. Estaban a punto de entrar, cuando no pudo soportar más la curiosidad.

—Si no te lo ha dicho Dana, ¿cómo te has enterado?

—Es menos común de lo que crees que un gran ejecutivo se plante media mañana en las oficinas en las que su empleada está siendo entrevistada. Este mundo es pequeño. Tengo amigos en Haverhill Brothers.

Escuchar el nombre de esa empresa, le trajo muchas cosas a su memoria. La primera, el deseo que la había recorrido al sentir los labios de Landon sobre ella. La segunda, que hacía demasiados días que no hablaba con sus amigas de la facultad cuando había decidido que eso no volvería a pasar. Y la tercera, que la semana estaba a punto de terminar y no había tenido noticias sobre el resultado de su entrevista. Apretó el agarre sobre el vaso casi sin darse cuenta, maldiciendo para sus adentros.

Salió del ascensor medio embotada, con Zimmers escoltándola hasta el escritorio. Posó el café con brusquedad, pensando que debería llamar a Prue, por si ella podía enterarse de algo, cuando notó que la tocaba con cuidado en el hombro.

—Solo piénsalo, de acuerdo. No soy tan gruñón como tu jefe.

Estaba a punto de replicar cuando un bramido sonó a sus espaldas que le hizo poner los ojos en blanco.

—¡Davis, a mi despacho!

CAPÍTULO 11

—¿Te lo tengo que repetir, Hayley? ¿O prefieres que llame a Recursos Humanos?

Entró furioso a su despacho con ganas de golpear la puerta, pero sin llegar a hacerlo. No sabía cómo había sucedido, pero se había acostumbrado a tener a Hayley Davis a su alrededor, a pesar de su capacidad para irritarlo como nadie. No es que estuviera interesado en ella, como ya les había repetido a sus amigos hasta la saciedad. Solo era que le había molestado profundamente verla tomarse tantas confianzas con Zimmers. Nada más.

De pie, de espaldas a la puerta, se aflojó la corbata con un movimiento seco. Había pasado varios días a solas con su ayudante, habían trabajado estrechamente para avanzar la inversión en la empresa Bayou RiverBelt y, pese a estar prácticamente solos en el edificio, no había sucedido absolutamente nada. Decidió inspirar hondo para calmar esa furia que había comenzado a bullir en su interior desde que se cerraron las puertas del ascensor y que no había hecho otra cosa que ir en aumento. El golpeteo acelerado de los tacones que se aproximaban no parecía tranquilo. No se volvió hasta que escuchó que cerraba la puerta.

—¿Se puede saber qué he hecho ahora?

Las ondas castañas caían desordenadas a ambos lados de su cara y tenía las mejillas arboladas por el enfado que trataba de ocultar. La vio pasar las manos con rapidez por encima de la americana verde oscura que le llegaba hasta las caderas y por la que asomaba escasamente un vestido de color tostado con lunares blancos que llevaba por debajo, ensalzando sus largas piernas. Levantó la barbilla y colocó las manos en jarras en torno a sus caderas, como retándole a responderse. En cambio, un calor se extendió con rapidez por su cuerpo, causándole una excitación. Metió las manos en los bolsillos y se movió incómodo mientras la examinaba de arriba abajo.

—Pensé que había quedado claro, pero se ve que no. Las normas son importantes. Mientras sigas en la empresa, quiero que las cumplas y te centres en tu trabajo.

—¿Yo? —elevó el tono, dando dos pasos hacia él— Si no hago otra cosa que trabajar. Y tú mismo me has dicho que dejase el expediente de la Bayou RiverBelt quieto hasta que tu contacto te responda.

—Sabes de sobra a lo que me refiero. En la empresa hay normas muy claras respecto a la confraternización del personal.

—Eso sería si tuviera vida. Llevo tres semanas en las que, prácticamente, solo trato contigo y con tu secretaria, así que dime a qué te refieres y acabamos ya con esto.

—Barry Zimmers.

—¿Qué le pasa?

Landon volvió a removerse incómodo y optó por sentarse en el borde de su escritorio. Estaba intentando controlarse para no soltar cuatro gritos y cada vez la pulsión en su bajo vientre era mayor. La miró fijamente, elevando una ceja.

—Eso es lo que quiero saber. Qué es lo que se le pasa por la cabeza para venir a por mi ayudante.

Hayley parpadeó con rapidez, sospechando si se habría enterado de la propuesta que le

acababa de hacer, aunque le parecía improbable, porque no había nadie cerca cuando se había producido. Y, lo más importante, porque solo se había dirigido a ella. Dudó sobre explicárselo y acabar con aquello, pero decidió guardárselo para sí.

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

—Te lo estoy preguntando a ti, Davis. Yo, con Zimmers, no tengo nada de qué hablar.

—Es confidencial... —Landon tensó la mandíbula y ella le sonrió burlona—Buscaba una opinión de un ayudante ejecutivo. Nada más.

—¿Me lo tengo que creer? —rugió incorporándose de golpe para verla desde arriba—Sería el primer ejecutivo que sale de su despacho para preguntarle una opinión a una ayudante que ni siquiera es la suya.

—¡Porque valora mi opinión!

—¡Pues que valore la de Hans y le pregunte a él!

—Ese es un inútil.

—Pues mira, como Zimmers. Espero que te quede claro lo que voy a decirte, Hayley, así que voy a ser muy claro —se enderezó y se dirigió hacia la puerta para dar por concluida la reunión en cuanto terminase de hablar—. No quiero que te relaciones con resto de directores ejecutivos de la planta. Son la competencia y no quiero que me roben en mi cara.

—Me has hecho tratar con Petrelli en demasiadas ocasiones.

—Eso es distinto —bramó con la mano ya abriendo la puerta—. Es mi amigo y, si me revienta una operación, lo mato.

—Lo que yo decía —murmuró entre dientes a su espalda—, otro neandertal.

Landon Staley apretó la manija un instante, antes de cerrarla de golpe, para volverse frente a ella, con los brazos cruzados en el pecho.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído —se aproximó a la puerta para salir del despacho—. No sé cómo dejé que me besases. Debieron ser los nervios por la entrevista.

—¿Y cuándo me besaste tú? ¿O, con esos nervios, ya se te ha olvidado?

Hayley parpadeó varias veces seguidas, intentando encontrar una respuesta, acalorándose por momentos. Echó el pelo hacia atrás de un manotazo.

—Serían las feromonas, que ahora se las echan hasta a las colonias.

Dio dos pasos hacia ella y apoyó la espalda contra la hoja fija de la puerta, justo al lado de la cerradura, con un brillo mordaz en la mirada, remangándose con despreocupación.

—Ya. Las feromonas.

—Si no, de qué me voy a interesar yo en un machirulo como tú.

Landon no respondió a su provocación, sino que se la quedó mirando, con la sonrisa propia de un canalla y Hayley pudo sentir que algo se aceleraba en su interior. Soltó el aire de a poquitos, procurando que no notase nada, apartando un mechón de la frente. En el momento en que él enarcó las cejas, decidió que tenía que salir de allí inmediatamente. Echó la mano a la manija y cuando estaba a punto de abrirla, el aliento de Landon le acarició la oreja, provocándole un estremecimiento.

—Creo que lo sabes de sobra, nena.

Lo susurró muy bajito, excesivamente pegado a su oído, pero para ella fue como si se lo gritase. Tragó saliva con dificultad, antes de volverse para enfrentarlo.

—¡Deja de llamarme nena!

Echó las manos a las solapas de su americana para acercarlo lo suficiente para lanzarse a

su boca y en cuanto sintió la ligera barba rasparle la piel, se estremeció. Landon aprovechó para pegarla contra su torso para que sintiese su excitación mientras devoraba su boca sin piedad, hasta dejarla contra la puerta y separarse ligeramente.

Vio cómo su ayudante boqueaba intentando calmarse y llevó el índice hasta el cuello, en el lugar en el que se le marcaba el pulso, que latía desbocado, y deslizó el dedo por un lateral, de manera errática, para ir bajando hasta alcanzar la parte alta de sus pechos. En cuanto lo coló por el hueco del escote, a Hayley se le escapó un jadeo que le hizo preguntarse cómo sería acariciar otras partes de su cuerpo y, respondiendo a un impulso, pegó su ingle contra ella a la vez que jugueteaba con su pezón.

—No sé si es buena idea —la voz sonaba ahogada, casi sin aliento—, trabajas para mí.

—No por mucho tiempo.

Llevó la estrecha mano hasta su cinturón y lo soltó para después apartarse lo suficiente como para bajar la cremallera del pantalón, dejándolo sin aliento. Hayley había encendido un fuego que corría por sus venas que le excitaba y asustaba al mismo tiempo. La mano fina de ella colándose por dentro de su ropa interior le cortó la respiración y, en el momento en que le rozó con la yema de un dedo, no pudo pensar más con racionalidad.

Dejó que sus pantalones cayeran hasta los tobillos a la vez que colaba una de sus manazas por la parte baja del vestido, apretando la cara interna del muslo entre quejido y gemido, hasta llegar a la altura de su braguita. Hayley se removió inquieta y elevó una pierna, hasta pasarla por detrás de su cadera, en una invitación muda a que continuase.

La tocó por encima de la ropa interior hasta saber que se consumía de deseo y entonces volvió a besarla para ahogar sus gemidos, colando un dedo en su interior. Las caderas de Hayley tenían vida propia, provocándole para que se uniera a ella. Su lengua se movía al compás que él marcaba en su interior y sus dedos se apretaban con fuerza en torno a su cuello. No dejó de acariciarla hasta que sintió que iba a explotar bajo sus caricias y entonces entró en ella tan despacio como pudo, consciente de que ambos estaban muy cerca del límite. Hayley apretó el talón contra su nalga, intentando apurarlo, gimiendo y frotando su rostro contra su cabeza, sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

—No aguanto más.

Murmuró Hayley para después morderle el lóbulo de la oreja, excitándolo más que en toda su vida. La agarró por las caderas, dejando caer parte de su espalda contra la pared y volvió a besarla con toda la pasión que fue capaz en aquel instante. Por un momento, pudo dominarse, pero cuando ella se separó lo suficiente para jadear contra su oreja, apretó los labios y comenzó a moverse dentro de ella cada vez más deprisa, incapaz de controlarse por más tiempo. Sabía que iba a terminar rápido, pero no podía hacer nada más. En el momento en que sintió que Hayley se deshacía en sus brazos, se dejó ir detrás.

Descansó la frente contra la pared, apenas unos centímetros por encima de la de ella, buscando regular la respiración. Sus fuertes dedos todavía enclavados en las nalgas de su ayudante, con la espalda empapada de sudor. Movié la cabeza ligeramente a un lado y percibió su sutil aroma a lavanda y vainilla y, sin darse cuenta, inspiró hondo. Dos golpes secos en la puerta lo sacaron de golpe de su ensoñación.

—Landon, soy yo. Al final, te necesitamos en la reunión.

—Ahora no, joder.

Despegó la frente de la pared con fastidio y se encontró con los ojos exageradamente abiertos de su ayudante, que parecía cerca de entrar en pánico y se preguntó dónde había

quedado la mujer descarada de hacía unos instantes. Se apartó ligeramente de ella y le acarició la mejilla.

—¿Estás bien?

Ni le contestó ni le miró a la cara. Se limitó a separarse lo justo de la pared para recolocar el vestido en torno a sus caderas y echar un vistazo rápido al estado de su ropa. Inspiró lentamente y extendió la mano para ayudarle a peinarse el pelo con cuidado, y ella se dejó hacer. Se inclinó lo suficiente para atrapar los pantalones con una mano y subírselos sin quitarle el ojo de encima. En aquel momento Hayley le parecía tan frágil que se podría romper con solo soplar. Se acercó y le tiró del labio inferior que no paraba de mordisquear con ansia.

—Escúchame—le tomó la barbilla con dos dedos para asegurarse de que la miraba—. Todo está bien. Igual que antes. ¿Me entiendes?

Hayley asintió, más por inercia que por la pregunta en sí, y Landon arrugó los labios, incapaz de creerla.

—Hablaremos en cuanto salga de la reunión.

Se inclinó para darle un suave beso en los labios y salió de su despacho con los hombros tensos y negándose a mirar atrás, esperando que su ayudante le hiciese caso y tardase unos minutos más en salir, para darle tiempo a alejar a su amigo Jamey Allen lo más posible de allí.

CAPÍTULO 12

Apenas entró en el salón supo que Landon Staley ya se encontraba allí. Un escalofrío le recorrió la espalda y notó que la estaba mirando. Enderezó más la espalda y agarró con más fuerza el pequeño bolsito entre sus dedos, dejando que Zimmers la guiase hasta sus asientos.

Se acomodó en la silla con la ayuda de su acompañante y, tras un rápido repaso mental, agradeció que su jefe no estuviese sentado en la misma mesa que ellos para que el evento no le resultase todavía más tenso. Era la primera vez que asistía a la cena anual de la Fundación Edo S. Mol, el fundador de la compañía, ya que era un evento para recaudar fondos para hogares desfavorecidos en la que participaban altos cargos de la empresa, clientes muy importantes y personalidades destacadas de la sociedad neoyorkina.

Sabía que algunos ejecutivos, en ocasiones, llevaban a sus ayudantes como reconocimiento por su trabajo, pero eso no le había sucedido a ella. Su anterior jefe, Campbell, acudía con su familia, y su actual superior, el año anterior se había presentado con una joven modelo muy atractiva y, por lo que había escuchado los días previos en las oficinas, ese año también acudiría acompañado. Y, aunque se lo negase a sí misma, ese había sido el principal motivo para aceptar la tardía invitación de Barry Zimmers a aquella cena tan alejada de su zona de confort.

—Hemos tenido suerte —le susurró muy cerca al sentarse—. Nos han sentado con inversores.

Asintió con una sonrisa impostada en el rostro, sin saber cómo comportarse y, tras observar con más detenimiento a las personas que tenía delante, se le encogió el estómago, arrepintiéndose de su impulsiva decisión. Ella no tenía un trato directo con los clientes, por lo que solamente conocía a los miembros de la empresa. De los que había visto hasta el momento, apenas tenía relación fluida con cinco de ellos, y eso si tenía en cuenta a su jefe, con el que ya no se hablaba.

Vio cómo Barry se desenvolvía con soltura en aquel ambiente, con sus maneras más suaves y sus modales de niño educado en el Leman Manhattan, charlando con dos matrimonios que se sentaban enfrente y que, por la cantidad de joyas que llevaban encima, estaba claro que tenían una posición acomodada. Se retorció ligeramente en la silla y repasó la gasa de color melocotón de su vestido con una mano, deseando no ponerse en evidencia.

La cena discurrió sin más sobresaltos, en un ambiente distendido en el que los comensales comentaban temas poco trascendentales y en los que Hayley se limitaba a escuchar y asentir, sin querer girarse por no cruzar la mirada con el hombre que le ponía los nervios a flor de piel. De vez en cuando, algunos intervinientes subían al escenario que había en el gran salón y solicitaban donativos mientras hacían chascarrillos que a ella no le hacían gracia, pero que el resto de los comensales respondía a veces hasta con carcajadas.

En el momento en que le pusieron delante el postre, agradeció mentalmente que aquello ya estuviese terminando. Aunque su acompañante se había esforzado, no se había sentido cómoda. Sabía que Landon estaba allí con otra mujer y, aunque su intención había sido mortificarlo con su presencia, una vez en el sitio, se había dado cuenta de lo absurda que

resultaba la idea, ya que a él no le importaba. Se distrajo entre sus pensamientos cuando una voz la alertó.

—¿Y vosotros de qué os conocéis, queridos? —la mujer que tenía a su derecha apoyó un codo sobre la mesa y la observó fijamente, poniéndola nerviosa— A Barry lo conozco de hace tiempo, pero no creo haberte visto antes.

—Los dos trabajamos en Moledos Holding —se apresuró a aclarar.

—En realidad —intervino Zimmers, sin bajar la sonrisa en ningún momento—, intento convencerla para que trabaje para mí. Es una gran profesional y me vendría muy bien su ayuda. Seguro que ya os ha hecho ganar mucho dinero.

—¿Y eso lo sabe tu jefe, Davis?

Levantó la vista para encontrarse con Petrelli, que esperaba que le respondiese sin ocultar su regocijo. A su lado, le pareció que Jamey Allen, intentaba ocultar una sonrisa. Y, durante un instante, le pareció que Zimmers también.

—No es de su incumbencia.

—Al contrario, Hayley. Yo creo que nuestro amigo estaría muy interesado.

Agachó la cabeza hacia la mujer, a modo de disculpa antes de levantarse y aproximarse a los dos hombres que tenía a su espalda.

—Estoy segura de que sabéis que le di un ultimátum porque quería dejar mi puesto y...

Jimmy no le dejó terminar, haciendo un gesto despreocupado con la mano a la vez que la interrumpía.

—Claro, pero eso fue hace un mes y sigues aquí, como si nada.

—Aún no ha pasado un mes —siseó molesta—, y no estaría si tu amigo cumpliera con su palabra.

—Si quieres, puedes venir con nosotros—levantó la mano señalando un par de mesas más allá— y se lo comentas. Los dos estaríamos muy interesados.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, siguió la dirección de su mano y se chocó con la mirada acerada de Landon, que la observaba sin ningún disimulo a la vez que una joven que le sonaba de vista conversaba con confianza, muy pegada a su rostro, con una mano sobre su hombro. Tensa, volvió la cabeza para encontrarse con la expresión burlona de Jimmy de frente. En ese momento, y con la sangre bullendo en sus venas, le golpeó los dedos que había posado en su antebrazo sin que se diera cuenta.

—Ya te dije que ni se te ocurra volver a tocarme, Petrelli. Porque voy donde Recursos Humanos y os denuncio a los dos, y a ver dónde os dan trabajo luego —estaba a punto de regresar a la mesa cuando vio la boca abierta del directivo y se apresuró a aclarar—. A ti no. A tus amigos. Que deberían aprender a tener las manos quietecitas.

Se volvió rapidez, haciendo sonar la gasa de su vestido de color melocotón de regreso a su mesa, en donde Barry la esperaba con una expresión curiosa en la cara, al igual que algún que otro comensal. Fingió una sonrisa a la vez que negaba y se dispuso a comer el postre, aunque ya se le estaba atragantando.

Desde que se había acostado con Landon Staley días atrás, su relación se había vuelto más distante que nunca antes. No habían vuelto a cruzar palabra más que en una ocasión, hacía dos días en la que entró a dejarle un informe y estuvieron a punto de pillarles besándose desenfrenadamente. Pero a partir de ese día, nada. No habían vuelto a trabajar juntos por las tardes, no habían hablado de lo sucedido en el despacho y él ni la miraba a la cara cuando se cruzaban por los pasillos.

De hecho, no había podido reunirse más con él para tratar el tema de la posible inversión en la Bayou RiverBelt, que cada vez le tenía peor pinta ya que no le daban respuestas claras y que consideraba una información imprescindible para poder invertir en ella. Como no quería tratar ese tema con ella, no le había quedado más remedio que informarle de sus avances en la operación mediante correos electrónicos que rara vez tenían respuesta.

Tampoco había sabido más de los resultados de sus entrevistas y se sentía atrapada en su puesto, sin haber logrado ningún cambio desde el enfrentamiento. Había aprovechado que su amiga Prue trabajaba en Haverhill Brothers para pedirle que hiciese por enterarse, pero, por el momento, lo único que sabía era que el puesto no estaba cubierto y que habían realizado más entrevistas.

Y ahora, al verlo tras de sí con su habitual seguridad en sí mismo y con una mujer preciosa al lado, se sentía ridícula al haber llegado a pensar que el motivo por el que la pila de expedientes crecía sobre su mesa era porque quería retenerla allí. Inspiró hondo y se metió la cucharilla llena de helado y bizcocho, para evitar tener que conversar.

En cuanto la ayudante de Staley los dejó allí de pie, los dos amigos regresaron a la mesa en que se sentaban los dos ejecutivos de cuentas. Tras un instante de dudas, Allen le preguntó en tono bajo, muerto de curiosidad.

—¿A qué se refería con denunciaros a Recursos Humanos?

—Bah, ... Tonterías que pasan en la planta. Nada grave —le vio izar más una ceja y, soltando una risotada, sacudió la cabeza con su habitual despreocupación—. Pasó hace más de una semana. Y no habla en serio.

—Eso espero.

—¡Que sí, hombre! Que la chica es muy maja, pero es que nuestro amigo la pone de los nervios.

—Pues como a todos.

Al verlos llegar riéndose, Landon levantó una ceja y pasando su mirada acerada de uno a otro, soltó a bocajarro.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Comentábamos lo que nos ha dicho Hayley...

En el momento en que escuchó su nombre, se tensó y apretó con más fuerza la copa que tenía entre los dedos. Petrelli interrumpió a su amigo, clavándole un codo en el costado sin delicadeza.

—Ya nos hemos enterado de que habéis dejado atrás aquel trato... Tenía razón, este —apretó el codo de Allen un par de veces, de manera exagerada— cuando decía que era una tontería. Lo que me mosquea es que no me lo hayas avisado antes. De haber sabido que se quedaba en la empresa, no hubiera dudado en quedármela. Como ayudante.

Arrugando el ceño, se terminó el vino de su copa de un trago, sin entender a qué se refería. Levantó la palma hacia arriba, invitándole a continuar, pero Jimmy se quedó callado.

—No deberías beber. A estos eventos se viene a hacer negocios.

—Y, para negocio, el que ha hecho Zimmers, que es el que se la queda. Como ayudante, claro.

Boqueó un par de veces, dudando de las palabras que estaba escuchando. Volvió la cabeza hacia el rubio, al que interrogó con la mirada. Allen era un tipo serio en el que podía

confiar y que descubriría al tercero, en caso de que fuese una broma de las suyas.

—Parece ser que se lo ha pedido y ella lo está valorando. Para la empresa es una buena noticia si decide quedarse, aunque entiendo que te pueda...

No le dio tiempo a añadir la palabra molestar cuando le vio arrojar la servilleta sobre la mesa con gesto airado y levantarse arrastrando la silla, sin preocuparse en absoluto por las miradas que lo perseguían a lo largo del salón.

—¿Por qué has tenido que decírselo así?

—Se supone que sabes de negocios, jefe —respondió con voz jocosa, sentándose en su lugar—. Necesitan que le aprieten un poco las tuercas. Ya nos dará las gracias.

Jamey Allen sacudió la cabeza, con incredulidad, y se dirigió a su lugar en la mesa alargada en la que se encontraban gran parte de los directivos y accionistas.

Desde que Hayley había entrado en el salón, no había sido capaz de sacarle la vista de encima. Había sido todo un shock encontrársela allí y más descubrir que había acudido como acompañante de Zimmers. Había tenido que hacer un gran esfuerzo para no plantarse allí en las varias ocasiones en que el ejecutivo se había pegado excesivamente a su ayudante para murmurarle al oído a saber el qué. Sin embargo, saber que ese hombre había tenido el descaro de intentar robarle a su ayudante delante de su cara había sido más de lo que podía soportar y, antes de darse cuenta, ya estaba llegando a su mesa. Y al hacerlo y ver que Zimmers tenía el brazo apoyado en el respaldo de su asiento le habló de una posible cercanía en la que no podía ni pensar si no quería acabar partiéndole la cara allí mismo.

Se aproximó lo suficiente hasta poder rozar su hombro con el índice y sintió cómo ella respondía a su tacto, aunque al volverse sus ojos parecieran entre sorprendidos y rabiosos por encontrarlo allí.

—¿Podemos hablar, Hayley?

—No.

—Es importante y no nos llevará más de cinco minutos.

—Te ha dicho que no, Staley —el brillo codicioso en la mirada del otro trajeado lo puso de los nervios.

—Y yo te digo que te metas en tus asuntos si no quieres que le cuente a esta gente cómo estás llevando sus cuentas últimamente—chistó entre dientes.

Hayley repasó rápidamente al resto los comensales de su mesa, que tenían la vista puesta en ellos tres y se puso en pie con la mayor tranquilidad de la que fue capaz, intentando evitar una escena en un evento de tanta envergadura. Todavía no se había movido un ápice cuando la mujer que tenía a su lado le tiró de la muñeca para hablarle en un susurro.

—¿Es este tu jefe, querida? —se limitó a asentir con una sonrisa tensa— Pues normal que tengas dudas de cambiarlo por el rubio. Está tremendo.

—Puede, pero es un capullo.

—Pues como todos, cielo.

Se incorporó completamente en cuanto la soltó y se dirigió a una de las salidas laterales del salón, con su jefe tras ella bramando.

—¿A dónde vas? No me puedo ir de aquí hasta que termine la gala. Tengo que pujar.

—No pienso montar un espectáculo ahí dentro y que me cuestes el empleo.

—Si ni sabes para quién trabajas.

—Créeme que lo tengo muy claro, Señor Staley.

El modo en que pronunció su nombre, arrastrando las letras, le golpeó por dentro. Estaba molesto, indignado y muy excitado, cuando no debería. Dio un paso más hacia la nube de gasa melocotón que tenía delante y le agarró por la muñeca, obligándola a detenerse y mirarle a la cara.

—¿Por qué Jimmy y Jamey creen que vas a trabajar para Zimmers? —al verla mascullar, se dio cuenta que era cierto y apretó el agarre sin darse cuenta— ¿Es en serio? ¡Creí que había sido muy claro cuando te dije que no confraternizaras con él!

—¡También lo fuiste cuando me dijiste que te esperase a que volviesses de la reunión y me diste plantón!

Tiró para que la soltase y cruzó los brazos bajo su pecho, sintiendo cómo le costaba respirar y controlarse a la vez. Landon apretó los puños un par de veces para luego meter las manos en los bolsillos del pantalón y observarla con distancia antes de volver a hablar.

—Mientras trabajes para mí, no quiero que estés con él. Es mi competencia. No quiero que cometas un desliz que me cueste varios millones.

—Puedes estar tranquilo. Sé tener la boca cerrada.

Su jefe enarcó una ceja, con una expresión socarrona que prendió algo en su interior, y dio un pasito hacia él, retándolo con la mirada.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie —volvió a dar otro paso, hasta quedar a menos de un palmo—. Mira lo buena que soy callando cosas que has tardado más de dos años en enterarte de que me pareces insoportable.

—¿En serio? Pues no me lo parecía mientras gemías mi nombre en mi despacho.

La manera en que lo dijo, el tono autoritario y arrogante, y el modo en que curvó sus labios le produjeron una reacción visceral. Soltó las manos y estaba a punto de dar otro paso hacia él cuando le pareció que sonreía de manera provocativa y la ofuscación la cegó. Levantó la gasa de la parte baja de su vestido y le clavó el tacón en el empeine con ganas, para dejarlo atrás regresando al salón.

—¡Estoy deseando que me contraten en otro lado para perderte de vista!

—Pues esto te va a encantar, porque el lunes nos vamos a Luisiana.

La mirada que le echó por encima del hombro le confirmó que le había escuchado y que la noticia le había gustado tan poco como había esperado. Inspiró un par de veces antes de regresar a su mesa, sorprendido por su propio comportamiento. No había premeditado llevarla con él a la sede de la Bayou RiverBelt en St. Gabriel, pero ahora no pensaba desdecirse. Era ella la que había insistido una y mil veces conque algo pasaba en las cuentas de aquella empresa, y esa sería la excusa perfecta.

Se dejó caer en su silla, y descubrió que Jamey estaba sentado junto a Jimmy, ocupando el lugar de su acompañante.

—Ya está arreglado.

—Claro, claro.

Los ignoró para buscar a su ayudante, que parecía divertirse en una conversación con el resto de su mesa y, al ver que se reía hacia su rival, apretó la servilleta con rabia.

—Tiene que ser complicado...

—¿Qué?

—Después de tanto tiempo evitándolo, colarse por la única mujer que parece no querer nada contigo, Landon.

Iba a negarlo, pero Allen se incorporó, dándole un par de palmadas en su espalda, y cedió

el asiento a su acompañante antes de regresar a la mesa principal.

CAPÍTULO 13

Los nervios no la habían abandonado desde que se habían encontrado a primera hora de la mañana en el aeropuerto, para tomar juntos el avión con destino a Baton Rouge. Aunque, cuando tomaron el vehículo de alquiler con el que se desplazarían hasta St. Gabriel, comenzaba a estar harta por el modo deliberado en que su jefe la ignoraba.

Era la primera vez que estaba en Luisiana, pero no parecía que fuese a ver mucho más que la pequeña localidad pegada al Misisipi en la que, fiel a la empresa original, se conservaba la sede de la Bayou RiverBelt. Encendió su Tablet, repasando los datos mentalmente antes de comprobarlos en sus notas. Se trataba de una empresa antigua que, como otras del estado, se habían dedicado inicialmente al cultivo del algodón hacía doscientos años. Obviamente, la empresa había sido capaz de adaptarse a los tiempos y se había diversificado a lo largo de los años, incluyendo no solo la producción textil, sino la pesquera entre sus principales actividades a día de hoy.

Frunció el ceño y golpeo con suavidad la superficie de la pantalla con el lápiz, incapaz de ver algo que estaba segura de que tenía delante y se le seguía escapando. Desde el principio, en aquella ocasión en que el expediente pasó fugazmente por sus manos con su anterior jefe, había algo que le escamaba. Y no había sido capaz de quitarse la sensación de debajo de la piel.

—¿Me quieres explicar qué hago yo aquí?

—Ya lo sabes—apretó y estiró las manos en el volante, mirándola de reojo—. Han tenido problemas con la digitalización de los expedientes y no quieren que se sepa. Nos han invitado a venir para que podamos comprobar *in situ* los datos que nos interesen y que la empresa opera correctamente. Y poder cerrar la operación de una vez.

—¿Y después cumplirás con tu parte del trato? —le vio asentir con los labios apretados, pero, aun así, tuvo que asegurarse— ¿Aunque el resultado no sea el que quieres?

—¿A qué te refieres? La empresa es solvente. No es mi primera vez haciendo este tipo de negocio, ¿sabes?

Abrió la boca para contestar, pero, al ver la sede de la empresa frente a ellos, decidió callar y esperar hasta tener los resultados en la mano. No estaba de acuerdo con Landon, pero tampoco quería tensar más las cosas antes de comenzar. Todavía no eran las ocho de la mañana, apenas había dormido tres horas y prefería esperar al tercer o cuarto café del día antes de enzarzarse en una nueva batalla con su jefe.

—Dijiste que, en cuanto acabase mi parte, me podría volver a Nueva York. Aunque tú tuvieses que quedarte más días.

Aparcó el vehículo en una zona reservada y volvió la cabeza hacia ella, con una mueca descarada en la cara.

—¿Y eso por qué? ¿Has hecho planes o tienes miedo de quedar conmigo?

—Más quisieras.

Se estiró para coger el maletín que había dejado en el asiento trasero y cuando intentó volver a su sitio, se chocó con el cuerpo de Landon, que ocupaba el hueco libre. Antes de que pudiera reaccionar, su mano la tomó por la nuca y la besó con una intensidad que la dejó sin aire.

La lengua ágil del hombre se deslizó por el contorno de sus labios antes de entrar en su boca para saborearla sin tregua y, casi como en un acto reflejo, llevó su mano a la mejilla para acariciársela.

Casi en el mismo momento, se separó, pasó una mano por el pelo oscuro, despeinándolo y la contempló con los ojos entrecerrados, echando la mano a la manija y salió escopetado del vehículo. Ella lo imitó y apuró el paso hasta que lo alcanzó y siseó con tono seco.

—¡Para de hacer eso!

—¡Pues entonces para tú también!

Hayley se volvió sobre sus tacones, agarrándolo por la manga para que le mirase a la cara cuando le respondiese.

—Yo no hago nada. Eres tú.

—¡Ay, que no! Que soy yo, dice. Si no paras de provocarme y de hacer cosas con la punta de la lengua moviéndola así.

—¿Que... qué?

Pasmada vio que él sacaba la punta de la lengua y relamía los labios de una manera un tanto incitante. Sin sacar la vista de ella, se llevó la mano a la zona que había quedado irritada por el roce de su barba y se mordió el labio, conteniendo el impulso de lanzarse a su boca.

—Vamos para adentro y contrólate —la agarró por el codo, guiándola hasta la entrada—. Lo no hagas más hasta que nos vayamos de aquí. A ninguno.

—Pues entonces tú deja de poner ese tono de voz de canalla.

Landon volteó la cabeza como un resorte y la recorrió entera con la mirada, encendiendo cada lugar por la que pasaba. Apretó con fuerza el asa del maletín, sintiendo que estaba a punto de arder en llamas.

—Para con la lengua, Hayley, que la vamos a tener —siseó justo cuando un hombre salió a recibirlos a la entrada del edificio con una sonrisa que parecía impostada, abriendo los brazos como si se conocieran de algo.

—¡Buenos días! Le estábamos esperando. ¿Es el señor Staley...? —dejó la pregunta abierta en el aire, alzando las cejas con curiosidad hacia ella.

—Mi ayudante, la señorita Davis.

—Si me siguen, les guiaré hasta la sala que hemos dispuesto para usted. No sabíamos que vendría acompañado. La señorita Lafayette se les unirá tan pronto como le sea posible.

Echó un vistazo rápido a su entorno, mientras se limitaba a escuchar la verborrea de aquel hombre, que parecía ignorarla. El interior del edificio tenía más pinta de nave que de oficinas, con un aspecto más industrial del que había esperado, donde abundaban los colores metálicos y fríos, que parecían mitigarse con la presencia de alguna maceta de tanto en cuanto. Tras atravesar un gran pasillo, giraron a la derecha hasta el final del corredor más estrecho, el guía abrió la puerta para que entraran en el interior de una gran sala en la que un elevado número de cajas y expedientes que ocupaban gran parte del espacio.

En el momento en que se dispuso a hacerlo, su mano rozó ligeramente la de su jefe y una sensación la revolvió por dentro de tal manera que sintió una descarga que le atravesaba el cuerpo y le tensaba los pezones. Apretó los labios, maldiciendo mentalmente lo larga que se le iba a hacer aquella jornada y tomó asiento tras una montaña de archivos.

Aquel hombre había repetido lo que ya le había mencionado Landon en un par de ocasiones. Culpaba a los problemas en la comunicación de datos a un fallo en la digitalización de los

expedientes. Sin embargo, lo había indicado de pasada y de una manera que a ella le había resultado forzada y, en consecuencia, no había creído ni la mitad de lo que había escuchado.

Se había pasado un buen rato hablándoles de los datos positivos de la empresa, del buen funcionamiento de las filiales y de que únicamente buscaban financiación externa porque querían acometer una gran ampliación que los llevaría a crecer y destacarse todavía más en el mercado nacional. Había visto la sonrisa de Landon al escuchar sus palabras y le había costado no poner los ojos en blanco, ya que todo aquello no había sido refrendado en ningún momento por nada más que sus palabras.

Llevaban al menos cuarenta minutos escuchando la perorata del hombre, sin más que un par de interrupciones por parte de la ayudante, con preguntas que no le parecieron suficientemente respondidas, cuando apareció una mujer elegantemente vestida, que se dirigió a Landon con una sonrisa cincelada en la cara. Al igual que su jefe, Hayley también se puso en pie para saludarla, pero la expresión de la otra cambió durante al menos un segundo, examinándola con una dureza que la sobresaltó y, tras una ligera inclinación de cabeza, pasó de largo hasta alcanzarlo.

—Disculpa el retraso, Landon —le besó en una mejilla con total naturalidad para luego tomarlo por el codo—. Una videoconferencia inoportuna que no pude postergar. ¡Qué bien que me hayas esperado para te sea yo quien te enseñe las instalaciones!

—Pensé que veníamos para evaluar los ejercicios contables. Los que no nos podían enviar.

La fría mirada de desdén que le dirigió la morena, tras repasarla de arriba debajo de nuevo la hizo arrugarse por dentro durante un instante, pasando la mano con rapidez por el pantalón azul marino. En cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo, bajó la mano con rapidez, repitiéndose para sus adentros que no debía dejarse acobardar. Estaba allí para hacer su trabajo de manera eficiente y profesional, como siempre, no para competir por su aspecto.

—Y esta ¿quién es? ¿Te has traído a un perito para que valore la fábrica?

—Para nada, Arabella. Es Hayley, mi ayudante ejecutiva de cuentas.

—¡Ah! La que no ha parado de llamar, ¿no? Pues entonces puede quedarse examinando todo esto —tironeó del codo para llevárselo hasta la puerta—. No hace falta que venga.

Y Landon la había seguido con una risa en la boca, sin echar la vista atrás ni por un momento. Eso la molestó, pero no podía hacer otra cosa que fastidiarse. Los vio alejarse conversando animadamente por el pasillo, con el otro hombre detrás, y cayó en la cuenta de que había visto antes a esa mujer en las oficinas de Moledos. Sacudió la cabeza y sacó una goma de pelo para atárselo en la coronilla, con gran frustración.

Se envaró sobre la silla a la vez que tomaba el expediente más cercano, lleno de polvo, y lo abrió para comprobar que se trataba de una antigualla de hacía casi veinte años y por el que estaba claro que no había preguntado. Jugueteó unos segundos con la tapa de cartulina hasta que se le apareció una imagen muy nítida en su cabeza de lo que estaba sucediendo.

Apartó el expediente lo más lejos que pudo de sí bufando. Lo había visto más de una vez en la televisión, en esas series poco realistas de abogados que pasaban en la FOX. Les había pedido datos y se los habían dado, pero en exceso. La estaban ahogando con tanta información, para intoxicarla y evitar que viese aquello que querían ocultar pero que, debido a sus llamadas, se habían visto obligados a dejar, de un modo u otro, ante su vista. Frunció el ceño porque, una vez más, aquello le olía a chamusquina. Y necesitaba ayuda, pero el único que podía dársela no había dudado en dejarla allí tirada y marcharse en buena compañía.

Agarró otra carpeta cuando, de manera prácticamente providencial, el teléfono sonó y dio gracias mentalmente al universo al ver de quién se trataba.

—¡Hola Candance! Justo ahora pensaba en ti...

—¿En serio? Hace como un mes que no sé nada de ti. Te llamaba porque habíamos pensado en darle una sorpresa a Molly para la semana que viene, por su cumpleaños. Ya sé que me vas a decir que vas mal de dinero, pero no va a ser muy caro, y además...

—De acuerdo, me apunto.

—Lo has dicho muy rápido. ¿Qué es lo que quieres?

—Es que tengo un problema. Tengo que hacer un informe, para una posible inversión, y me han lanzado una sobrecarga informativa. Estoy encerrada en una sala llena de papeles y no sé por dónde empezar.

—¿En serio? Le pasó algo parecido a un compañero hace unos meses....

—¿Y cómo se las arregló? Porque quería acabarlo en dos días...

—Vamos a ver, Hayley. ¿Todavía sigues con aquel chantaje que te hizo tu jefe, el de Moledos? Pensaba que querías salir de ahí a toda costa.

Pese a que estaba sola en la habitación, no pudo evitar bajar el tono, colocando la mano sobre la boca, mientras paseaba la vista por las paredes.

—Es que todo se ha complicado un poco. Mucho.

—¿Por qué?

—Me... me ha pasado lo de Prue. Y quería dejar esto bien atado, por si acaso.

—¿Al final te han ascendido? ¡Enhorabuena! Es una empresa muy importante en el sector, haces bien en reconsiderarlo.

—Eso no —siseó, incapaz de verbalizarlo—. Lo otro.

—Bah. Pues no te preocupes. Las quejas por insultos leves suelen archivarlas. ¿Qué le habías llamado? Simio, o algo así. Tampoco es para tanto.

—Joer, Candance. Lo otro —intentó poner un tono obvio, exasperada—. Lo otro, otro.

—Mira, cielo, vas a tener que ser más clara. Tu amiga hace muchas cosas, lo raro es que no la hayan echado.

—Que me lo he tirado.

Tras unos segundos, sintió la impaciencia correteándole por las venas y contuvo las ganas de gritar, mientras esperaba a que la pelirroja emitiese un veredicto. Posó la mano en la frente, con los ojos cerrados mientras contaba mentalmente.

—No sé qué decirte, Hayley. Me parece una lástima. Creíamos que al fin te ibas a librar del yugo opresor de ese tirano. Normal que vuelvas a estar desaparecida. En fin, una pena. Parecías tan segura...

—Oye, que tampoco es para tanto. Es solo que quiero terminar con este expediente antes de irme. No he renunciado a lo que quería.

—Ya. ¿A que lo adivino? Sigues sin el aumento de salario y sin una propuesta de trabajo ni nuevas entrevistas, ¿verdad? El tipo está encantado porque te tiene donde quiere y comiendo de su mano.

Rechinó los dientes molesta, porque la otra había dado en el clavo. Ella misma llevaba varios días pensando en ello una y otra vez, preguntándose por el motivo del cambio de actitud de Landon Staley después de todo el tiempo trabajando con él, y, mientras escuchaba el mortífero discurso de aquel directivo, lo había tenido claro.

Todo se debía a que iba a dejar de trabajar para él, por eso se había permitido esas

licencias, tratarla diferente, e incluso intimar con ella hasta ese punto. Porque una vez cerrada la operación, no tendría que verla más. Y ella, como una idiota, no lo había visto venir. Se había dejado llevar por las emociones y había caído como una cría, aunque se dijo que ahora tenía que terminar lo que había comenzado y que ya habría tiempo para las lamentaciones cuando hubiese acabado.

—Pues sí, pero no me hacen falta sermones. Necesito una solución.

—Hablo con mi compañero y, si me invitas a una pizza, te informo de todo. ¿Te parece?

—Me encantaría, pero no puedo —la escuchó rezongar por lo bajo y se apresuró a aclarar—. Estoy en Luisiana. Pero, en cuanto vuelva, te invito a lo que quieras.

—En cuanto me diga, te aviso. Pensaba que tenías más claro que querías cambiar de aires.

—Y lo sigo teniendo —respondió con la boca pequeña—. Es solo que hay algo en todo esto que me escama.

—Pues informa en negativo.

—Ya. Pero es que mi jefe parece empeñado en cerrar la operación.

—Este consejo es gratis, Hayley. Si quieres salir de ahí, hazlo cuanto antes. Tu tarea no es cerrar o no la operación. Tú tienes que limitarte a informar y valorar para que tu superior tome la decisión. Haz el informe y luego que él decida. Y, si se equivoca y pringa, no es problema tuyo.

CAPÍTULO 14

Recogió las llaves en el mostrador de entrada y se apresuró a pasar al interior de la habitación, deseando darse una ducha que le aclarase la mente antes de que llegase la cena que había encargado. Sin embargo, al entrar en la habitación frunció el ceño y bajo las escaleras de nuevo para encarar al hombre de recepción sintiendo un aguijonazo en el estómago.

No había parado de trabajar en todo el día, sin más compañía que los expedientes y las eventuales visitas de algunos administrativos de la compañía, que acudían para esclarecer alguna de las preguntas que les había formulado, hasta que poco antes de las seis recogió y salió del edificio acompañada por dos trabajadores. Una parte de su cabeza pensó que, más que acompañada debería decir que fue escoltada, ya que parecía que habían acudido allí para constatar que no se llevase nada que no le correspondiese.

En el parking comprobó que el vehículo en el que había llegado no se encontraba allí y, tras localizar la reserva del hotel en su correo electrónico, se planteó dirigirse andando hasta allí, hasta que uno de los empleados que la había acompañado se ofreció a llevarla. En cuanto el fuerte viento le golpeó la cara, agradeció el gesto y le indicó la dirección. Nada más verlo en persona, le gustó inmediatamente. Se trataba de un edificio histórico que bien podía pasar por una casa enorme de tonos grises y ocres, con balcones en las habitaciones que quedaban a su vista y rodeada por un precioso jardín delantero.

Y estaba claro que, tras lo que había sucedido en el vehículo a primera hora y cómo no había vuelto a saber nada más de él en las diez siguientes, que les hubiesen asignado una habitación doble no podía ser otra cosa que un error de los gordos que no podía pasar por alto. Apenas cinco minutos después, regresaba escaleras arriba todavía más frustrada. No era un error, era Dana Roth burlándose de ella desde Nueva York, la que había reservado aquella habitación y ahora ya no quedaban libres disponibles para poder pedir un cambio.

—Si nos lo hubiesen indicado ayer... —añadió, justificándose—, pero a primera hora hemos tenido la última reserva, señorita. Sentimos las molestias.

Examinó las dos habitaciones, que estaban comunicadas por una gran puerta francesa doble interior blanca y optó por la que tenía las paredes pintadas de color lavanda. La de paredes azul oscuro era más amplia y tenía con una preciosa chimenea de piedra en una esquina y un amplio balcón. A cambio, la suya contaba con cuarto de baño y un pequeño escritorio en una esquina, que era lo que necesitaba para ultimar el trabajo.

Sentada en el pequeño escritorio de madera frente a su portátil, alargó la mano para comprobar algunas de las notas que había tomado durante el día cuando escuchó que se abría la puerta de la habitación contigua. Ni se molestó en levantar los ojos de lo que hacía, pero enseguida escuchó que abría las puertas interiores.

—¿Me he equivocado de habitación?

—Algo así. De la división para allá es la tuya. Yo he llegado antes y me he pedido esta. Reposó el cuerpo contra el mueble, a su izquierda, con la mano a un lado de la pantalla.

—No sabía que íbamos a dormir juntos, nena.

—Habla con tu secretaria —lo señaló con la barbilla en un gesto duro—. Y no me llames

así.

La carcajada espontánea que se le escapó a Landon le dio un vuelco a su estómago. Él se apartó ligeramente, desabotonó el abrigo y lo lanzó sobre los sillones de su habitación.

—Desde luego que lo haré. Dana es una descarada, merece un aumento. ¿Has cenado? —la vio negar tras la pantalla—¿Y entonces qué haces?

—Trabajar, que es para lo que me has traído. Aunque para tenerme encerrada en una sala todo el día, bien me podías haber dejado quietita en la ciudad.

—Hayley.... —sintió sus pasos sobre la alfombra, deslizándose a su lado hasta que su aliento le rozó como una caricia—, sabes muy bien para qué te he traído.

Reprimió un respingo, así como las ganas de contestarle y agradeció los golpes en la puerta. Se incorporó con agilidad, para poner distancia con él con la excusa de recoger su cena.

—Cielo, había pensado...

Ver la nariz arrugada de la morena, apoyada contra el marco de la puerta con pose seductora, le produjo una gran satisfacción interna. Y no pudo ocultar una sonrisa cargada de cinismo mientras la escrutaba atentamente con la mirada. La tal Arabella lucía perfecta, todavía con el precioso traje de marca que le había visto por la mañana. En cambio, ella llevaba únicamente la camisa blanca, que apenas le llegaba hasta el muslo, puesto la maleta donde traía el neceser y el pijama estaban todavía en el maletero del coche de alquiler.

—¿Qué haces tú aquí? —chistó con voz desdeñosa.

—Yo duermo aquí. ¿Y tú?

—Está claro que los de abajo se han equivocado.

—¡Ah! —exclamó, haciéndose la tonta— Ya entiendo. Que querías...

La vibración del teléfono en su mano la hizo dejar de prestar atención a la mujer. Era la llamada que llevaba todo el día esperando, así que se volteó para avisar a Landon de que la otra estaba allí.

—¿Candance? Tiene nombre de enfermera chiflada.

—Casi —se hizo a un lado al ver que la tenía casi encima, mirando con descaro la pantalla de su teléfono—. Ejecutiva junior en JMS Gest. ¿Te ocupas de ella, jefe? Tengo que atenderlo.

Señaló al teléfono justo antes de descolgar, en cuanto su superior asintió y se aproximó a la morena. Concentrada en lo que tenía entre manos, apenas prestó atención a la conversación de los otros dos, que se habían adentrado lo suficiente en su habitación como para estar casi encima del escritorio.

—¿Has podido sacarle la información a tu chico? —caminó de un lado a otro de la estancia y puso los ojos en blanco— ¿Y qué más da que ese Farquharson sea un idiota, Candance? En serio, enfoca.

En uno de esos pasos vio como las otras dos personas en la habitación la observaban con curiosidad y, ahogando una imprecación, se acercó a las puertas inglesas para cruzar a la otra habitación, mientras escuchaba atentamente lo que su amiga le explicaba, que tampoco era demasiado. Unos meses atrás les había llegado el encargo de practicar una auditoría externa a una compañía por encargo de una tercera empresa, que quería asegurarse de que invertir dinero en ella era tan buena opción como les parecía.

El encargo del expediente había sido encomendado al compañero de trabajo de Candance, pero el trabajo no llegó a finalizarse. En un momento concreto de la operación surgieron lo que el hombre había denominado «incoherencias» que la empresa auditada había

solucionado atosigando a la auditora con cantidades ingentes de información inservible. A la tercera vez que el compañero dio quejas, el expediente desapareció y lo único a mayores que pudo averiguar su amiga era que sus clientes habían desistido de la inversión y que toda la documentación había desaparecido.

—Te digo que es un imbécil. Bien me podía dar algún dato más, pero no le da la gana. Es un maniaco de la protección de datos, según él, pero luego deja su clave por todos lados.

—Pues entonces no me vale, Candance. Yo ya le he dado muchas más de tres quejas a mi jefe y no se aviene a razones. Necesito algo que me ayude a saber cómo gestionar tanta información sin perderme para encontrar lo que me ocultan rápido.

—Pues ahí no te puedo ayudar, aunque hay algo más que me ha parecido muy curioso. La empresa auditada también estaba cerca de Baton Rouge.

Escuchó que llamaban a la puerta, ante su jefe apareció el repartidor con su cena y, presta a no quedarse sin ella, abrió una de las puertas a toda velocidad para quitársela de las manos.

—¿Aquí en Luisiana también? Mierda —paseó la vista rápidamente entre el chico y Landon y, con una mueca le indicó, sacudiendo la bolsa ante sus narices—. Pagas tú. Es un gasto de empresa.

Se tiró sobre el sillón de color celeste y dejó caer la comida sobre la mesita de centro que tenía ante ella, preparándola mientras terminaba de hablar con su compañera de universidad. Se metió un palito de pollo en la boca que le supo excelente después de casi no haber comido en todo el día y se recostó contra el respaldo para dar buena cuenta de lo que tenía delante mientras veía a través de las puertas de cristal cómo su jefe se dirigía hacia la salida junto con la ejecutiva. Suspiró sin ganas y les dio la espalda, metiendo otro frito en la boca.

Unos instantes después, le sorprendió el sonido de las puertas interiores para ver la mano de su jefe colándose en una de las bandejitas mientras se dejaba caer en el asiento contiguo. Alargó la mano, tirando de ella del envase de manera graciosa, mirándolo con extrañeza.

—Oye, que es mi cena.

—La ha pagado la empresa, así que es de los dos. Por cierto —echó un vistazo al nugget con el ceño fruncido—, ¿no has podido encontrar nada mejor para comer?

—Sí, pero esto era más barato.

—¿De verdad? ¿Tan mal pagamos?

Levantó los hombros con desgana y, al verle abrir la boca, se le adelantó, decidida a no comentar nada que tuviese que ver con sus problemas financieros ante aquel hombre. Alargó la mano para tomar una porción del bocadillo, extendió las piernas hasta rozar la mesilla y con fingida indiferencia le atajó.

—¿Y tú? ¿Tan mal ha ido la cosa que te tienes que quedar aquí, robándome la cena?

—¿Por qué lo dices? —enarcó la ceja, con la mirada perdida en sus pantorrillas desnudas.

—Bueno, ya sabes. Cada vez que me metes el morro, sales corriendo a enrollarte con otra.

—¡Ah! —la sonrisa despuntó afilada en su rostro— ¿Y cómo sabes que no ha pasado ya? Llevo todo el día con ella.

Molesta, murmuró varios insultos de manera inaudible a la vez que agarraba uno de los envases y regresaba a su habitación, dejándolo sobre el escritorio. Se le había quitado el hambre, pero debía hacer por comer. Escuchó su carcajada antes de que se sentase a su lado y, molesta, se apartó todo lo que pudo.

—Es trabajo, Hayley. No deberías pensar tan mal de mí.

—Trabajo es esto —extendió la mano con obviedad por encima del papeleo—, y no andar con unas y con otras.

—Debes tener cuidado, nena —se inclinó despacio y le metió una patata frita en la boca—. Si te escuchan, alguien podría creer que estás celosa y ves lo que no hay.

—¿Celosa? ¡Celosa! —tragó haciendo un esfuerzo, intentando controlarse— Pero si hasta te he visto en tu despacho con una en el regazo. Igual eso también era trabajo.

Landon se removió incómodo en el asiento, incapaz de confesar lo que había pasado aquel día. Había quedado con un ligue para almorzar, pero, tras su reunión con el cliente y pensar en Hayley, se había ofuscado tanto que había ido hasta su barrio, a buscarla y se había olvidado de su cita por completo hasta que ella había aparecido por sorpresa en las oficinas tras el plantón. Y, pese a los intentos de la otra mujer por besarle, no había sido capaz de corresponderle, porque el veneno de los dulces labios de su ayudante ya lo había prendado por dentro.

—No...—apretó un puño y estiró el brazo— Arabella es nieta de uno de los tres socios de la empresa. El hermano de su abuelo es Thaddeus Fontaine, el presidente. Sé que ella intenta engatusarme para que invierta más de la cuenta y yo estoy intentando obtener un mejor interés, para el caso de que cerremos el acuerdo. Como ves, muchas de las cosas que tú llamas citas, no son más que trabajo.

—Yo no llamaría trabajo a camelar a medio estado —soltó medio enfurruñada para escuchar sorprendida una nueva carcajada que sonó genuina.

—Contigo tengo bastante, nena.

La voz le llegó grave y cargada de significado mientras un dedo se deslizaba por su clavícula hasta encontrar el lugar en el que su pulso se movía agitado, al igual que la otra vez, y no pudo evitar morderse el labio, presa de la anticipación recordando lo sucedido. Tenía muy claro qué era lo que iba a pasar si no hacía nada, pero tampoco sabía si quería detenerlo. Tomó aire y con voz entrecortada, soltó algo que llevaba dándole vueltas por la cabeza desde que se lo había escuchado.

—¿Era esto para lo que me trajiste aquí? —elevó una ceja mientras que la otra mano se deslizaba sobre su muslo—Antes ...

—Sé perfectamente lo que he dicho, Hayley —inclinó la cabeza y le besó los labios con una suavidad inaudita—. Te he traído porque eres una contestona muy inteligente y minuciosa capaz de encontrar cualquier desajuste, si es que lo hay. Quiero cerrar el trato, pero no puedo apostar dos millones míos y otros cien de la empresa si las cuentas no dan.

—¡Cien m...!

Metió el pulgar en su boca para acallarla, a la vez que jugueteaba con su lengua, con una sonrisa escandalosa en la cara. Se pegó más a ella, la mano cada vez más cerca de su zona más sensible, haciéndola sentir que estaba a punto de perder el control.

—Ahora no, Davis—susurró arrastrando el pulgar por su labio para después entrar en su boca—. Desde que salimos del coche no he podido pensar en otra cosa.

Con el corazón acelerado, fue ella la que posó la mano en su nuca y tiró posesivamente hacia sí para devolverle el beso. No como los que le acababa de dar, sino uno enfebrecido y que estaba a punto de consumirla, como le había sucedido con cada uno de los ardientes besos que se habían dado hasta esa misma mañana. Un beso que la alteró por dentro y le bajó completamente las defensas.

Apenas notó cómo la tomaba por la cintura y tiraba de ella hacia arriba hasta que sus caderas chocaron contra el escritorio, contra el que la izó, acomodándola sobre los papeles que

seguían desperdigados por allí. Él se apartó dos pasos, quitándose la americana a toda prisa y aflojando el nudo de la corbata, admirándola desde allí y, en ese momento, Hayley sintió una revelación que la dejó helada.

Ante ella tenía a Landon Staley, con el pelo oscuro cayendo desordenado por todos lados, la sonrisa que la desarmaba y sus profundos ojos casi negros brillando de lujuria por ella, y se dio cuenta. Era incapaz de sacarle la vista de encima. Lo había sido durante los últimos tiempos, aunque no hubiera sabido cuándo, porque además del deseo intenso que ese hombre encendía en ella, había algo más. Algo muy inoportuno, pero que no podía negar, aunque resultase totalmente inconveniente.

Tragó saliva y vio cómo se acercaba a ella, como si estuviese a punto de devorar a la presa. Alargó la mano, le acarició la mejilla y se bajó del escritorio, ante la cara de decepción del contrario. Extendió los dedos y tiró por la pechera, llevándoselo hacia la cama más cercana.

—Ahí no. Mañana tengo que trabajar.

La risa que se le escapó a Landon, mientras negaba con la cabeza, le causó un sobresalto interior que le certificó lo que acababa de descubrir. No sabía tener aventuras, nunca las había tenido, y fue consciente que se había ido enamorando pese a que nunca había querido sentirse atraída por él. Era un hombre peligroso en los juegos del corazón con el que ninguna mujer había logrado llegar más allá de una aventura pasajera. Con ella no sería distinto. Mordió el interior del carrillo y se dijo que al menos eso, en su caso, no debería suponer un problema, ya que no le quedaba demasiado tiempo en la empresa.

—¿Va todo bien?

Deslizó un dedo desde el talón hasta la corva de la rodilla y, sintiendo como un nuevo escalofrío la recorría entera, endureciéndole los pezones a su paso, se limitó a asentir y a ordenarle brevemente, con la voz cargada de deseo.

—Quítate la ropa.

Con una sonrisa ladeada, él se dispuso a soltarse la camisa por completo a la vez que la observaba con detenimiento, recorriendo lentamente su cabello, el nacimiento del pecho, sus largas piernas y, de nuevo, volvía a sus ojos. Con un descaro que hasta hacía poco no sabía que tenía, se incorporó sobre el colchón para dejar caer la camisa al suelo y exhibirse ante él en ropa interior.

—Joder, Hayley, contigo es imposible mantener el control.

Con el pantalón colgando todavía por las piernas, se apresuró a subirse a la cama y, segundos después, estaba tumbado sobre el colchón, con su ayudante sentada a horcajadas sobre él con una sonrisa traviesa enredando un dedo en el vello oscuro que le cruzaba el pecho y el abdomen. Se inclinó hacia adelante, puso los brazos a ambos lados de su cara y entró en su boca otra vez, con la misma intensidad, sintiendo que todo lo demás que había a su alrededor había desaparecido.

Las manos duras y fuertes de Landon exploraban su cuerpo sin darle tregua hasta que se detuvieron en sus muslos, justo a los dos lados de su braguita, tentándola de todas las maneras, con roces que iban desde suaves caricias hasta algún pellizco que le arrancó un intenso gemido.

En el momento en que sintió que no podía más, bajó la mano y la coló entre los dos cuerpos, para adueñarse de su miembro, acariciándolo por dentro de los calzoncillos, sintiendo cómo se tensaba con cada movimiento y eso la hizo sentir poderosa. Apartó la tela, continuó y a Landon se le escapó un quejido. Le vio apretar los párpados un segundo para luego colar dos dedos bajo sus braguitas para frotar su parte más sensible.

—Como sigamos así, voy a estallar.

Sonrió sin quitarle la vista de encima, se incorporó sobre sus rodillas, apartó el tejido y se dejó caer hasta recibirlo dentro, escapándoseles a ambos un gemido intenso. La sensación que la recorrió fue tan viva que se arqueó de placer, disfrutando del momento, para después moverse sobre él en una danza cada vez más intensa, con el cuerpo ardiendo en llamas, sintiendo el aire asfixiante a su alrededor. En el momento en que sintió que venía su liberación, Landon buscó su intimidad y la llevó cada vez más alto, hasta que acabó, gritando su nombre.

No fue consciente de quedarse dormida, hasta que se despertó en medio de la noche entre sus brazos y se le escapó una sonrisa al notar una caricia en la parte baja de su espalda. Apenas durmieron, ya que los dos se estuvieron buscando para volver a hacer el amor, a veces con prisas y otras, de una manera más pausada, incapaces de quitarse las manos de encima, hasta que cayeron rendidos poco antes del amanecer.

CAPÍTULO 15

Como de costumbre, se despertó antes de que sonase el despertador, con el cuerpo más relajado que en mucho tiempo y una suave fragancia a vainilla y lavanda lo acarició. Se incorporó despacio, con los recuerdos de la noche pasada asaltándole la memoria. Tras una larga ducha, de pie echó mano de sus pantalones de vestir sin quitar la vista de encima de su ayudante. Hayley continuaba tirada en la cama, ajena a todo, desnuda, en paz y con el pelo hecho un completo desastre cubriéndole media cara.

La recorrió de arriba abajo con una sonrisa mientras se apretaba la corbata y, antes de ponerse la americana, en un impulso, le besó la frente para después deslizar un dedo por su fino brazo. No había podido dejar de tocarla la noche anterior y todavía le costaba resistirse al influjo que esa mujer había desplegado sobre él. La escuchó murmurar en sueños, a la vez que llevaba la mano hacia su dedo y, en cuanto lo rozó, la habitual quemazón que le había acompañado desde su primer encuentro con Hayley se hizo presente, abrumándolo con la intensidad con la que apareció en esa ocasión, así que salió inmediatamente de la habitación.

Bajó sin rumbo, con la risa cálida de Hayley, sus frases mordaces y esa manera tan natural que tenía de provocarle, retumbando en la cabeza. Al llegar a la entrada, una empleada le indicó con amabilidad dónde se servía el desayuno incluido, y la siguió por pura inercia.

Sentado en una de las mesas, echó la mano al bolsillo delantero, pero, volvió a guardar el teléfono diciéndose que era demasiado temprano para molestar a cualquiera de sus amigos. Y más que eso, no podría soportar las risitas de Petrelli entonando el «ya te lo dije» en cuanto confesase que notaba una opresión en el pecho que hacía años que no tenía y que se había prohibido sentir.

Removió y le dio un trago al café que le supo excesivamente amargo al recordar la anterior vez que había sentido algo parecido. Su única ex novia formal, con la que había estado durante la universidad, también había sido la persona que lo había traicionado. Durante todo el tiempo en que habían estado juntos, Rachel West lo había vuelto del revés, enamorándolo por entero, hasta que había conseguido lo que quería y lo había abandonado como un trapo. No era tan tonto como para confundirlas. Hayley jamás tendría la belleza, la elegancia o los modales de pequeña burguesa que había tenido Rachel, ni tampoco lo dejaría por el hijo del senador con el que compartía habitación en la residencia estudiantil. Tras aquella relación de la que había salido muy mal parado, se había prometido a sí mismo no volver a entregarse con ninguna otra mujer, y lo había cumplido a rajatabla hasta ese momento.

No se podía decir que lo que tuviese con Hayley fuese una relación, porque estaba claro que no lo era. Y por eso, en cierto modo, era mucho más peligrosa de lo que lo había sido su ex. Hayley, con sus arrebatos, su indiferencia y su porfiar, se había colado por una rendija que no sabía que hubiera, sin necesidad de citas o preámbulos. Se dirigió a la barra con pausa, intentando perder más tiempo porque no se sentía preparado para volver a verla y tener que aceptar que, además de la pasión, hay algo más.

—¡El desayuno!

Anunció desde la puerta, para encontrarla sentada ante el escritorio. Un solo vistazo le bastó para sentir el cuerpo inflamado en llamas. Cubierta únicamente por su camisa del día anterior, colgando enorme por los brazos, Hayley le sonrió con unos papeles en la mano y tuvo que contenerse para no ir directo a estrecharse contra sus labios. Estaba condenadamente sexy y no parecía ni darse cuenta.

—¿No crees que es un poco pronto para estar ya con eso?

—Ahora ya no —le sonrió con coquetería, agarrando su café. Le dio un trago largo y apretó los párpados—. Está malísimo.

Levantó el codo y se lo terminó en dos tragos más, arrancándole una carcajada ante la contradicción, que le hizo poner los ojos en blanco.

—¿Qué? No empiezo a funcionar hasta que no me tomo un café. Y con lo cargado que está, con un poco de suerte, no necesitaré más. Por cierto —dudó ligeramente antes de seguir—, mi maleta de mano sigue en tu maletero.

Para cuando regresó con la bolsa, su ayudante tenía el entrecejo arrugado mientras deslizaba los dedos por unas tablas de Excel, sin que pareciese gustarle el resultado. Posó sus cosas sobre los pies de la cama que habían compartido y se acercó.

—¿Qué pasa? ¿Has encontrado algo?

—Dirás más bien lo que no encuentro. Tengo la impresión de que falta algo... —agitó un bolígrafo en el aire antes de clavar sus ojos castaños claros en él— ¿Tú estás seguro de lo que dijiste ayer? No me parece buena idea arriesgar tanto dinero en la Bayou RiverBelt.

—No empecemos. Llevas más de un mes con esto y no has encontrado nada —tamborileó los dedos sobre el escritorio con pesadez—. Deja de ser tan negativa y límitate a lo que hay y no a lo que quieres ver.

—Eso mismo podría decirte a ti. Parecer absurdamente empeñado en invertir en esta empresa.

—Es una buena oportunidad. Para mi patrimonio y para demostrar a los directivos de Moledos de lo que soy capaz —gruñó, echándose hacia atrás—. No pienso perderla por una premonición, o lo que sea que te haya dado.

—Pero es que...

—No sé si se te olvida que me gané mi puesto por mi olfato para las inversiones. Y es a mí a quien le corresponde tomar la decisión.

Crispada, extendió ambas manos hacia él, controlando con esfuerzo las ganas de pegar cuatro gritos.

—¡Estás obcecado y no quieres darte cuenta! ¿Cómo vas a arriesgar tanto dinero? Y no me refiero solo al de la empresa, sino al tuyo personal. Si esto sale mal...—en su rostro bronceado apareció una mueca de desagrado a la vez que volteaba la cabeza— No eres tan rico. No lo vas a poder soportar. Estar ahogado económicamente por tomar malas decisiones es algo terrible.

—Y a ti, ¿qué? —sus ojos destilaban furia— No sé por qué tienes que estar siempre tan preocupada por el dinero.

—Porque no lo tengo por hacer el tonto y confiar en quien no debía.

—Este dinero tampoco es tuyo, así que límitate a realizar el informe, que de lo demás ya me encargo yo.

—Pues muy bien.

Notaba la sangre bullendo en sus venas, nuevamente tan excitado que se sentía a punto de

perder el control. No se había dado cuenta, pero se había acercado tanto a Hayley que casi la podía rozar con la nariz. Su ayudante lo observaba con los labios entreabiertos y un brillo en los ojos que despertó algo primario en él. Intentó soltar el aire poco a poco por la nariz, pero ella alargó un dedo y perfiló la línea de su mandíbula con una calma que le hizo apretar los párpados.

Hayley se sentó sobre él a horcajadas y Landon se apuró a agarrar su nuca para poder besarla con desesperación. Después de una larga noche, parecía que ninguno de los dos había acabado lo suficientemente saciado. Su lengua acariciaba la suya, despertando sus instintos, provocándole, y él llevó la mano libre hasta el centro de su espalda para apretarla contra su torso y no dejarla ir, como si fuera suya. Se separó ligeramente y recorrió la línea del cuello a la clavícula con la punta de la lengua, disfrutando de los suspiros que se le escapaban por la boca, mientras bajaba la otra mano hasta acariciar sus pequeños pechos por encima de la camisa. Las manos de Hayley se cernieron con fuerza en torno a sus hombros y volvieron a fundirse en un beso, hasta que el sonido del teléfono les hizo reaccionar.

—Es Arabella —murmuró Landon, con Hayley apretando la camisa abierta contra su cuerpo enjuto, poniéndose en pie—. Tengo que responder. Es tarde.

Ella se limitó a asentir con las mejillas ligeramente sonrojadas y señaló hacia su maleta de mano mientras descolgaba y se inventaba una justificación para salir con retraso hacia la cita y no haber avisado. Se pasó una mano por la frente, molesto consigo mismo. No era propio de él, siempre con la puntualidad por bandera, comportarse así en un momento clave para la inversión. Escuchó las palabras lisonjeras de la morena prestando la atención justa, sin sacarle el ojo a su ayudante que, de espaldas a él, se vestía con prisa. Seguía con la vista perdida en sus piernas cuando ella se dio la vuelta con una sonrisa nerviosa en la cara.

—¿Recojo y nos vamos?

Se limitó a asentir, con gesto serio y se alejó con la excusa de buscar su abrigo y la esperó en silencio ante la puerta. Estaban bajando los escalones de madera cuando dijo lo que llevaba varios minutos dándole vueltas por la cabeza.

—Tenemos que dejar de hacer esto. No me acuesto con mujeres que trabajan para mí.

Su voz sonó más seca de lo que pretendía y, por un instante, Hayley arrugó los hombros a su lado. Con la vista al frente, respondió en un tono similar.

—No va a ser un problema. Dentro de nada me iré de la empresa —aclaró la voz antes de añadir—, y ya no volveremos a hacer nada.

Landon arrancó el vehículo de alquiler con gran incomodidad. Había logrado el efecto que buscaba con sus palabras, pero al escuchar la respuesta, se había sentido molesto. Tenía una regla de oro sobre las relaciones en el trabajo, que Hayley había echado por tierra de un plumazo y no quería complicarse, pero no le había gustado escuchar la facilidad con la que su ayudante lo iba a echar de su vida. Ni recordar que estaba a punto de abandonar la empresa.

El trayecto transcurrió en silencio, con una calma tensa, sin que ninguno de los dos dijese nada. En un momento, siguiendo un impulso, paró a un lado del arcén y miró para su ayudante, pero fue incapaz de decir nada. No estaba preparado para que se fuese, pero tampoco para retenerla, y sintió que le fallaba la determinación de la que siempre había hecho gala. Hayley le acarició la mano con delicadeza hasta entrecruzar los dedos por encima de los suyos.

—No le des más vueltas, ahora tienes que centrarte en esto —él se limitó a asentir, sin verla—. Y como tardes mucho más en llegar, a la pija esa le va a dar algo. Quiere echarte el lazo.

Se le escapó una risa ante su salida, y se inclinó ligeramente para rozarle los labios.

—A mí no, nena. A mi cartera —la volvió a besar y arrancó el vehículo—. Lo hablamos

después, ¿está bien?

CAPÍTULO 16

No intercambiaron más palabras hasta que entraron en el edificio, en donde Arabella conversaba con un anciano, mirándolos de reojo. Podía palpar la tensión y la molestia por la espera en los ojos de los dos.

—Es Thaddeus Fontaine. El presidente.

Le chistó con discreción mientras se aproximaban con un paso deliberadamente calmado. En cuanto se acercaron un poco más, lo reconoció con facilidad, ya que su cara aparecía con frecuencia en las publicaciones y recortes de prensa relativos a la Bayou RiverBelt, que ella había estudiado con atención buscando cualquier detalle que se le pudiera haber escapado.

En cuanto los alcanzaron, Landon le dirigió una sonrisa de cortesía a ambos, disculpándose nuevamente por la espera, que el presidente y su sobrina nieta aceptaron de buen agrado, sin apenas fijarse en ella. Mantuvo su semblante serio, conteniendo una burla, ya que se estaban comportando como si fuese invisible.

—Nos esperan en el salón de juntas, arriba. Dos de nuestros directores se unirán por videoconferencia y allí estaremos mejor.

Enseguida posó una mano sobre su antebrazo y se dispuso a andar, pegándole a ella. Hayley bajó los párpados durante un instante para evitar mostrar la molestia que se le había instalado en el centro del estómago, aunque no debía extrañarse. Apretó las dos manos sobre el asa de su maletín y los siguió, cuando la morena la miró por encima del hombro.

—Nuestros directores quieren tratar con Landon unos temas... privados. Te hemos dejado en la sala de ayer más documentación.

—No me moveré de allí en toda la mañana, Davis. En cuanto acabe, te pasaré a recoger para que tratemos unos temas. ¿Me has entendido?

—Desde luego —forzó una sonrisa y asintió, barriendo a los tres con la mirada—. Todavía me queda mucho papeleo por examinar.

Se derrumbó sobre la silla en la que había pasado la mayor parte del tiempo el día anterior, con un ligero dolor en las musculaciones que le trajo a la mente escenas de la noche anterior que la sofocaron y sintió el rubor que se le subía a las mejillas. Se llevó las manos frías a la cara, negando para sus adentros. Estaba claro que había perdido el control de la situación. No sabía lo que estaba haciendo, pero le sorprendió darse cuenta de que no se arrepentía ni un ápice ya que, por primera vez en los últimos dos años largos, se había sentido viva.

Encendió la tablet y abrió el informe en el que llevaba trabajando todo ese tiempo y repasó algunos puntos con más detenimiento para darse cuenta que su opinión permanecía invariable. No había encontrado nada concreto que desaconsejase la operación, pero su valoración seguía siendo desfavorable. Faltaba información muy concreta mientras que otros de los datos eran demasiado neutrales. Y más, se dijo, para una empresa que había amenazado con quebrar un par de veces en la última década de manera pública.

Se sumergió entre los expedientes en busca de algo que la pudiese ayudar, algo con lo que tirar del hilo, cada vez más convencida de que intentaban cegarla dándole más datos de los que podía manejar. Casi como esperando que se cansase y lo dejase estar, se dijo para sí.

Escuchó el sonido del móvil, pero metió la mano en el bolso y lo silenció, buscando concentrarse. No había esperado pasar más de dos días en Luisiana y, atendiendo a la cantidad de documentos que tenía ante ella, si le dejasen revisarlos a fondo, tardaría más de un mes. Unos instantes después el teléfono volvió a sonar y lo sacó dispuesta a ponerlo en modo avión, pero descolgó enseguida al ver de quién se trataba.

—¿Te has enterado...? —no le dejó terminar.

—Pues claro, guapa. ¿Por qué crees que te llamo? ¿Lo tienes cerca?

—¿De qué hablas, Prue? No te entiendo.

Su amiga sonaba molesta, con la voz más aguda de lo normal y se puso en alerta. De todas ellas, solía ser la más despreocupada en general. La escuchó moverse al otro lado a la vez que le pedía que esperase un momento.

—Que te han rechazado por culpa del capullo, Hayley. Eso es lo que pasa. Llamaron a vuestra empresa para pedir referencias. Lo hacen muchas veces. El muy cabrón se atrevió a decir que no recomendaba tu contratación porque eras una empleada polémica, que dabas muchos problemas en la empresa y que estaban valorando despedirte por problemas recientes de conducta. ¿Qué te parece?

—¿Qué? —le salió un grito ahogado, incapaz de creer lo que acababa de escuchar— No puede ser, él no... Tiene que ser un error, quizá otra persona, ¿no?

—Mi colega me dijo que habló con el responsable —susurró—. Ya me dirás quién más pudo ser.

Las dos se quedaron en silencio durante unos instantes. Hayley se sentía completamente desdibujada, avergonzada y notando que el aire le quemaba al entrar en los pulmones.

—Lo siento, cielo. Candance me contó lo que pasó entre vosotros y te lo tenía que decir —la escuchó conversar con otra persona a lo lejos al otro lado de la línea—. Tengo que colgar, me han pillado escondida en el baño. Con lo que sea nos avisas.

—Te lo aviso desde ya. Vete hablando con tu hermana, porque voy a necesitar un abogado.

Sintiendo la furia adueñarse de su cuerpo, se puso en pie de un salto, incapaz de permanecer ni un segundo más en esa sala ni en ese lugar. Recogió rápidamente sus cosas, guardó el teléfono en el bolso y, con la Tablet en la mano, se dirigió a toda prisa a la sala en la que suponía que Landon estaba reunido. Al llegar, la puerta estaba entornada y dentro no había nadie más que la morena con cuerpo de modelo y él, coqueteando con descaro, todavía sentados tras la larga mesa de juntas. Abrió la puerta de golpe, asqueada con la situación.

—Tengo que hablar contigo —apretó con tanta fuerza el puño que se clavó las uñas en la palma de la mano—. Ahora.

—¿Algún problema con el informe?

—Olvídate de ese maldito informe.

Landon enarcó una ceja, con un semblante que en cualquier otro momento la habría hecho callar, pero no en esa ocasión. Debía saber la verdad.

—Estamos ocupados, ayudante —respondió Arabella con una mueca burlona—. Con algo muy importante.

—Seguro. Pues ya seguiréis después, que lo mío es muy rápido —caminó furiosa hasta quedar prácticamente frente a él, con la gran mesa como barrera—. Me ha llamado una amiga que trabaja en Haverhill Brothers.

—Ah. —le vio apretar los labios con fuerza y le subió un regusto amargo a la boca.

—Ah, no. Se ha enterado de que alguien de Moledos desaconsejó mi contratación y que me ibais a echar —estrechó con fuerza la tableta contra su pecho—. ¿No tienes nada que decir?

Su jefe tensó el mentón, pero no añadió nada, limitándose a contemplarla con expresión molesta. Como si no valiese la pena ni responderle. Y sintió que algo comenzaba a romperse por dentro.

—Teníamos un trato. Tú y yo —sentía que estaba a punto de quebrársele la voz—. Yo he cumplido ayudándote. Tú solo tenías que recomendarme para un puesto. Ni siquiera hacía falta que buscases otro. No lo entiendo.

—Pues está muy claro, tonta —contestó la otra, con una sonrisa en la cara, echando su larga melena brillante tras la espalda— Te ha usado y ahora, que ya no te necesita, fuera. Si lo piensas, es lo normal. No va a estar reforzando a la competencia.

—Preferiría que salieses y hablásemos de esto después, Davis, cuando haya terminado aquí. Estoy ocupado.

—Deseo concedido, Staley. Me largo de aquí. Prefiero pudrirme un día entero en un tren que cuatro horas en un avión a tu lado —se dio media vuelta y a punto de alcanzar la puerta, gritó—. Espero que te acuerdes bien de este día cuando esta absurda inversión te reviente en la cara.

Completamente destrozada bajó corriendo las escaleras, decidida a marcharse lo antes posible y no verlo más. Era más que evidente porqué él había llegado tan lejos con ella. Como algunas de sus amigas sospecharon desde un principio, se había guardado un as bajo la manga. No había dudado en distraerla con sus juegos de seducción hasta engatusarla para distraerla de su objetivo. Se detuvo de golpe en el descansillo, y para evitar dar la cara o romper a llorar, encendió la Tablet para enviarle un mensaje a Prue.

«Se lo he preguntado y ni lo ha negado. Iré a pasar unos días con mi tía. Os aviso cuando vuelva.»

Siguió bajando escalones y, cuando estaba a punto de bloquearla de nuevo, entró en su correo electrónico y envió apuradamente un email con el informe. Salió al exterior por una puerta lateral y se dirigió a correr hacia el aparcamiento. No se había sentido tan dolida y enfadada a la vez en toda su vida. Ni siquiera cuando el impresentable de Warren junto con su padrastro la habían manipulado para firmar un gran préstamo a su nombre para luego dejarla. La había usado, se había divertido y ni siquiera pensaba cumplir su parte antes de pasar a la siguiente.

Ante el vehículo de alquiler se dio cuenta de que no podía recoger su bolsa de mano, ya que las llaves las tenía Landon. Completamente fuera de sí soltó una maldición a la vez que le daba una patada al faldón del coche. Escuchó el sonido del móvil y al bajar la cabeza para comprobar quién la llamaba, un golpe sordo en su cabeza le hizo perder el sentido

CAPÍTULO 17

Salió de su despacho con el abrigo todavía bajo el brazo y, sin poder evitarlo, su vista bajó durante un instante al cubículo de su ayudante. La única señal que quedaba de ella, era la pila de expedientes que se amontonaba de manera desordenada sobre el escritorio. No había vuelto a tener noticias de ella desde que el martes pasado había salido hecha una furia de la sala de juntas de Bayou RiverBelt y ya había transcurrido casi una semana de aquello.

Tras el inicial enfado por el altercado ante Arabella, había pasado por una serie de estados que lo habían dejado exhausto. Arrugó el ceño, quedándose de pie parado ante el escritorio, con ganas de deslizar la punta de los dedos sobre él. La echaba de menos, aunque no pensaba admitirlo hasta que ella regresase y aclarasen lo que había pasado. Y se disculpase. Tanto por su comportamiento como por desaparecer del trabajo cuando tenían tanto por hacer. Recordaba cada una de sus palabras, pero en el momento no le había parecido mucho más que un estallido incontrolado, como cuando le había dado el ultimátum de que dejaría la empresa, pero aun así se había quedado mes y medio más.

Levantó la vista y se encontró con la mirada preocupada de Dana Roth fija en él, lo que lo tensó. No le gustaba despertar ese tipo de sentimientos, y menos en su secretaria, así que cuadró la espalda y con el tono más indiferente del que fue capaz se dirigió a ella.

—¿Te has encargado de este asunto ya, Dana?

La mujerladeó la cabeza con un movimiento ambiguo de las manos que le provocó un nuevo pinchazo en el estómago. En los últimos días, se habían convertido en una molestia recurrente. Se puso el abrigo por tener ocupadas las manos.

—¿Eso qué significa?

—No la encuentro. El móvil lleva varios días sin dar tono. No sé si lo ha apagado o lo ha dado de baja y...

—¡Pues llama a Recursos Humanos y que pongan a otra persona!

Apuró el paso hasta el ascensor, en donde lo esperaba Petrelli, que tenía una expresión similar a la que había visto en su secretaria y un nuevo retortijón le hizo llevar la mano al abdomen.

—¿Allen se une o somos solo nosotros dos?

—Dice que quizás, y todos sabemos que eso significa no. Los jefazos llevan varios días revolucionados, así que deben traerse algo gordo entre manos, ¿no crees?

—Trabajamos con inversiones, Jimmy —bufó saliendo con prisas del ascensor, con el otro detrás—. Siempre pasa algo. Y deja de mirarme con esa cara, ¿quieres? No me pasa nada.

—Es una forma de decirlo, Landon.

Su amigo se volvió de golpe y, reparando en las líneas violáceas que asomaban bajo sus ojos, decidió cambiar de tema. Se conocían lo suficiente como para saber que había pasado algo con su ayudante que no les había querido contar y presionarle no daría los resultados adecuados. Entraron en el restaurante italiano en el que habían reservado y el camarero les guio hasta su mesa, con los dos en completo silencio.

—¿La monada que te acompañaba el otro día en las oficinas tiene nombre?

—Era trabajo. Nada más.

Pidieron pasta, risotto y vino, como tenían por costumbre en aquel local, mientras el camarero les retiraba las cartas y dejaba unos entrantes con aspecto apetitoso. Landon tenía la vista fija en el platillo, con los labios tan apretados que se veían blanquecinos y Jimmy decidió que había que sacarlo de aquel estado de ensimismamiento.

—No es Rachel. Lo sabes, ¿no? —ni lo miró, pero sus dedos se apretaron contra el borde de la mesa— No sé lo que ha pasado, pero...

—No sé de qué hablas y no quiero escuchar nada más.

—Joder, Landon. Llevas una semana irreconocible. No sé qué ha pasado con tu ayudante, pero está claro que algo ha pasado. Y si es lo que creo, harías bien en recordar que no todas las mujeres se comportan igual. Deberías darle un voto de confianza.

—Me dejó en evidencia en una reunión importante y ha faltado demasiados días a trabajar. En cuanto Dana me consiga una sustituta, se acabó el problema.

—El trato que teníais, ¿se complicó?

Staley hizo un mohín con la boca, negándose a demostrar cuánto. Tras unos segundos, en los que repasó su vida en las dos últimas semanas, asintió.

—Bastante. Jamey tenía razón. No fue buena idea.

Se callaron al ver avanzar al camarero con sus comandas. Landon comenzó a comer sus raviolis de langosta sin que le supieran a nada, mientras Jimmy lo distraía con menudencias. Su amigo había decidido dejar el tema por el momento y lo agradecía, puesto que necesitaba dejar de pensar en Hayley. Aunque fuese por un momento.

Todavía no había terminado el plato cuando le vibró el teléfono y, disculpándose con su colega, se alejó para hablar. Llevaba días esperando una llamada de Bayou RiverBelt y al fin se producía.

Cuando Hayley había salido de la sala, se había sentido tan ofuscado que había querido salir tras ella para cantarle las cuarenta y dejarle claro cuál era su posición, pero, así que se movió, Arabella le impidió levantarse. Estaban discutiendo los términos de las inversiones y todavía les quedaba mucho por aclarar.

Dos días después de regresar a Nueva York, Arabella Lafayette se presentó en las oficinas con un borrador del acuerdo que insistió que repasasen juntos comiendo a solas y tuvo que poner todo el empeño posible de su parte para poder examinar correctamente la redacción ya que su interlocutora había sido una dura negociadora que había conseguido distraerle en varias ocasiones.

Especialmente, cuando le había preguntado por su ayudante, sus numerosas dudas sobre el acuerdo y su marcha de la empresa. Se había negado a decirle más de lo necesario, así que había respondido de manera ambigua a cada una de las preguntas. Justo antes de despedirse, se les unió un hombre un par de años mayor que él al que le presentó como a su primo Edouard, el hijo mediano de Thaddeus Fontaine, que no dudó en insinuar muy claramente que venía de reunirse con otros posibles inversores. Y, desde entonces, no había vuelto a saber más de ellos.

Poniéndose de pie, se apresuró a responder a la llamada. La voz melosa de Arabella sonaba más árida que de normal.

—¿Vuestra directiva se ha reunido ya? La nuestra lo hará en breve y me gustaría tener cerrado el acuerdo para entonces.

—Te llamaba por eso, Landon. Nos reunimos ayer y lo han rechazado.

—Pensaba que queríais una inyección de capital para afrontar la reestructuración de la

empresa, Arabella. —le contestó con tono tenso, ya que no se esperaba esa negativa.

—Y la vamos a llevar a cabo, pero no contigo. Le habéis dado muchas vueltas al asunto, demasiadas preguntas, y a algunos de los socios no les ha gustado. Somos una empresa antigua, tradicional, donde la confianza es fundamental y a mi familia no le ha gustado vuestro comportamiento.

—Estuvimos juntos a finales de semana y lo dejamos todo perfilado. No tengo dudas. Y yo personalmente respaldaré esta operación ante el consejo de Moledos.

—Ya lo sé, cielo. Y me encantaría que firmásemos contigo para tener una excusa para volver a verte —bajó el tono, aunque las palabras le llegaron con absoluta claridad a su cabeza—. Ha sido por esa larguirucha que trabaja para ti. Al tío no le ha gustado nada cómo se ha comportado, exigiendo ver más y más documentación, para luego montar un numerito en medio de la sede. Deberías hacer algo con ella, Landon.

Se despidió de ella con algo parecido a un gruñido antes de regresar a su asiento. No había llegado a apartarse mucho y le resultaba obvio que Jimmy se había enterado de más de lo que él hubiera querido.

—¿Todo bien, amigo? —preguntó rellenándole su copa de vino.

—La monada del otro día me ha dado plantón —tomó la copa y la vació de un trago, sin saborearlo—. La inversión en la que llevo trabajando dos meses se ha ido al garete y la culpa es de mi ayudante.

—¿Al final cerraste la inversión en Bayou RiverBelt?

Giró la cabeza bruscamente hacia Zimmers y, al ver cómo levantaba parte del labio, se dio cuenta que había transmitido más quería, así que, ajustándose las mangas del abrigo, se limitó a sostenerle la mirada mientras Jimmy pulsaba el botón de su planta.

—Estamos negociando.

—Sé que se ha cerrado, así que eso significa que se te ha escapado.

Le dirigió una sonrisa de suficiencia que le molestó todavía más, como si supiese algo que él desconocía. Tampoco debería saber que estaba en negociaciones con aquella empresa, ya que no se lo había contado ni a sus amigos y una lucecita de alarma se encendió dentro de su cabeza. Se le ocurrían pocas explicaciones a que uno de los rivales de su planta supiese de sus inversiones, y todas le conducían a un mismo nombre.

—Deberías preocuparte por tus asuntos. Como, por ejemplo, qué vas a hacer para levantar tus malos resultados y que no te echen antes de acabar el año.

Vio que el rubio, en vez de molestarse, parecía sonreír levemente, así que apenas se abrieron las puertas del ascensor, salió disparado con ganas de perderlo de vista.

—Obra de Hayley Davis, imagino. Una pena —soltó en voz baja tras de sí, y se detuvo para enfrentarlo, con su amigo situándose a su lado—. Que no te la pudiese levantar y se largase a otro lado, me refiero.

Dio dos pasos hacia él, ardiendo en una llamarada de furia como hacía mucho que no sentía, quedando ambos rostros apenas a un palmo y metió las manos en los bolsillos como único remedio que se le ocurrió para no agarrarlo por el pescuezo.

—Ojalá lleguen de una vez las navidades para ver cómo tú y tu torpeza desfiláis de aquí,

Barry —pronunció entre dientes, lo suficientemente alto como para que le escuchase solo el que tenía enfrente—. No te haces una idea.

—El que no tiene ni idea eres tú, Landon —arrastró las letras de su nombre a propósito, con parsimonia, con un deje de prepotencia en la voz—. Porque has estado a nada de ser tú el protagonista de ese desfile.

Abrió la boca, sin saber bien qué decir, pero la mano de su amigo Petrelli se posó sobre su hombro, apretando con fuerza a modo de apoyo. Se quedó viendo al rubio marcharse a su despacho con una sensación molesta en la mente y no se volvió hasta que Jimmy le dio dos manotazos en el omóplato.

—Anda, vámonos de aquí, que me prometiste ayudarme con varios inversores.

Asintió sin ganas y tiró hacia el despacho de su amigo, que enseguida se puso a su altura y, tras unos segundos, soltó la misma pregunta que se había quedado rondando en su memoria.

—¿Sabes a qué se refería Zimmers? —se encogió de hombros, apretando los labios—
¡Bah! Estará intentando provocarte.

—Me parece que no está. No hace falta que tires la puerta abajo.

—¡Maldita mujer! —masculló entre dientes, pegando la espalda contra la puerta del apartamento.

Los días siguientes no fueron mucho mejores para Landon Staley, ya que se había quedado atascado en el fracaso de la inversión en la compañía Bayou RiverBelt, y ver la sonrisa cínica de Zimmers cada vez que se cruzaban por los pasillos del edificio no le ayudaba a superarlo. No dejaba de rumiar que había algo, algo más que él no sabía y que su rival sí respecto a esa operación, la compañía y su ayudante. Por eso, salir una reunión y encontrarse con el antiguo ayudante de Zimmers en el escritorio que antes ocupaba Hayley, había desatado algo en él que le hizo regresar al ascensor y salir del edificio, sin importarle la hora. Por primera vez desde que lo habían contratado, no se sentía capaz de estar allí.

Y por eso, y sin casi haber dormido aquella noche, se plantó ante el desvencijado edificio en que vivía Hayley el sábado a primera hora de la mañana, dispuesto a obtener respuestas, fuesen las que fueran. Sin embargo, después de diez minutos aporreando la puerta y el timbre como un maníaco, se había rendido al escuchar las palabras de aquel hombre, que tendría aproximadamente su edad, que lo observaba desde el hueco de las escaleras con una escoba en la mano.

Todavía no eran las siete de la mañana y no quería que llamasen a la policía, por lo que elevó ambas manos juntas, a modo de disculpa antes de pasárselas por la frente con desesperación. Estaba claro que su ayudante no estaba allí, y el tipo no había hecho otra cosa que confirmárselo.

—Disculpe, señor. Llevo días intentando localizarla —le vio levantar la ceja y dar dos pasos más hacia allí, aunque sin soltar el bate improvisado—. Me preocupaba que le pudiera haber pasado algo.

—¡Ah! Pues no te vamos a poder ayudar, colega. Llevo sin verla... no sé —posó un dedo sobre la barbilla, haciendo memoria—. Una semana. O dos. Será que, al fin, le ha cambiado la suerte. Ya era hora.

Lo vio que se volvía y dio dos pasos hacia él, queriendo saber más.

—¿A qué te refieres?

—¿Estás ciego, chico? ¡Mira dónde vivimos! —extendió las manos con vehemencia— No se puede decir que estemos en Greenwich Village, ¿no? La gente con un buen sueldo dura poco por aquí. Yo también me iría si pudiera.

—Me dijo que no se vivía tan mal aquí.

El hombre lo miró de arriba abajo con más detenimiento, fijándose en su calzado italiano, su abrigo de paño hecho a medida y el corte de pelo que costaba más que la ropa que llevaba el otro encima. Bajó el palo de la escoba y se apoyó en él para luego hablarle con condescendencia.

—No sé de qué os conocíais, pero está claro que no intimabais mucho. Hayley es una buena chica que tomó malas decisiones. Su ex y su padrastro la embaucaron, sabes, y por eso debe un pastón. Y entre eso, el préstamo universitario y el cutre de su jefe, no le daba para pagar todo a tiempo y vivir en un sitio mejor. Te aseguro que era la única con un trabajo de pijos en toda esta calle.

Un poso de amargura se adueñó de su estómago, molesto por lo que estaba escuchando y por el lugar en el que estaba quedando, y respondió sin pensar en lo que decía.

—No soy un cutre. Cobra lo mismo que la media de su puesto en la empresa. No puede culparnos a nosotros de sus malas decisiones previas.

La mirada del otro cambió de manera sensible. Le vio entrecerrar los párpados y enderezarse en un momento. Levantó el labio superior con desagrado.

—¿Eres su jefe? ¿El capullo que no le hacía ni caso? ¿El que denegó la subida de sueldo que había aprobado el anterior nada más entrar? —chasqueó la lengua y le dio la espalda— Haber empezado por ahí, hombre. Si no sabes nada de ella es que al fin la han contratado en otro lado, y yo que me alegro.

—Estaba muy contenta en Moledos Holding. —vociferó persiguiéndolo escaleras abajo—. Y conmigo también.

—Ya. Claro. Hayley va hasta arriba de deudas, más que cualquiera que yo conozca, porque dos imbéciles la jodieron, pero bien. No puede no pagar, porque acabaría en bancarrota antes de cumplir los treinta. Y eso no es nada sencillo, te lo digo yo, que le pasó a mi hermano. Así que se ha quedado en vuestra empresa, soportándote, hasta que ha encontrado algo mejor.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

Sacó un fajo de llaves del bolsillo de la sudadera y con gran determinación abrió la puerta señalándolo con el palo de la escoba como si quisiera partírselo en la cabeza.

—Entérate bien de una vez, niño pijo y caprichoso. Si te ha aguantado todo este tiempo era porque necesitaba la pasta —entró cerrando de un portazo, pero todavía gritó desde dentro—. Así que espero que la dejes en paz ahora que lo ha conseguido. Has tenido un montón de tiempo para valorarla y nunca lo has hecho.

CAPÍTULO 18

Landon se dejó caer en la silla contigua a la de su amigo Jimmy, apoyando los codos sobre la mesa y las puntas de los dedos sobre las sienes, intentando aliviar la presión que sentía en la cabeza. La cumbre semanal de ejecutivos le estaba resultando más dura de lo esperado, a pesar de sus buenos resultados y quería aprovechar ese breve receso para descansar y evadirse.

—Oye, ¿has visto eso?

Su amigo le dio un codazo y señaló con la barbilla hacia la pantalla que tenían casi enfrente, en donde dos periodistas comentaban los estados financieros de diferentes empresas del país. Por detrás de ellos aparecía la sede de la empresa en la que había intentado invertir hacía casi cuatro meses y, aunque no quería recordar nada de aquello, una pinzada de curiosidad le obligó a prestar atención.

Los datos impresos en la pantalla eran más que evidentes. La gran inversión que había realizado Haverhill Brothers había resultado nefasta ya que las ventas de Bayou RiverBelt habían caído más de un treinta por ciento. Echó mano del café solo que el camarero acababa de dejar ante él y lo bajó de un solo trago, tan amargo como se sentía por dentro, ya que aquello estaba removiendo muchas cosas en su interior.

—¿No era esa la empresa en la que querías invertir? —asintió con la vista en la pantalla — Pues de buena te has librado. Si siguen así, les va a costar remontar el haber metido ahí... ¿Cuánto fue? ¿Cincuenta millones?

—Setenta. Y yo quería meter cien.

Petrelli alzó la vista, con los ojos como platos, y levantó las cejas interrogativamente, preguntándole sin palabras si lo decía en serio. Movié con vehemencia la cabeza, y volvió la vista a la pantalla, fingiendo atender al resto de la información que aparecía.

A los diez días de regresar de Luisiana se filtró la información de que había sido la Haverhill Brothers quien había firmado el acuerdo con la compañía Bayou RiverBelt, dando al traste con la gran oportunidad que había perseguido ese año para deslumbrar a los directivos de Moledos Holding. Y eso había sucedido pese a sus esfuerzos y a estar dispuesto a arriesgar mucho más dinero.

El día en que se enteró, algo le quemó por dentro. Enterarse de que la empresa de Luisiana había firmado con una de su competencia que había estado a punto de contratar a su ayudante despertó una sospecha dentro de él que no había sido capaz de acallar. No aceptaba que hubiesen elegido una oferta inferior o que otros se le hubieran adelantado y llegó a la conclusión de que si eso había sucedido era porque su ayudante les había pasado la información para que la contratasen tras haberla rechazado. Sabía que tenía un contacto dentro y estaba prácticamente seguro de que lo había hecho para cumplir con sus palabras, para arrebatarse la operación delante de sus narices.

Estaba tan alterado que había abordado a un ejecutivo de Haverhill Brothers que había formado parte de la operación pocos días después, pero lo negó todo. En el momento en que le confirmó que Hayley no se había incorporado a la plantilla, se sintió avergonzado. Hasta que el otro añadió algo que no se pudo sacar de la cabeza.

—Nos dieron un chivatazo. Anónimo, claro. Sabíamos que estabas interesado, así que decidimos ir a por ello. Siempre has sido uno de esos chico de oro, así que sabíamos que era una buena inversión.

Le había costado mucho no agarrarlo por la pechera y exigirle que le dijese inmediatamente quién era ese informante anónimo, aunque en su fuero interno no lo necesitara. Estaba seguro de que Hayley lo había traicionado y les había vendido la información como venganza.

El codo de su amigo Petrelli clavándose en su costado lo obligó a volver a la realidad, y se volvió hacia él con mala cara.

—No me apetece hablar de todo eso, ¿vale? Me trae recuerdos que preferiría dejar atrás.

—Lo entiendo, pero... visto lo visto, al final has tenido suerte.

—Yo no lo llamaría exactamente así —abrió la cartera, dejó un billete de diez dólares sobre la mesa y se levantó— Venga, que aún nos quedan varias horas de tortura por delante.

En el momento en que la vio en la pantalla, el resto del largo día, con la insufrible reunión de directivos, quedó en un segundo plano. Abrió la mano, sacudiéndola para deshacerse de los cristales rotos tras romper la copa y se puso en pie de una vez. Le costaba despegar la vista de la pantalla, porque temía parpadear y que fuese mentira.

Escuchó cómo lo llamaban desde el interior del reservado, pero le dio igual. No pensaba perder un solo minuto más allí sin averiguar si la información del noticiario era cierta. Hayley Davis, su ayudante, la mujer que había desaparecido hacía casi cuatro meses tras traicionarle y hacerle perder la razón, acababa de regresar a Nueva York y no pensaba parar hasta poder encontrarla y que le diera las respuestas que le debía.

Apuró el paso hasta llegar al ascensor y oprimió cuatro veces seguidas el botón, como si eso sirviese para algo. Sacudió la puntera del pie con energía hasta que notó que le apretaban el hombro desde atrás.

—¿Ya sabes dónde está?

Se volvió con el semblante contraído y se quitó el cepo de su amigo Jamey Allen de encima, antes de volver a girarse hacia las puertas metálicas.

—No sé qué pintas aquí.

—Mírate bien, Landon. La mano te está sangrando y te comportas como si estuvieses ido. Será mejor que te acompañe.

—Mejor será que te quedes con tus directivos. A ver qué le cuentas a tu tío, yéndote sin un motivo.

Los dos entraron casi a la vez al ascensor, pero Jamey se las arregló para pulsar el botón del aparcamiento, ante las protestas del moreno.

—¿Sabes a dónde te tengo que llevar? —lo miró con confusión, rascándose su barba recortada, como si no entendiera por entero la pregunta— ¿A dónde tenemos que ir, Landon? Será mejor que me ocupe yo.

Sacó el móvil del bolsillo del pantalón y realizó un par de llamadas mientras entraban en el deportivo del rubio. Antes de arrancar, lo miró de soslayo, esforzándose porque le prestase atención.

—Me han dicho que querían que un médico la examinase nuevamente. Está en la Comisaría 19.

Casi una hora después, llegaron a la comisaría en la que les indicaron que estaría su

ayudante y, en cuanto supo dónde estaba, Landon se lanzó a correr por el pasillo mientras su amigo intentaba calmar al agente que les había atendido, para subir a la segunda planta. No pensaba esperar hasta que les pareciese oportuno para poder verla, porque no podía esperar más.

Vio salir a un agente junto con una enfermera de una habitación del fondo y conversar brevemente antes de que la enfermera se dirigiese al otro extremo del pasillo y se apresuró a interceptar al policía, que le bloqueaba la entrada.

—¿Está Hayley dentro? —ante la mirada de suspicacia, añadió con prontitud— El de abajo me dijo que estaba todo arreglado para que pudiese entrar a verla.

—¿Lo ha autorizado la subinspectora?

No le tembló el pulso al asentir con vehemencia sin tener ni idea de qué le hablaba. Solamente quería tenerla delante y no le importaba qué inventar. Se dio cuenta de que el hombre echaba un vistazo a sus espaldas y lo imitó.

—¿Ve? También han autorizado a pasar a nuestro jefe —señaló a Jamey, que se aproximaba junto a otro policía—. ¿Entramos?

No se quería arriesgar a esperar a que les alcanzasen los otros dos y el de la puerta descubriese que, en realidad, se había saltado el control y que su amigo había tenido que mediar por él hasta que había vuelto a correr. Se enderezó y acomodó las hombreras del abrigo para luego señalar la puerta.

—¡Oh, sí claro! Estará impaciente, ¿verdad?

Entreabrió la puerta y le indicó que pasase por delante de él, mientras anotaba su nombre contra el portapapeles que tenía en la otra mano. Sintió un hormigueo incómodo recorrerle el cuerpo y, en vez de entrar, lo retrasó con una pregunta.

—¿Por qué han tardado tanto en traerla a Nueva York? ¿O en sacarlo en las noticias?

—Bueno...—hizo un gesto ambiguo con las manos y le empujó por la espalda al interior de la habitación— Se lo explicarán mejor los inspectores. Creo que, al principio, creyeron que era una turista extranjera que había perdido el control en Tijuana. Más tarde encontraron un ticket de comida de Baton Rouge, así que intentaron localizar a su familia en Luisiana. Hasta que no se recuperó, no sabíamos que era de la ciudad. Ya sabe cómo son a veces las cosas.

Landon no lo sabía y estaba deseando discutirlo con quien fuera, sin poder creerse que lo que había pasado fuese algo normal. Abrió la boca para contestar, pero no llegó a hacerlo. Hayley estaba ante él, tumbada en una camilla en una posición casi sentada, con aquella enorme cazadora de policía con la que la había visto en la televisión del reservado. El pelo caía desordenado a ambos lados de su rostro, que lucía pálido y más delgado de lo acostumbrado. Sin embargo, sus ojos dorados relucían y sabía que era por él.

Sintió que se quedaba sin aire, con la garganta agarrotada y las emociones a flor de piel. Por un momento quiso extender la mano para asegurarse que estaba allí de verdad, pero la detuvo en el aire y se la pasó por la frente, sin saber qué hacer.

—Preferiría que no le contase nada sobre mí a ese hombre —el tono cortante en que lo pronunció hizo que el guardia se recolocase la gorra, observando a uno y a otro alternativamente—. Quiero que te vayas.

Las palabras fueron muy claras, pero Landon pudo apreciar el modo en que le temblaba el labio inferior al terminar la frase, así que dio dos pasos más hacia la camilla. Hasta que ella levantó la mano, en señal de que se detuviese, y el guardia la secundase con su cuerpo.

—Disculpe señorita, pensé que habían autorizado la visita.

—No pienso marcharme de aquí si no es por la fuerza, nena.

—¿Que no me llames así! ¡Y ahora menos!

Sacudió la cabeza al decirlo y tuvo que reprimir las ganas de acariciarle el pelo. No entendía qué le pasaba, porque llevaba los últimos meses de un humor de perros y convenciéndose a sí mismo que aprovecharía la primera oportunidad que tuviera para ponerla en su sitio y, sin embargo, al tenerla ahora allí delante, no podía pensar en otra cosa que en tocarla y asegurarse de que estaba bien.

Extendió la mano, le rozó la piel del tobillo que quedaba al descubierto y volvió a notar la acostumbrada descarga de energía. Lo que fuese que había entre ellos, todavía estaba ahí y podía jurar que ella también lo había sentido.

El guardia se interpuso entre los dos y le dio dos golpecitos en el pecho con la plancha del pisapapeles, intentando que se alejase de ella, pero sin conseguirlo.

—Vamos a ver, que me entere bien yo. ¿Qué relación hay entre ustedes dos?

—Ninguna.

—Soy su jefe —al ver cómo alzaba una ceja, retadora, se apuró a aclarar—. O lo era, cuando se fue. Estaba conmigo en St. Gabriel cuando desapareció.

—¿Y usted dónde lo denunció? ¿Aquí o allí? Porque no nos consta...

—No lo hice. Pensé que se había marchado. Y no pienso añadir más si no me obliga mi abogado.

—¿Abogado? —se envaró y echó la mano a su cinturón, mostrando la culata de la pistola — Señorita, ¿existe cualquier posibilidad, aunque sea mínima, de que este hombre esté implicado de algún modo en lo que le ha pasado?

—No —soltó un bufido y estiró la chaqueta de nuevo—. Salí del edificio a correr y le metí una patada al coche antes de perder el sentido. Dos minutos antes, él se negó a hablar conmigo y se quedó dentro, con una lagarta que estará encantada de hacerle de testigo.

—Ya veo, ya.

Con expresión de perplejidad, echó mano a la visera, como si no supiese cómo seguir y le hizo una señal a la enfermera que había entrado poco antes para que controlase las constantes de la paciente en medio de un tenso silencio.

—Parece que la tensión le ha subido un poco. Lo que me esperaba, con los gritos que se escuchaban fuera. Pero hasta que estemos seguros de que todo marcha correctamente, preferiría que la dejaran descansar un rato.

—Eso. Mejor que se lo lleven, porque a mí me pone de los nervios.

La enfermera se puso al lado de Landon y, tomándolo del codo, se lo fue llevando, con una sonrisa educada en el rostro.

—No se lo tome a mal. La señorita Davis ha pasado por una experiencia muy dura. Todavía está un poco alterada —extendió el brazo libre para abrir la puerta—. Además de las hormonas, claro, que se disparan durante el embarazo.

Se soltó de un manotazo y giró en redondo, incapaz de creer lo que acababa de escuchar. Le dio tiempo a ver cómo Hayley ponía los ojos en blanco durante un instante antes de taparse la cara con las manos.

—¿Embarazo?

CAPÍTULO 19

Landon no se sentía especialmente orgulloso de lo que había pasado a continuación. Incapaz de procesar las palabras que le había dicho como si tal cosa, se volvió e intentó regresar hasta la camilla mientras el policía y la enfermera lo arrastraban hasta el pasillo, ante la mirada absolutamente sorprendida de Jamey, que esperaba fuera junto con el otro guardia que enseguida reaccionó, enganchándolo por el hombro y tirando de él hasta las escaleras.

—Será mejor que me acompañen abajo para que les tomemos declaración.

—Y, quizá, que nos tomemos una tila —pegado al costado de Landon susurró a media voz—. ¿Todo bien, amigo?

El otro ni se inmutó, dejándose guiar por la mano fuerte del guardia, que no lo soltaba. El aspecto de su amigo distaba mucho del que le había visto hasta ese entonces, con los hombros gachos y la mirada perdida y sin pizca de fuerza. Preocupado, apretó la mandíbula y los siguió hasta un pequeño despacho atestado de papeles, en donde les indicó que esperasen hasta que llegase el oficial.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, Landon? Me estás preocupando.

El más alto se limitó a sacudir la cabeza, rascándose la nuca durante unos segundos hasta que clavó los ojos oscuros casi negros en el rubio.

—No estoy seguro, Allen. Creo que me he equivocado, y mucho, estos últimos meses.

—Deberías dejar atrás lo de la inversión fallida, Staley. Ya te he dicho que no creo que fuera ella. Y si lo fue, al final, nos hizo un favor.

—No es eso —lo interrumpió, con expresión desconcertada, como si no se acordase de qué le hablaba—. Pensaba que me había traicionado, como antes Rachel, y me sentía imbécil por habérselo permitido.

—Bueno, ...

La puerta se abrió y el guardia de antes regresó junto con la subinspectora, que con gesto adusto les hizo un saludo seco desde allí, mientras murmuraba algo con su compañero, antes de despedirse y sentarse tras su escritorio.

—Mis compañeros me han informado que ha montado usted un numerito allí arriba. Me encantaría encerrarlo durante un par de días, para que aprendiese algo, pero sé que este caso va a ser mediático y no tengo intención ninguna de darle carnaza a sus abogados del Distrito Financiero.

Allen asintió dubitativo, viendo cómo su amigo clavaba los dos codos en las rodillas y se sujetaba la cabeza, como si estuviese perdido en algún otro lugar.

—Eso no va a pasar, ¿verdad? —le dio un codazo al otro, sin resultado—Su compañero nos indicó que iban a tomarnos declaración. Colaboraremos en todo lo que podamos.

—¿Qué le pasó? ¿Dónde ha estado todo este tiempo? ¿Y por qué no he sabido nada hasta que ha salido por la tele?

Bramó Landon con la cara descompuesta y los ojos enrojecidos y muy abiertos, mirando fijamente a la subinspectora. Allen se apresuró a posar una mano en su rodilla, intentando calmarlo, pero la mujer no parecía acobardada en absoluto.

—Entiendo cómo se encuentra, señor, pero antes de que les informemos de nada más tiene que ayudarnos contestando a unas preguntas —levantó una ceja y su tono de voz se endureció lo justo—. Y dejaremos pasar todo lo que ha sucedido con usted hasta ahora. Lo primero, quiero que me relate con todo lujo de detalles qué hacían en St. Gabriel ustedes dos y todo lo que ocurrió el último día que la vio, que es el último que la señorita Davis recuerda con claridad antes de su desaparición.

Landon contrajo la cara y se rascó la barba por debajo del mentón. Su amigo le dio un par de palmadas en la rodilla, animándolo a colaborar.

—¿No recuerda nada más de todo este tiempo? Eso fue hace casi cuatro meses.

—Hasta ese día lo recuerda casi todo, a partir de ahí sigue habiendo algunas lagunas, cada vez menos. Primero conteste y después les contaré lo que pueda.

Landon bajó la vista hasta sus manos, que entrecruzó apretando con fuerza y le relató todo lo que había sucedido sin dejarse nada, aclarando cualquier duda que la subinspectora enunciaba. Hasta casi el final de aquella charla, Allen se limitó a permanecer en silencio y contemplar el rostro contraído de su amigo, que parecía mucho más dolido de lo que lo había visto nunca.

—Entonces, usted no interpuso denuncia por la desaparición de su ayudante porque creyó que lo había traicionado.

—Bueno, ...—la pierna le bailaba sola, repiqueteando contra el piso—, al principio creí que había regresado a Nueva York por su cuenta, como dijo. Después, mi secretaria se enteró de que había ido a pasar unos días con un familiar. Y cuando pasó el tiempo suficiente sin volver a tener noticias de ella, creí que había intentado sacar tajada vendiendo información a la competencia. Parece cosa de película, pero es más común de lo que piensa.

Sacudió la cabeza, intentando desechar los pensamientos que le venían, el resentimiento que había tenido durante tantos días, la furia que se esforzaba en sentir cada día para no desmoronarse por lo que sentía, el miedo ante la traición... Todo lo que había anticipado y que ahora ya no le parecía real. Alzó la vista de nuevo, intentado asegurarse que aquella mujer le creyese.

—Además, ... un vecino me dijo que necesitaba el dinero, que tenía grandes deudas y...

—Y prefirió pensar que lo había traicionado vendiéndolo por dinero a que lo hubiera abandonado. ¿Es eso?

Apretó los párpados con cansancio a la vez que asentía, porque ya no tenía sentido negarlo. Quería acabar con aquello de una vez para poder saber qué le había sucedido a Hayley.

—Si le sirve de algo, subinspectora, no creo que nadie de mi empresa haya tenido que ver. Hayley Davis es solo una ayudante, no lleva grandes firmas ni tiene acceso a más información de la que le pase su superior, y esta probablemente haya sido la operación más grande en la que ha colaborado. Además, Landon siempre dijo que a ella no le gustaba esa inversión Hayley Davis realizó informes en contra y, por lo que se ha visto estos días en la información financiera, no se equivocó.

—En realidad, ...—Landon se quedó callado a mitad, dubitativo, pero al pensar en el aspecto de Hayley se convenció de que debía aportar lo que fuese para aclarar los hechos lo antes posible— Barry Zimmers sabe algo.

El quejido de protesta de su amigo le hizo volverse e intentar explicarse.

—No es algo personal, intento ayudar. Sabes que intentó quitarme a Hayley antes de que fuésemos a Luisiana. Y poco después de que se supiese que había perdido la inversión dijo algo

raro. Pregúntale a Petrelli, que también estaba.

—Muy bien. Lo llamaremos para que venga a declarar. Y solicitaremos la colaboración de los compañeros de la división policial financiera, porque algo me dice que los vamos a necesitar.

La vieron marcar en el inalámbrico y Landon volvió a sumirse en sus pensamientos hasta que su amigo le dio un golpe en el costado. Apretó las cejas, interrogándolo, pero le devolvió la seña, así que impaciente le preguntó.

—Aún no me has contado lo que ha pasado arriba. ¿Tan mal ha ido?

—Voy a ser padre.

—¿Tú? —abrió sus ojos claros como platos— ¿Y qué vas a hacer?

Levantó las palmas hacia arriba, flexionando los hombros, con una expresión que el rubio no supo descifrar y entendió de golpe la desesperación que había visto en el rostro de su amigo o por qué el deje de su voz le hacía sonar culpable de algo. Le palmeó la mano para infundirle su apoyo.

—Algo se te ocurrirá. Seguro.

Escucharon un carraspeo y se dieron cuenta de que la subinspectora los observaba detenidamente, con el teléfono en alto y un compañero asomando en la puerta.

—Disculpe. Mi amigo está un poco afectado.

—Normal. Por eso no vamos a levantar cargos por el numerito de antes —les dirigió una mirada que decía muy a las claras que no soportaría ese comportamiento de nuevo—. Y lo que ahora les cuente, no puede salir de aquí.

La mujer les relató de manera directa y poco edulcorada los datos que habían confirmado hasta ese momento. Alguien había atacado a Hayley, con un golpe en la cabeza, que la había dejado inconsciente. No podían precisar el lugar, pero creían que se había producido en el propio aparcamiento de la Bayou RiverBelt o en una zona cercana a la sede de la empresa, aunque no tenían pruebas.

Desde ese momento, se tropezaban con un vacío de casi un mes, hasta que una mujer inconsciente y sin identificar apareció desplomada ante la puerta de un hotel en Tayoltita, una pequeña localidad minera de México, y que, en un principio y por error, se creyó que se trataba de una turista europea alojada en Tijuana.

En cuanto se avisó a las autoridades estadounidenses de que una posible ciudadana se encontraba allí, hospitalizada en estado de inconsciencia, se procedió al traslado desde Tijuana hasta New Orleans, en donde se hicieron cargo de ella durante los siguientes dos meses. Y aunque los últimos quince días había protestado porque se encontraba en buen estado, habían retrasado su traslado hasta estar seguros.

—Todavía no sabemos los motivos del ataque, pero quien lo hizo se tomó muchas molestias para quitarse de encima a la señorita Davis —ambos asintieron con preocupación—. Y todavía no sabemos quién ni por qué.

Se puso en pie, invitándoles a hacer lo mismo para luego estrecharles la mano. El segundo en hacerlo fue Landon, al que toda aquella información había dejado un severo peso sobre él. En cuanto tomó su mano, se la apretó con fuerza, obligándole a que elevase la mirada.

—Hay algo más. Algo que quiero que comprenda es que la señorita Davis se ha enfrentado a una situación muy dura, muy complicada, y que ha estado a punto de salirle demasiado cara.

—Ya lo sé. Y lo peor es que ha tenido que hacerlo sola.

Metió las manos en los bolsillos del abrigo, sin saber qué hacer con ellas, y se dirigió a la puerta de la oficina sin ser capaz de levantar la cabeza.

—Lo que quería decirle es que le vendría bien algo de apoyo.

CAPÍTULO 20

Se despertó sintiendo un pinchazo en la cabeza y, por un momento, pensó que todavía estaba en el hospital de New Orleans, hasta que lo vio. Se había quedado dormido en el sofá de color castaño pegado a la ventana en una posición que haría que le doliese cuando se despertase. Reconoció las prendas del día anterior, en la comisaría, pero ahora, pese a la penumbra, podía observarlo con más detenimiento.

Ya lo había notado en cuanto lo había visto. Estaba más delgado, con unas líneas oscuras bajo los ojos que nunca le había visto. Llevaba el cabello y la barba ligeramente más largos, casi impropio de alguien con su cargo en la empresa y que estaba segura de que no sería del agrado de ninguno de la planta superior, salvo de su amigo Allen.

Se apoyó en los antebrazos para moverse con cuidado por la camilla, intentando incorporarse sin sacarle la vista de encima. No era capaz de dejar de mirarlo, aunque no era lo adecuado. Había estado muy enfadada con él y, una parte menos racional lo culpaba de todo lo que le había sucedido, aunque una doctora muy amable de Luisiana le había hecho ver que el único culpable era quien le hubiese atacado, y estaba completamente segura de que Landon Staley no había tenido nada que ver con eso.

Lo vio parpadear y hacer una mueca de desagrado con la boca, echándose una mano al costado y no pudo evitar sonreír. Una parte de ella le decía que debía estar loca porque, pese a todo lo que había sucedido, pese a que hubiese faltado a su palabra y hubiera dado malas referencias suyas para que no la contratase y pese a que no había movido ni un dedo para intentar encontrarla en todo ese tiempo en que estaba desaparecida, en el momento en que él la había rozado, ella había vuelto a sentir la conexión.

Hinchó los carrillos y soltó el aire muy despacio. Ese era el poder que aquel hombre tenía sobre ella. Le había bastado acariciarla con la punta de un dedo para que ella volviese a anhelarlo todo, y eso no podía ser. En apenas un mes, se había implicado más de la cuenta y él ni se había despeinado. Tenía que ser más cautelosa, andarse con cuidado y, si ella no era capaz de apartarse, entonces debería lograr que fuese él quien se diese media vuelta antes de terminar en jirones.

—¿Has descansado bien? —preguntó estirándose sobre el sofá.

—¿Qué haces ahí? ¿Y dónde estoy?

—En el Presbyterian.

Se quedó congelada con la mano agarrando la sábana durante un instante para luego boquear un par de veces.

—No puede ser. ¡Ese hospital es carísimo! —le vio mover la mano, quitándole importancia y volvió a alterarse— ¡Con qué dinero lo voy a pagar, listo! Si me habéis despedido ya no tengo ni seguro médico.

En cuanto pronunció las palabras, la recorrió un estremecimiento que le provocó náuseas. No había reparado en que se había quedado sin seguro médico justo cuando más lo necesitaba. Los doctores habían mantenido más de una vez que debería seguir controles médicos a lo largo del año, tanto por ella misma como por su bebé. Echó la mano al abdomen y se acarició la

barriga incipiente. Todavía no lo notaba, pero ya lo había visto en las ecografías y no podía ni pensar cómo afrontaría lo que se le venía encima.

—¡Landon, que hablo en serio! ¡Sácame de aquí cuanto antes! A saber, lo que cobra por minuto esta gente.

Él se puso de pie, y le vio balancearse cuando se abrió de golpe la puerta de la habitación. Entraron un médico y un policía, que los observó alternativamente con los párpados casi cerrados.

—¿Usted otra vez? ¿Quiere que lo eche? —negó con una sonrisa que el hombre le devolvió.

—Sería inútil. Es listo y rico. A los cinco minutos estaría otra vez aquí. Además —añadió ahogando un jadeo—, lo necesito para que me saque de aquí.

—De eso veníamos a hablar con usted —el médico se aproximó hasta el borde de la cama con una tablilla en las manos—. Sé que anoche nos la trajeron sedada porque le costaba dormir, pero le hemos hecho varios análisis y todos han resultado negativos. Todo está bien. Faltan un par de trámites, pero después de comer le daremos el alta. Aun así, le facilitaré un informe en donde le indicaremos las próximas revisiones. Y tiene que realizarlas. Por las lesiones y por su embarazo.

—Gracias. Estupendo —respondió intentando disimular el disgusto.

Vio que el médico revisaba un par de veces los papeles que tenía delante, intentando esquivar a Landon, que se aproximaba con aspecto cansado hasta situarse del otro lado y tomarle la mano. Estuvo a punto de quitarla, pero al ver su expresión, dejó que le acariciara en la palma con el pulgar conteniendo las lágrimas que pugnaban por luchar ante la mezcla de emociones.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Son las hormonas —negó con rapidez, evitando una respuesta de mayor implicación.

El médico comentó un par de datos más con el policía antes de despedirse para continuar con su ruta. El policía miró sus manos entrelazadas con cara de incredulidad, antes de dirigirse a la paciente.

—¿Puedo preguntarle una cosa? ¿Están juntos? Porque ayer nos pareció percibir cierta tensión y hoy también...

—No.

—Sí.

Hayley elevó los ojos durante un segundo, buscando averiguar lo que intentaba su antiguo jefe, con una duda recorriéndole la mente.

—Discutimos mucho. Nada más.

—¡Ah, que son de esos! Mi hermano y su mujer también. Y con cada bronca gorda, churumbel. Cuatro sobrinos tengo ya.

—Si no quiere nada más, ...—contestó Landon con un tono ácido.

—Oh, sí, perdón. A veces me dejo llevar. El teniente me ha encargado que le pregunte que a dónde quiere que la llevemos cuando le den el alta.

—A mi apartamento, claro.

—Pues verás... eso es parte del problema —elevó las cejas, y apretó los labios, anticipando la mala noticia que iba a dar—. Resulta que el casero lo ha vuelto a arrendar. Parece ser que hubo unos problemillas de liquidez y no quiso esperar a que usted volviera.

Puso los ojos en blanco y se llevó la mano libre a la frente. Otra vez el problema de siempre. Y esta vez, todavía peor. Le dieron ganas de ponerse a gritar o de pasarse la sábana por

la cabeza. En vez de eso, abrió mucho los ojos en el momento en que notó que Landon le apretaba los dedos con ganas a la vez que decía con voz alta y clara.

—Eso no es problema. La señorita Davis se viene conmigo.

—Creo que no entiendes mi situación —susurró casi sin voz—. Y ahora es peor, porque llevo meses sin trabajar y...

—Ya lo sé, un vecino tuyo muy borde me lo dijo —ella se volvió, alzando una ceja, entre enfadada e incrédula, dispuesta a negarse—. No discutamos aquí, preciosa, que ya sabes lo que nos pasa.

Desde que le dieron el alta, nada sucedió como había esperado. Tras rellenar los impresos y recibir las citaciones para las siguientes revisiones, el trayecto en el taxi discurrió lento y en silencio hasta que llegaron al Soho. Con un rostro que no dejaba entrever nada, Landon la ayudó a bajarse del vehículo y la tomó del brazo, apretándola contra sí.

El frío del invierno se colaba por dentro de aquella cazadora enorme que los policías que había dado para que tuviese algo con lo que salir abrigada del hospital. En el momento en que él apretó una mano contra su cintura tembló presa de una mezcla entre frío y nervios, sin saber qué hacer, y recostó la cabeza contra sus hombros. Estaba agotada, física y mentalmente.

Apenas pudo fijarse en el apartamento, ya que Landon la llevó hasta una habitación escasamente decorada y la sentó sobre la cama.

—Descansa un rato. Estaré en mi despacho haciendo unas llamadas.

Ese día y los dos siguientes, Landon se quedó con ella en el apartamento. Al parecer, trabajando desde el despacho, y se dirigía a ella con más cuidado del que era capaz de soportar. Le daba la sensación de que la tenía allí y cuidaba de ella únicamente por lástima, porque no podía valerse por sí sola, y por el bebé. Y eso le molestaba.

Así que se había aislado en su cuarto, como si fuese un fortín, al que él no entraba jamás. En un primer momento, aunque no resultase lo ideal le había parecido bien, pero, desde entonces ya había transcurrido casi una semana y se estaba volviendo loca.

Pasaba gran parte del tiempo sola en aquel enorme apartamento que destilaba la personalidad del que había sido su superior por todos los costados y le resultaba imposible dejarlo a un lado en su cabeza. Había pensado que viviría en un piso de soltero millonario como los que salían en las revistas, impersonal, vacío y con colores masculinos neutros, pero estaba equivocada. Desde luego que, en el salón, estaba el imprescindible sofá de cuero, pero además de eso, había numerosos recuerdos en los que aparecían los rostros de Allen y Petrelli, entre otros que no reconocía, además de cosas dispares como un trofeo de plástico que rezaba «peor jugador de squash de NYC» y que destacaba a un lado de la pantalla Oled.

Sin embargo, Landon salía muy temprano cada mañana y regresaba cuando ella ya se había acostado, la mayoría de las veces. Al principio lo había agradecido, porque no sabía cómo gestionarse, ya que su cuerpo seguía reaccionando de manera desmedida hacia él. Le había sorprendido descubrir en el armario de la habitación que ocupaba la mayoría de sus pertenencias. Había sido cosa de Dana, que había decidido conservarlas, al enterarse de que su casero se había dado prisa en realquilar la vivienda. Tendría que darle las gracias cuando la volviese a ver. Si es que la veía.

Y, si en algún momento había creído que si se mantenía apartado era para cuidar de que

estuviese cómoda y tranquila, y sin alterarse, ahora sabía la respuesta. Esa misma mañana había tenido una revelación que le había vuelto a mostrar lo ingenua que era, así que se sentó en el sofá, abrazada a un cojín, y se dispuso a esperar.

Pasadas las once de la noche, escuchó las llaves en el cajetín y respiró hondo, sintiendo cómo el aire le quemaba por dentro. Echó un vistazo rápido hacia la puerta, y su mirada oscura la revolvió por dentro, volvió a girarse hacia el televisor, apretando el mando con más fuerza de la necesaria.

—¿Qué haces levantada? ¿No te encuentras bien?

Se dirigió con rapidez hacia su sitio y, al verlo más de cerca, pudo notar el cansancio y las ojeras bajo sus ojos. Apretó los labios, molesta consigo misma por fijarse en esas cosas, antes de abrir la boca.

—Te esperaba para darte un recado —apagó la televisión y le dirigió una mirada cargada de rabia— de tu novia. Que la llames.

Se incorporó con pesadez, acariciando la barriga que comenzaba a marcarse, y le clavó el mando en el pecho, lo que él aprovechó para agarrarle la mano.

—Tendré que hablar con el portero. Me parece increíble que haya podido subir.

—Te recuerdo que no soy tu secretaria. No pienso pasarte las notitas de tus «novias» —replicó poniendo especial énfasis en la última palabra.

—No tengo novias. Te tengo a ti.

—Ya, claro —repuso zafándose de su agarre—. Por eso estás tan ocupado que no te veo ni nunca, ni a diario ni los fines de semana. Ni hablamos. Ni nada. Y eso que vivo en tu casa.

—Tengo... mucho lío en la oficina.

—Ya.

Dio un paso más y volvió a agarrarla, hasta que apenas pasaba el aire entre ambos y para ambos fue patente que la mano de Hayley temblaba presa bajo la suya. Y el motivo era obvio. Era otra vez por culpa de ese impulso, ese fuego abrasador, ese deseo que no había desaparecido desde la primera vez en que se habían besado. Intentó tirar por la mano sin demasiado empeño, al sentir la reacción de su cuerpo.

—Sé que somos adultos, Hayley, y suelo tener autocontrol. Al menos, el suficiente para no abalanzarme sobre una mujer embarazada que se ha pasado varios meses en un hospital.

—¿Quién ha dicho nada de abalanzarse? —tragó saliva con dificultad, antes de añadir en voz más queda— Como si fuese por eso.

Landon respiró con dificultad, apretando el agarre, sintiendo cómo se cargaba el aire a su alrededor mientras admiraba sus brillantes ojos color miel. Nunca había conocido a una mujer más peligrosa que Hayley, con su seguridad, su desparpajo y el modo en que ponía los ojos en blanco cada vez que la desesperaba. Le hacía sentir demasiadas cosas. Colocó la mano libre en su cadera y la apretó contra su cuerpo, para que descubriese por sí misma lo que seguía despertando en él. En cuanto a ella se le escapó un jadeo, aprovechó para rozar sus labios.

—Claro que es por eso, nena. Porque si te tengo tan cerca, no me sé controlar.

Soltó el aire de golpe, se puso de puntillas y se abalanzó sobre sus labios. Ella tampoco se sabía controlar y estaba cansada de hacerlo, cansada de sentirse frustrada luchando contra su propio deseo. Entró en su boca, disfrutando la sensación de la barba raspándole la mejilla y le tironeó del pelo, incapaz de aguantarse más. Quería sentir a Landon, aunque fuese una última vez, aunque de repente una voz susurró en su interior y se separó ligeramente de sus labios.

—Esto no es una buena idea.

—Es la mejor que has tenido en toda la semana —gimió contra su boca mientras la guiaba hacia el dormitorio principal —Deja de pensar.

—No es eso, es que...

Recostada sobre la cama, le dio un beso rápido y colocó las manos en los hombros, para apartarse y asegurarse de que le prestaba atención. No sabía cómo seguir, después de haber encendido ese fuego. Debido a las complicaciones que habían surgido, y para evitar otros problemas, los médicos le habían recomendado descanso y que no hiciese el amor hasta que la evaluaran en la siguiente revisión. La frustración le acaloró el rostro antes de comenzar a hablar.

—El doctor dijo que no debía...

—Lo sé perfectamente —la acomodó con cuidado en el centro de la cama con una sonrisa seductora en el rostro—, pero no dijo que no pudiésemos jugar...

Y desde ese momento, Landon la colmó de atenciones y caricias hasta llevarla al límite del placer una y otra vez, con una delicadeza que no se esperaba, hasta que cayó rendida de satisfacción y cansancio entre sus brazos. Varias horas más tarde se despertó, sintiendo su brazo apretándola contra sí, haciéndola sentir más segura que en mucho tiempo. Con una sonrisa, le acarició la mano y él le besó la coronilla. Le sorprendió que estuviese despierto y, mirándolo de reojo, habló en voz baja.

—Quizá no deberíamos haber... intimado.

—No estoy nada de acuerdo.

—Yo tampoco. ¿Quieres que lo hagamos otra vez? Yo a ti, quiero decir —su carcajada le provocó un brinco en el corazón.

—Quizá mañana, cielo. Sigue durmiendo.

CAPÍTULO 21

Ese día Hayley se sentía particularmente inquieta. Se acarició su abultada barriga y le habló en un tono dulce al niño que llevaba dentro, buscando calmar sus patadas. Landon la había llamado para indicarle que se pasaría un vehículo contratado por la empresa para llevarla a la oficina. Tenía tiempo de sobra para prepararse, pero se levantó con cuidado y regresó al dormitorio a cambiarse otra vez de ropa.

Llevaba medio año sin pasar por la oficina y no sabía ni cómo sentirse al respecto. Quería tener buen aspecto antes de encontrarse a sus antiguos compañeros, aunque sabía que no la había llamado por el trabajo, sino por lo que le había pasado en su momento y eso la había puesto aún más nerviosa. Echó un vistazo a sus holgadas prendas de premamá que contrastaban con el aspecto serio y formal de los trajes de vestir de Landon y deslizó el dedo por uno de color gris que le gustaba especialmente cómo le sentaba.

Desde aquel día, habían dormido juntos y, un par de días después, se encontró con que la ropa que todavía le servía había cambiado de armario. No le había comentado nada, pero le había gustado la sorpresa, al igual que lo había sido el cambio radical en sus horarios. Ahora llegaba pronto, mucho antes de la hora a la que salían cuando ella todavía trabajaba en las oficinas. Y en muchas ocasiones se tiraba en el sofá y le alcanzaba un expediente en silencio, que ella se apuraba a analizar y a realizar anotaciones por los márgenes durante uno o dos días, antes de que se los volviese a llevar.

El día que le preguntó que por qué lo hacía le respondió entre risas con un escueto «es para que no te oxides» y en cuanto hizo el amago de retirárselo, se lanzó a por el expediente causándole una carcajada. Echaba de menos el trabajo, pero los doctores habían sido muy claros al respecto. Era un embarazo de riesgo y, aunque no tenía que estar tumbada todo el día, llevar una vida calmada y organizada chocaba frontalmente con sus antiguos horarios de trabajo.

Escogió una camisola de color gris perla, unos leggins negros y un precioso abrigo de color camel muy abrigado que había elegido en una de las escasas salidas, aprovechando una cita al hospital. Le había encantado nada más verlo en el escaparate y Landon había insistido en comprarlo, lo que le dejaba un sabor agridulce en la boca. Se trataba de un detalle bonito, pero los dos sabían que estaba en bancarrota y que no podía pagarlo.

Bajó en cuanto el portero le pasó el aviso, se acomodó como pudo en el asiento trasero del vehículo y le envió un mensaje para que se estuviese calmado. Desde que había regresado, los dos se quedaban mucho más tranquilos con ese pequeño gesto. Pasó un dedo por encima del bulto que asomaba a un lado de su barriga con una sonrisa triste.

Estaba segura de que habían cerrado el caso de la Bayou RiverBelt, porque en varias de las frecuentes visitas de sus dos amigos, los había escuchado comentar por lo bajo detalles sobre la investigación. Las acciones de la compañía habían seguido cayendo en picado de manera desastrosa mes a mes, como había comprobado en internet, complicando la reputación y economía de la adquirente. Y había sospechas muy serias de que lo había causado alguien de dentro. Pero eso no explicaba lo que le había sucedido a ella.

En el aparcamiento privado del edificio la esperaban Landon y Petrelli. El más moreno

tenía su habitual sonrisa pícaro, pero Landon parecía más serio de lo normal. Subieron hasta la última planta, hasta la sala de juntas, en donde los esperaban algunos de los directivos, incluyendo a Jamey Allen y a su tío junto a tres personas con trajes de aspecto caro. El mayor de ellos abrió un maletín en cuanto se sentaron y sacó unas notas.

—Creo que no nos conocemos, señorita Davis, soy Emile Graham, del despacho Campbell Law Group de Boston, especialista en delitos fiscales, y me acompañan dos de nuestros asociados. Sé que debe estar tranquila por prescripción médica, pero todos hemos entendido que debe conocer esta información.

A su lado se escuchó un gruñido que provenía de Landon que la hizo poner en tela de juicio qué significaba la palabra todos en aquel caso. Cuando fue consciente de que los ojos de los demás estaban puestos en ella asintió con desconfianza, apretándose una mano con la otra por debajo de la enorme mesa negra.

—Lo primero de todo, me gustaría que supiera que el caso todavía no está cerrado, pero desde nuestro bufet ya nos hemos puesto en marcha para realizar las gestiones oportunas y estaríamos encantados de representarla llegado el momento. No yo, claro, sino mi compañera...

El sonoro carraspeo de Landon Staley le interrumpió mientras señalaba con la mano a la mujer que tenía a su izquierda, que se limitó a asentir quedamente. El abogado, continuó su exposición, como si no hubiese sucedido nada.

—Limitándonos a los hechos, lo que se ha descubierto hasta ahora es que varios miembros de la familia Fontaine, incluyendo específicamente al presidente de la compañía, a dos de sus hijos y su sobrina, son los responsables del hundimiento de la compañía Bayou RiverBelt. La compañía llevaba años arrastrando numerosos problemas económicos y, por lo que la policía tributaria ha descubierto hasta el momento, habían falseado sus cuentas en más de una ocasión en estos años. Sus activos estaban completamente depreciados, no podían ocultarlo ni siquiera a través de las diversas ampliaciones de capital realizadas en los últimos años y habían decidido endosar el mayor número de acciones a todo aquel interesado en comprarlas en un claro caso de delito de estafa a los inversores.

La miró a los ojos y ella asintió para que continuase. No necesitaba más aclaraciones respecto a esa materia ya que, debido a su formación, era algo que controlaba. Vio el zapato negro de Landon repiqueteando impaciente a su lado.

—Por no extendernos mucho más en el tema, se está investigando una posible operación de venta en corto, que podrían explicar el rápido hundimiento de las acciones tras la venta.

—Entiendo —respondió con voz calmada.

Una vez que se sabía que los problemas de la compañía eran reales, no era algo tan difícil hacerse a la idea de que la familia propietaria de la misma había intentado sacar el dinero de donde había podido para continuar con la actividad y para eso habían necesitado un gran número de inversores. No le cuadraba tanto la segunda operación que comentaba, ya que eso evidenciaría rápidamente la mala praxis de los empresarios, y así se lo hizo saber, pero el abogado se limitó a elevar los hombros.

—Como le digo, todavía se está investigando, señorita Davis. Y la policía la tiene entre sus opciones.

—Y yo le agradezco que me lo cuente, pero no entiendo para qué me han hecho venir hasta aquí para eso. Esto no tiene nada que ver conmigo —por el rabillo del ojo vio que Landon apretaba los labios, un par de veces y se sobresaltó—. ¿O es que me han traído para intentar acusarme a mí de eso? Porque yo no tengo nada que ver.

—Claro que no, señorita Davis. Lo que le he expuesto hasta ahora se refiere a los delitos financieros cometidos por la directiva de la Bayou RiverBelt, pero no son los únicos. Sabemos que están implicados en su desaparición, que fueron los causantes y que probablemente el que la agredió en la cabeza fue el hijo mediano del presidente junto con un empleado de la compañía.

—¿A mí? —repassó los rostros a su alrededor con perplejidad— Pero... ¿por qué?

—Eso esperábamos que nos lo dijese usted, señorita. Está claro que ellos creen que usted sabía algo por lo que valía la pena acallarla, aunque fuese durante unos días —ella negó con sorpresa—. Quizá la escucharon decir algo que los llevó a creerlo, quizá sabe algo, pero no sabe que es importante, o quizá se precipitaron.

Landon se removió inquieto en el asiento contiguo, en señal de que se estaba impacientando, así que se apuró a responder en el mismo sentido, hasta que se acordó de la llamada a Candance en la que Arabella Lafayette estuvo presente. No recordaba el nombre del compañero de trabajo de su amiga, pero le proporcionó los datos Candance al abogado, que le aseguró que se los haría llegar a las autoridades.

A su lado su antiguo jefe se puso en pie, terminando así con la reunión de una manera muy abrupta, se situó a su lado y le indicó en voz baja que debía parar en su planta antes de acompañarla de nuevo. Se dirigieron juntos hasta la puerta, con ella intentando mantenerle el paso, hasta que la voz del tío de Allen les llegó alta y clara.

—Solo para que lo sepa, señorita Davis, esa gente no podrá volver a hacerle daño. Ya hemos adoptado las medidas necesarias para ello.

—Gracias.

—Será mejor que nos vayamos cuanto antes y no le hagamos perder más dinero a esta gente, Hayley, que es lo único que importa.

El tono brusco y el modo en que tiró de su mano para sacarla fuera de la habitación la dejó completamente descuadrada y se limitó a ver cómo el antiguo tirano resurgía ante ella. Se detuvo ante la puerta del ascensor con los labios arrugados en un mohín, apretando el botón de llamada prácticamente hasta que se abrió. Entró tras él y estuvo a punto de preguntar por qué se comportaba así hasta que le vio golpear el botón de su antigua planta con el puño cerrado y volvió a cerrar la boca. La información que acababa de recibir la había dejado medio trastornada y lo que menos le apetecía en aquel momento era discutir con el jefe que conocía tan bien.

En cuanto se abrieron las puertas, salió disparado hacia su despacho y ella se dirigió con lentitud hasta el escritorio de Dana, que la observaba con una sonrisa cómplice en el rostro, mientras atendía una llamada. Solo había querido acercarse para agradecerle el haber conservado sus pertenencias, y decidió esperar. Al echar la vista a un lado, vio su antiguo escritorio tan lleno de papeles como acostumbraba y sonrió con nostalgia.

Sin embargo, al ver cómo una mujer de su misma edad y con un aspecto muy profesional la esquivaba sin siquiera mirarla y se ponía a trabajar ante su antiguo ordenador como si nada le provocó una punzada en el corazón. Hasta ese momento no había sido consciente de que el tiempo había seguido su curso y todos habían continuado con su vida sin excepción, salvo ella, que la había dejado en una pausa forzosa. Primero por las secuelas tras la desaparición y ahora por las complicaciones en el embarazo.

Vio a Landon salir del despacho con un par de carpetas bajo el brazo y dirigirse a la mujer que la había sustituido con unas maneras pausadas que nunca había empleado con ella mientras había trabajado en el mismo puesto y se dijo con amargura que ni siquiera se había molestado en decirle que la había sustituido.

«Aunque eso no es verdad, —pensó para sus adentros con lástima— hace meses me dijo muy a las claras que no le darían una ayudante ejecutiva nueva hasta que yo no me fuese».

Eso le parecía que había transcurrido hacía muchísimo tiempo, aunque en realidad no había sido hacía tanto. Y ella se estaba comportando de manera irracional. Era lógico que tuviese una ayudante, sabía que era imprescindible para ese volumen de trabajo. Lo que le dolía, en realidad, era que se le cerraba la posibilidad de volver, si la había tenido en algún momento.

Un par de cubículos más allá vio a Barry Zimmers conversar con el que debía ser su nuevo adjunto y cuando la miró y le sonrió, levantó la mano para corresponderle. El cepo de una mano grande y morena cubrió la suya y descubrió que lo tenía al lado, con la otra joven mirándola con recelo.

—Nos vamos. Y a Barry ni mirarlo.

—Pero yo quería hablar con Dana...

—En otro momento. Nos vamos de aquí.

—Gracias por lo del guardarropa —susurró mientras pasaban por delante, de camino al ascensor.

—No fue cosa mía —pronunció sin emitir sonido mientras señalaba a su jefe con el pulgar antes de lanzarle un beso.

En cuanto las demás personas que estaban en el ascensor se bajaron, Hayley dio un paso para apartarse de él lo suficiente como para enfrentarlo.

—Podías comportarte un poco. Seguramente sea la última vez que vengo por aquí y hubiese estado bien poder despedirme de los compañeros.

—Si por mí fuera, no hubieses venido. Y vamos a dejarlo aquí. Que te alteres no es bueno para el niño.

CAPÍTULO 22

En cuanto entraron en el apartamento, él entró en su despacho manteniendo una conversación de negocios por el iPhone, sin rastro de la tensión que había mantenido hasta entonces a su lado, lo que la molestó más todavía. Tras unos segundos con la vista puesta en él, que revisaba unos expedientes con despreocupación mientras charlaba, se dirigió con su habitual pausa a la habitación que compartían.

—¿A dónde vas?

—Por ahora, a mi antigua habitación.

Le respondió con varias perchas colgando de una mano, intentando esquivarlo para cruzar el pasillo. Con una ceja en lo alto, la vio abrir la puerta y se agachó para agarrar varias prendas que habían caído al suelo durante el trasiego.

—Has dicho «por ahora». ¿Y después?

—A casa de mi tía —se volvió con desafío en la mirada. —La semana que viene.

—No es buena idea, tienes varias revisiones en la clínica en este mes. Si quieres dile que venga, que hay sitio de sobra aquí.

—Puedo buscar un médico en Colorado. Alguno habrá.

—¿Lo dices en serio? —la vio asentir con una expresión delicada y extendió la mano para agarrarla, pero ella lo esquivó y siguió colgando la ropa en la barra del armario— ¿A la granja de tu tía? ¿La que no ha dado señales de vida desde que desapareciste hasta ahora?

—Necesito un sitio donde quedarme mientras pienso en cómo recomponer mi vida. No tengo muchas más opciones.

—Ay, Hayley que la tenemos. Ni se te ocurra largarte otra vez.

—¿Ocurrirse? No me fui, ¡me dejaron inconsciente!

—Y fue yendo a ver a tu tía también. Hasta que nazca el crío no quiero más sustos —de una brazada atrapó la mitad de las prendas que había colgadas para llevarlas al dormitorio principal—. Que venga ella si quiere.

Apretó los puños con gran impotencia y se dejó caer sobre el colchón intentando no sollozar y mantener así un ápice de dignidad antes de dejar aquello atrás. Se tumbó a lo largo y se tapó los ojos con las manos enfadada consigo misma al notar que una lágrima le corría por la sien.

—¿Qué te pasa, Hayley? ¿Estás bien?

Notó su mano firme posándose con delicadeza sobre su muslo y su barba rasposa contra la mano antes de que sus labios le acariciasen la mejilla y se le escapó un hipido que la hizo sentir aún peor.

—Hayley...

—No... —se pasó el dorso de las manos por los ojos antes de alzar la mirada— No tienes que hacer esto. Sé desde el principio que esto era algo provisional y ahora que, más o menos, ya se ha resuelto querrás volver a tu vida. Y yo a la mía.

Se apoyó sobre los antebrazos para incorporarse y él se apartó ligeramente, con extrañeza, como si no la comprendiese. Acomodó la camisola por encima de la barriga antes de

mirarlo de frente y soltarlo todo.

—Mira Landon, no soy una niña y prefiero atajar esto cuanto antes. Te agradezco que me hayas echado un cable durante estos meses, pero no puedo seguir aquí así, viviendo como si llevase setenta años casada con una persona que me ha hecho un hueco por caridad. No tienes que hacer esto por el niño.

—¿Qué tendrá que ver el niño?

—Pues claro que sí. No soy tonta —exclamó poniéndose en pie hasta quedar enfrentados—. Te da lástima mi situación por el niño. Eso es lo que pasa.

—Lo que pasa eres tú, Hayley, que no lo ves. Eso es lo que me pasa. Tú.

La tomó por la nuca y la cubrió de besos sintiendo como un par de lágrimas se le volvían a escapar. La separó un poco y recorrió su rostro con las yemas de los dedos, antes de apretarla con cuidado contra sí, con la barbilla en la frente haciéndole cosquillas.

—Desde el beso en el taxi de aquel día hasta ahora me he dado cuenta de muchas cosas. Y todas me llevan a ti, cielo. Quiero estar contigo por ti. Y necesito que me creas.

Suspiró entre aliviada y confundida y, después de que le besase en los labios una vez más, se separó ligeramente y jugueteó con un pequeño botón de su americana, incapaz de levantar la vista.

—No sé si puedo hacerlo. Me da miedo —lo miró de reojo—. No se me dan bien las relaciones y no me fio de ti. Ni de mí.

—Ni yo. ¿Qué te crees? Pero tendremos que aprender, Hayley. Aprender a confiar y a aceptar todo esto que sentimos, preciosa, porque no podemos hacer como que no existe. Y será la única manera de hacer que esto funcione.

La agarró por el mentón para besarla de nuevo, pasó un brazo por encima de sus hombros y guiándola hasta la cama del dormitorio principal, se sentaron uno al lado del otro en silencio durante unos segundos.

—No digo que vaya a ser fácil, pero te prometo que valdrá la pena —la apretó contra sí para rodearla con sus brazos—. Yo también estoy asustado, pero...

Se interrumpió la ver que se revolvía entre sus brazos y aflojó sin ganas el agarre, hasta que una mano delgada y blanca apareció frente a su rostro.

—Deberías estrecharla, Staley. Es la costumbre cuando se cierra un trato.

La estrechó con ganas, con los dos soltando una carcajada y sintiendo cómo los nervios de su interior se calmaban. Tras un beso, Hayley se incorporó y lo señaló con un dedo con aspecto severo.

—Y más te vale que este lo cumplas de verdad, no como con el otro.

—Espero tener más tiempo, cielo.

CAPÍTULO 23 EPÍLOGO

Escuchó el ruido de la puerta de la entrada y se le escapó una sonrisa mientras terminaba de guardar el último informe en el que estaba trabajando en su ordenador portátil. El escritorio del despacho que había ocupado poco a poco hasta hacerlo suyo estaba hasta arriba de carpetas y, por cómo sonaban sus pasos al acercarse, estaba dispuesta a apostar que el número estaba a punto de aumentar.

—¿Te doy la buena noticia o prefieres la mala primero?

Levantó la vista de la pantalla y vio cómo Landon, recostado contra el marco de la puerta le dirigía una de sus seductoras sonrisas y dos carpetas asomando tras su gabardina color camel.

—¿Crees que me gustará alguna?

Se le escapó una carcajada y entrando, dejó las dos carpetas al descubierto ante ella. Levantó una ceja con sorpresa al ver los nombres, porque se trataban de dos empresas importantes.

—¿Y esta es la buena o la mala? Por tenerlo claro.

Pasó el índice por los dos nombres intentando ocultar la sorpresa. Cuando su marido decidió dejar Moledos Holding, tanto ella como sus amigos intentaron evitarlo, pero no pudieron hacer nada. Estaba decidido a salir de allí y ponerse por su cuenta y así se lo hizo saber a todos.

—No pienso seguir allí más de lo imprescindible. Debieron echar a Zimmers en cuanto los abogados nos facilitaron sus declaraciones y no hicieron nada. Y todo por evitar mala prensa. Si fuera por mí...

—Ya te lo explicaron en su momento. Él no es culpable de nada. No puedes responsabilizarle.

—¡Claro que puedo! Para mí, como si lo fuera. Sabía que pasaba algo, que los de Bayou RiverBelt tenían problemas económicos mayores de los que se habían filtrado y que tramaban algo. Intentó que Hayley se fuese con él para que así Arabella y su familia me sedujesen con sus promesas de altos rendimientos y me largasen de Moledos cuando perdiese una fortuna. Y cuando Hayley no cambió de jefe, se calló, no dijo nada.

—Él no podía saber lo que iba a pasar, cariño. Nadie puede.

—Tuvo la poca vergüenza de hablar contigo cuando viniste a la empresa ese día y suerte tuvo de que no acabásemos agarrados por las pecheras —negó con violencia y tras terminar de un trago el bourbon que compartía con sus dos amigos—. No intentéis convencerme, porque está más que decidido.

Lo miró con orgullo mientras se acercaba a darle un beso y se sentaba en una esquina del escritorio. Se había puesto por su cuenta apenas dos meses después de que naciese el pequeño Joris y en ese año había sido capaz de hacerla crecer mucho más allá de lo esperado. Tanto, que la había convencido para que le imitase y se convirtiese en auditora por su cuenta, junto con su amiga Molly, para asegurarse de que todas sus inversiones se realizaban en compañías que funcionaban correctamente. Y Landon era su cliente principal, lo que le aseguraba ingresos recurrentes que le permitían ponerse al corriente del pago de sus préstamos.

Dejó a un lado sus ensoñaciones y lo miró con curiosidad, queriendo averiguar qué era lo

que se traía entre manos.

—¿Me lo vas a decir ya o te lo voy a tener que sacar?

—El juicio empieza la semana que viene y vamos a tener que asistir prácticamente todos los días —se llevó la mano a su alianza y la giró un par de veces, sintiendo una punzada de nervios en el estómago—. La buena es que la niñera todavía tardará un par de horas en volver.

Levantó la cabeza con sorpresa, ya que a Landon le encantaba llegar a casa y estar con el niño, pero se lo encontró haciendo una expresión graciosa y muy obvia que le arrancó una risa. La tomó de la mano y la abrazó un instante.

—Verás que, dentro de un mes, cuando todo pase, ni nos acordaremos de esa gente. Y no retruques, sabes que siempre cumplo todos los tratos, aunque sean incómodos.

—Todos no.

—¿Cuántas veces que lo voy a tener que decir? Fue Petrelli, que es un gracioso —replicó tomándola en brazos—, que se hizo pasar por mí. Porque «estaba claro que si no interveníamos la ibas a perder» fueron sus palabras exactas.

A trompicones, entró con ella cargada en el dormitorio principal y cerró la puerta con la puntera de manera torpe, sin dejar de besarse.

—Un listillo, es lo que es. A ese teníamos que juntarlo con tu amiga Candance, para que lo ponga a andar.

—Recuérdamelo la próxima vez que lo vea. Debería darle las gracias.

Se apretó con fuerza contra su cuerpo, extenuada, adormilada y feliz. Como le había dicho Landon hacía ya un año y medio, había cumplido todas sus promesas. No había sido fácil, pero el esfuerzo había valido la pena. Y sintiendo sus labios en la frente se quedó dormida abrazada a él.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por leer esta novela. Si te ha gustado puedes ayudarme mucho a seguir adelante dejando una valoración o reseña escrita en Amazon. Puedes hacerlo de una manera más fácil a través de este QR.

Si quieres ponerte en contacto conmigo puedes hacerlo a través de mi correo electrónico dulcemartinezwri@gmail.com o Instagram con el nombre de usuario @dulcemartinezwri o en mi página de Facebook en el enlace <https://www.facebook.com/dulcemartinezwri>